

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

BIANCA®

350 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $9.00

Esposa culpable

Sally Wentworth

Esposa culpable
Sally Wentworth

Esposa culpable (04.03.1998)
Título Original: The Guilty Wife (1997)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 938
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Seton Wallace y Lucie Wallace

Argumento:

Lucie se casó con el abogado Seton Wallace tras un breve e intenso romance, donde no hubo tiempo ni para preguntas ni para dudas. ¿Cómo podía decirle a su marido que había estado en la cárcel, condenada por un delito que no había cometido?

Al cabo de cinco años de matrimonio, Lucie tenía el marido perfecto, un hijo adorable y estaba embarazada… Pero el hombre que la había incriminado le estaba haciendo chantaje. Deseaba confiar en Seton, pero él pensaba que Lucie era la esposa perfecta, ¿qué haría si descubría que no le había dicho toda la verdad?

Prólogo

Todo sucedió de repente. Lucie estaba paseando en bicicleta a lo largo de la soleada avenida que bordeaba el parque; sintiendo sobre ella los rayos de sol que atravesaban las copas de los árboles. No había demasiado tráfico, lo normal para una tarde de sábado en la tranquila ciudad de Hayford donde ella vivía. Aunque notó que se acercaba un coche, le prestó poca atención, ya que estaba sumida en sus propios pensamientos.

Entonces, se desencadenaron los acontecimientos: una pelota pasó por encima de la verja del parque, haciendo que el perro que paseaba un muchacho por la acera saliera disparado a por ella, arrastrando tras de sí a su amo.

Alguien, una mujer, dio un grito de pánico que rompió la tranquilidad de la tarde. El coche consiguió frenar a pocos centímetros del chico, pero atropelló en su brusca maniobra a Lucie.

Por un instante, al ver cómo se abalanzaba el coche deportivo rojo, el color de la sangre, pareció detenerse el mundo en torno a ella. La escena siguiente se desarrolló ante sus ojos como a cámara lenta, mientras sentía su cuerpo y su mente como paralizados por el miedo. Entrevió apenas el rostro asustado del conductor, impotente para eludir el choque, a pesar de sus frenéticos esfuerzos por esquivarla.

Sintió un fuerte golpe que la hizo saltar de la bicicleta y caer sobre el parterre. Se sintió extrañamente consciente de todo lo que le ocurría, como si lo estuviera contemplando desde fuera; no parecía que las piernas y los brazos formaran parte de su cuerpo, ya que su cerebro parecía haber perdido el control sobre los mismos. Por fin, se detuvo, chocando contra la misma verja del jardín.

Se quedó inmóvil, con los ojos cerrados, incapaz de procesar qué era lo que le había ocurrido. Poco a poco, oyó el tumulto organizado a su alrededor: los gritos de la mujer, los ladridos del perro, el motor del coche que se apagaba, y por último, unas pisadas que se dirigían hacia ella.

—¡Dios mío! —exclamó alguien a su lado, palpándole el cuello para buscarle el pulso—. ¿Está usted bien? ¿Puede oírme? —preguntó el desconocido angustiado.

Lenta, cuidadosamente, Lucie abrió los ojos, aliviada al comprobar que el mundo había dejado de girar a su alrededor y que el cielo seguía en su sitio. Sin embargo, la mayor parte de su campo visual estaba ocupada por la cabeza del hombre que le había hablado. Se le quedó mirando, incapaz de articular palabra todavía,

mientras él apartaba de su pelo las ramitas y hierbas que se le habían quedado pegadas.

—¿Se ha roto algo? ¿Qué le duele? —insistió el desconocido preocupado.

—No… no lo sé —logró responder Lucie con un enorme esfuerzo. Intentó moverse, pero de inmediato sintió un dolor punzante en su brazo izquierdo que la hizo desistir.

Debió de quedarse inconsciente durante un par de minutos, porque cuando volvió a abrir los ojos, el hombre seguía a su lado, pero esa vez en pie, hablando por un teléfono móvil. También pudo ver a otras personas a su alrededor: una mujer llorosa estrechaba contra ella a un chico, tan fuertemente que casi parecía que le estuviera haciendo daño. El muchacho miraba a Lucie fijamente, con la cara tan blanca como el papel. Otras personas empezaron a arremolinarse a su alrededor, pero tras hacer su llamada, el hombre se volvió hacia ellas con gesto severo y les hizo apartarse.

—No se preocupe, la ambulancia está ya de camino —dijo, arrodillándose a su lado otra vez. Se quitó la chaqueta y con gran cuidado se la puso por debajo de la cabeza.

—¿Es ése el chico? —preguntó Lucie—. No está herido ¿verdad?

—No, está bien.

—¡Lo siento muchísimo! —exclamó la mujer—. Pero es que la correa se le quedó enganchada, no pudo soltarse.

Lucie se sintió un poco molesta por esa explicación, pero al darse cuenta de la turbación del chico, desistió de hacer cualquier comentario. Alzó la vista hasta toparse con los ojos del desconocido. Eran de un color extraño, mezcla de azul y gris, mientras que las cejas eran muy negras; el hombre mantenía el ceño fruncido en un gesto de preocupación.

—Me gustaría sentarme —pidió Lucie, que se sentía un poco mejor.

—¡No lo haga! —exclamó una de las personas—. Puede tener el cuello roto.

—¿Tiene usted el cuello roto?

—No, creo que sólo me he roto la muñeca. Lo peor es que me siento como una tonta, aquí tumbada.

El hombre pareció relajarse un tanto, e ignorando las advertencias de los otros peatones, la ayudó a incorporarse. Lucie se sintió un poco mareada al principio, por lo que agradeció poder apoyarse en los fuertes hombros del desconocido.

—¿Cómo se llama? —le preguntó, mientras la tapaba con la chaqueta.

—Lucie, Lucie Brownlow.

—¿Quiere que llame a alguien? —dirigió una mirada de soslayo a sus manos, desprovistas de anillos— ¿A sus padres, quizás?

—No… Sólo tengo a mi tía, y vive fuera.

—Pero, seguramente…

Les interrumpió la sirena del coche patrulla de la policía; salieron de él dos agentes que enseguida se hicieron cargo de la situación. Poco después, llegó la ambulancia, y el hombre se apartó de Lucie para dejar trabajar a los enfermeros. Querían trasladarla en una camilla, pero ella se negó en redondo, determinada a subir a la ambulancia por su propio pie, ya que no quería poner más nervioso al niño del perro.

Cuando se levantó, vio su bicicleta tirada en la carretera, y no pudo reprimir un gemido de horror al ver el estado en que había quedado, con la rueda delantera hecha un acordeón. Se había librado de un accidente gravísimo por muy poco. Si el conductor del deportivo no hubiera conseguido esquivarla, sería ella la que estuviera en medio de la carretera hecha papilla.

El hombre, que estaba hablando con uno de los policías, se dio cuenta de su gesto, y se dirigió inmediatamente hacia ella.

—Ha quedado destrozada, pero no se preocupe, le compraré otra.

Lucie se le quedó mirando desconcertada.

—No, no… No es eso…

—Vamos, señorita —intervino uno de los enfermeros—. Tenemos que llevarla a urgencias.

—¿A qué hospital van? —preguntó el desconocido.

Lucie no oyó la respuesta, ya que estaba subiendo a la ambulancia. Se sintió muy contenta al alejarse del lugar del accidente.

Dos horas después, cuando ya le habían curado el brazo herido y estaba instalada en una habitación del hospital en observación, llegó un policía para interrogarla acerca de lo sucedido.

—Concuerda con lo que nos han dicho los otros testigos —comentó después de que ella le contara su historia—. No hay duda de que el accidente no fue por culpa del señor Wallace.

—¿Quién?

—El conductor del Jaguar, el coche que la atropelló —aclaró.

—¡Ah! No sabía cómo se llamaba. No, no fue culpa suya en absoluto. De hecho, creo que fue su rápida reacción lo que nos salvó al chico y a mí —de repente, la asaltó una duda—. ¿El perro también se libró?

—Sí —respondió el policía con una sonrisa mientras cerraba su libreta—. También esquivó al perro —se puso en pie para salir de la habitación—. El señor Wallace está fuera, esperando para ver cómo está. Le han dicho que se quedará usted aquí una noche en observación, pero aun así ha insistido en pasar a verla. ¿Le parece bien?

Lucie asintió, y tan pronto como el agente salió, intentó atusarse el pelo con la mano ilesa. Sin embargo, la enfermera que la había atendido, se lo había recogido con una banda de una forma muy poco favorecedora; también tenía la cara llena de arañazos y, se temía, un ojo morado. El camisón del hospital, de un descolorido azul, tampoco le sentaba muy bien, pues sus ojos eran de color castaño claro y le iban mejor los colores más vivos. Suspiró, sintiéndose un poco baja de moral.

El policía había dejado abiertas las cortinas que rodeaban la cama, por lo que Lucie pudo ver al hombre acercarse por el pasillo. Tenía el pelo negro y parecía de unos treinta años. Lo que más llamaba la atención de él era su estatura: no se había dado cuenta de lo alto que era cuando se arrodilló a su lado después del atropello. Llevaba un traje oscuro de buen corte, aunque con los pantalones manchados de verdín. Se mantenía con la cabeza muy erguida, como un soldado, lo que le daba un aire de autoridad. El Jaguar era un coche que le iba bien, se dijo Lucie. Un coche con menos personalidad no le pegaría en absoluto.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el hombre cuando llegó a su cama.

—Muy bien —repuso Lucie con una sonrisa—. Ha sido muy amable de su parte esperar tanto tiempo.

—Tonterías —dijo él bruscamente—. Estaba muy preocupado por usted. Lamento muchísimo lo ocurrido.

—¡Pero si no ha sido culpa suya! —protestó Lucie—. Ha sido un accidente; ya se lo he dicho a la policía. Espero que no le acusen a usted de nada…

—No, no lo van a hacer, pero muchas gracias por su apoyo —sonrió, y ese simple gesto pareció transformar su rostro por completo, haciéndole parecer más joven, despreocupado, mucho más accesible en suma—. Yo sé cómo se llama, pero aún no me he presentado —continuó, alargándole la mano—. Soy Seton Wallace.

—¡Vaya forma tan rara de conocerse!, ¿verdad? —dijo Lucie mientras estrechaba la mano que él le tendía.

—Sí —dijo Seton sonriendo de nuevo—. Podría decirse que ha sido un impacto para ambos.

—Pero la verdad es que pudo ser terrible —comentó Lucie.

—Sí, siento haber dicho eso, la verdad.

—Espero no estar alejándole de su familia —dijo Lucie, quien no sabía si le gustaba sólo su sonrisa o si le estaba empezando a gustar ese hombre.

—En absoluto. Había venido a ver a mis padres, pero ya les he llamado para decirles lo que ha pasado. Por cierto, ¿qué hay de su familia? ¿Está segura de que no quiere que avise a nadie?

—No, vivo sola.

—¿Y no tiene novio?

Algo en su voz indicaba que era más que una simple pregunta. Lucie se le quedó mirando con interés.

—No, no lo tengo.

Él asintió, con una chispa de alegría en la mirada. Justo entonces pasó una enfermera con una bandeja.

—Será mejor que me vaya —dijo Seton incorporándose—. ¡Ah! ¿Puede darme su dirección? Es para enviarle la bicicleta cuando esté reparada —añadió, al ver el gesto de extrañeza de Lucie.

—No tiene por qué ocuparse de eso, a fin de cuentas…

—Quiero hacerlo —la interrumpió con firmeza.

—Muy bien entonces. Muchas gracias —accedió Lucie. Él anotó sus datos en la agenda.

Cuando al fin se marchó, Lucie se recostó sobre las almohadas, sintiendo que le dolía cada músculo, pero, al mismo tiempo, con un excelente estado de ánimo. Debía de tratarse de una reacción al shock sufrido, pensó, la alegría por haber salido con bien del accidente… aunque también podía deberse al recuerdo del rostro interesado y atractivo sobre ella, de los anchos hombros y el fuerte brazo en el que se había apoyado. Por supuesto, cabía la posibilidad de que no volviera a verlo nunca, pero algo le decía que iba a ser él en persona quien le llevara la bicicleta a casa.

Sintió que los párpados le pesaban como plomo, y se quedó dormida casi de repente, intentando adivinar cuánto tiempo pasaría hasta que la bici estuviera arreglada.

Pero volvió a verlo mucho antes de lo que esperaba. A la mañana siguiente, después de que una enfermera la ayudara a vestirse con las mismas prendas arrugadas y maltrechas del día anterior, se dirigió a recepción y pidió el número de una compañía de taxis. Entonces, oyó una voz a sus espaldas.

—¿Puedo servirte yo?

Ella reconoció la voz de Seton y se volvió con una eran sonrisa.

—¡Hola!

—Hola, tienes mucho mejor aspecto esta mañana.

—En ese caso, ayer debía estar hecha un auténtico espanto —dijo Lucie riendo—. Me he visto en el espejo y casi me muero del susto.

—En ese caso —dijo Seton imitándola—, normalmente tienes que tener un aspecto fabuloso —había sido un piropo muy bonito, y, además, parecía que lo decía en serio. Seton le puso una mano en el codo—. Vamos, tengo el coche fuera.

Él la condujo con extrema delicadeza, como si ella fuera un objeto frágil y valioso, en vez de una chica de casi uno setenta de estatura y con aspecto de lo más saludable. A Lucie, que no estaba acostumbrada a que la trataran así, le pareció extremadamente agradable.

Tuvo alguna dificultad para abrocharse el cinturón de seguridad, por lo que él se agachó para ayudarla, lo que la permitió oler la fragancia de su *aftershave*. Se había puesto ropa más deportiva, unos vaqueros y una sudadera, que, sin embargo, no borraban su aire de seguridad en sí mismo. Conducía con mucho cuidado, evitando los acelerones y frenazos bruscos. No pasaron por el parque, aunque ése era el camino más directo para llegar a su casa; Lucie se dio cuenta de que lo hacía para evitarle recordar lo sucedido del día anterior, y esa delicadeza hizo que casi se le llenaran los ojos de lágrimas.

Enfilaron su calle y se detuvieron al lado de su apartamento. Se trataba de una casa de dos pisos dividida en dos viviendas. Aunque no era nada del otro mundo, para Lucie representaba algo muy especial, un sueño largamente perseguido.

Seton la ayudó a salir del coche, evidentemente esperando que ella lo invitara a subir. Ya en la casa, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa ante la cuidada decoración; Lucie se sintió muy complacida, ya que había pasado mucho tiempo y dedicado mucho esfuerzo para amueblar la casa.

—La cocina está atrás —le dijo—. ¿Qué tal si preparas un poco de café mientras me cambio? —propuso.

—Si me necesitas, silba.

Lucie arqueó las cejas sorprendida ante tal proposición, ¿es que acaso pretendía ayudarla a vestirse? Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que un poco de ayuda no le habría venido mal, ya que aunque desvestirse le resultó relativamente fácil, le fue imposible ponerse un sujetador limpio. Al fin tuvo que desistir, poniéndose sólo un chándal. Volvió a la sala de estar, donde Seton la estaba esperando. Se la quedó mirando, y ella intuyó que había adivinado

que no llevaba nada debajo de la sudadera.

—Aquí tienes tu café.

—Gracias.

Se sentó en el mullido alféizar de la ventana, sin darse cuenta de que el sol hacía que su cabello resplandeciera como un halo. Llevaba el pelo suelto, y caía sobre sus hombros como oro fundido. Vio que Seton la observaba como hipnotizado, hasta que se dio cuenta de que ella reparaba en su interés. Entonces, procuró iniciar una conversación.

—¿Trabajas aquí, en Hayford?

—Sí, en una oficina.

—¿Eres secretaria? Pues no vas a poder trabajar con esa muñeca dislocada.

—Mi trabajo no es tan importante —le explicó Lucie con una mueca—. Me limito a comprobar las mercancías que recibimos con los albaranes de entrega y cosas por el estilo. Espero poder hacer algo.

—Pero tendrías que tomarte unos días libres, hasta que te recuperes por completo, ¿no? —dijo Seton, sinceramente preocupado.

—Llamaré mañana y ya veremos qué me dicen.

—¿Me lo prometes?

Ella asintió, con los ojos sonrientes.

—Te lo prometo —dijo, pero enseguida dudó, al recordar amargas experiencias pasadas—. Pero, de verdad, no tienes por qué preocuparte de mí —se sintió obligada a añadir—. Puedo cuidar de mí misma.

—Pero no tienes por qué hacerlo —dijo Seton bruscamente—. Mira, tengo una semana de vacaciones, así que estaré por aquí. Llámame si necesitas cualquier cosa: ir de compras, al médico, a rehabilitación… Cualquier cosa, insisto; sólo tienes que llamarme —se dio cuenta de que Lucie lo miraba sorprendida—. Si me dices que no —añadió—, me quedaré en el coche, al otro lado de la calle, y no me moveré de allí hasta que cambies de idea.

—¿Eres siempre tan mandón? —dijo Lucie entre carcajadas.

—Sólo con la gente a la que he estado a punto de matar —Seton se levantó y se dirigió a la mesita donde estaba el teléfono, para apuntar en una hoja del taco de notas un teléfono—. Te doy el de la casa de mis padres. Llama si necesitas algo, a cualquier hora ¿prometido?

—De acuerdo, te lo prometo —dijo Lucie—. La verdad es que no estoy acostumbrada a ser objeto de tantas atenciones —continuó,

con cierta ironía.

—Buenos, pues mejor será que te vayas acostumbrando —advirtió Seton con una radiante sonrisa—. Por cierto, no creo que puedas cocinar nada, así que, ¿qué te parece si traigo algo de comida china esta noche?

Lucie dudó, diciéndose que debería negarse, pero sin encontrar fuerzas para hacerlo.

—Me encantaría —aceptó.

Él salió de la casa, y Lucie se le quedó mirando por la ventana con una mezcla de sentimientos encontrados. Le parecía un hombre muy atractivo, y del que sin duda le resultaría muy fácil enamorarse. Había algo en él que hacía que empezara a gustarle mucho; y había sorprendido un par de miradas de él por las que sospechaba que sentía algo parecido hacia ella.

Ese pensamiento la llenó de excitación, pero, a la vez, la puso bastante nerviosa. No tenía mucha experiencia con los hombres, y la poca con la que contaba, había resultado desastrosa. Quizá estuviera equivocada, y Seton estuviera limitándose a ser amable con ella; una vez que acabara su semana de vacaciones y su muñeca mejorara, se iría y no volvería a verlo nunca más.

Pero decidió no pensar en esa posibilidad. El corazón pareció saltarle de alegría en el pecho cuando le abrió la puerta aquella tarde y vio de nuevo su radiante sonrisa. Se sintió feliz, excitada, como si estuviera a punto de ocurrirle algo maravilloso.

Estuvieron cenando y charlando de forma relajada y agradable, no como si fueran dos personas que acababan de conocerse, sino como si hubieran sido amigos durante años. Seton era un hábil conversador, y de forma sutil, le hizo hablar de ella misma.

Lucie respondía a sus preguntas con más alegría y entusiasmo de lo que lo había hecho con nadie hasta entonces. Le contó un montón de cosas, sobre todo, su ilusión por los cursos que estaba siguiendo en la Universidad a Distancia y sus esperanzas para el futuro. Sin embargo, no entró en detalles sobre su pasado, insistiendo por su parte en que Seton le contara algo de su vida. Él le habló de su afición por los deportes y los viajes, y la dejó perpleja al decirle que era un exitoso abogado.

Por suerte, Seton estaba concentrado sirviéndole una copa, y no se dio cuenta del efecto que sus palabras tenían sobre Lucie. Estaba atónita, pensando que de todas las personas que había en el mundo, estaba precisamente pasando la velada con un abogado. Era mucho más distinguido que todos los que había conocido hasta la fecha, y parecía completamente seguro de sí mismo; no podía imaginarle

incapaz de hacer frente a una situación, por complicada que ésta fuera. No se trataba de un rasgo innato, sino que parecía que le habían educado concienzudamente para mostrarse de ese modo, y que basaba su seguridad en una profunda fe en los valores que defendía. Por decirlo de otro modo, estaba en una posición a años luz de la suya.

Todo ello podía haber contribuido a hacer que ella se sintiera muy incómoda, o por lo menos a que se protegiera de algún modo, pero la atracción que sentía por él era demasiado grande para disimularla. Le encantaba la forma en la que estaba pendiente de ella, las sombras que la luz de la vela arrojaba sobre su rostro, acentuando los rasgos de sus pómulos, las líneas alrededor de su cara cada vez que sonreía. Tenía una voz muy hermosa, profunda, bien modulada; sabía cómo contar un chiste o una anécdota dándole la expresión adecuada para hacer que ella se muriera de risa.

La velada fue llegando a su fin; cuando Seton se dio cuenta de que no le quedaban más excusas para quedarse, se levantó y se dirigió a la puerta desganadamente.

—¿Estás segura de que no necesitas nada más?

—Segurísima. Creo que ya has cumplido con tu obligación más que de sobra.

Ella estaba de pie ante él, abriéndole la puerta; su pelo parecía de seda a la luz de las lámparas.

—Si piensas que ésa es la única razón por la que he venido —dijo Seton suavemente, acercándose a ella—, no puedes estar más equivocada.

Lucie era perfectamente consciente de su proximidad, de su imponente presencia, y por un segundo, se puso nerviosa otra vez; levantó su mano derecha para iniciar una despedida más formal.

—Buenas noches, Seton —dijo educadamente—. Gracias, por la cena.

Él la miró, y en un gesto que la dejó desconcertada, tomó su mano y la besó ligeramente.

—Buenas noches, Lucie.

Ella cerró la puerta y se recostó contra la pared, sintiéndose emocionada por su inesperado gesto, y un poco vacía al ver que él se había ido. Por un instante, él le había hecho sentirse femenina, hermosa, y, lo más extraño de todo, protegida, y eso era algo que no había experimentado hasta entonces. Todo eso le había encantado, pero sobre todo, era él quien le había gustado.

Empezó a incorporarse, pero la sorprendió oír dos golpecitos en

la puerta. Se dio la vuelta, y abrió lentamente. Seton estaba ante ella, con una mano apoyada en el quicio de la puerta.

—He olvidado preguntarte una cosa —dijo—. ¿Tú estás a favor de besarse en la primera cita?

—No, definitivamente, no.

—Yo tampoco —repuso él, entrando de nuevo y cerrando la puerta tras de sí—. Así que será mejor que consideremos ésta como nuestra segunda cita —y rodeándola con sus brazos, acercó su rostro al suyo y la besó.

Cuando Seton se separó al fin, Lucie mantuvo los ojos firmemente cerrados, temiendo romper el encantamiento. No podía ser cierto, no podía estar pasándole a ella. Un simple beso no podía ser tan maravilloso. Evocó la sensual calidez de sus labios, el efecto deslumbrante sobre sus sentidos, el descubrimiento de que en lo más profundo de su ser despertaba una necesidad de él que fácilmente podía convertirse en pasión y deseo.

—Hey —dijo Seton suavemente—, ¿te has quedado dormida?

—No —respondió Lucie con una sonrisa, pero manteniendo los ojos cerrados—, claro que no, pero me parece que estoy soñando.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Buenísimo —dijo Lucie roncamente, tras dirigirle una larga mirada—. ¿Siempre provocas el mismo efecto en las mujeres a las que besas?

—¿Qué efecto?

Lentamente, ella alzó la mano para acariciarle el rostro, trazando con sus dedos la línea de la mandíbula.

—Devastador —declaró sencillamente.

Él suspiró satisfecho.

—¡Gracias a Dios! Hubiera sido terrible que sólo lo hubiera sentido yo.

Ella abrió los ojos de golpe.

—¿Quieres decir que tú… que tú también has sentido lo mismo?

—Por supuesto —musitó Seton—. Aunque quizá fuera mejor que lo hagamos otra vez para estar seguros del todo.

Eso era precisamente lo que Lucie más deseaba en el mundo, pero una vocecita en su interior la instaba a ser más precavida.

—E… esto, tú… Todo está yendo demasiado rápido. No te *conozco*.

—Bueno —repuso Seton con una carcajada—, yo tampoco te conozco a ti, pero estoy deseando tener la oportunidad de hacerlo. Lucie —continuó en un tono más serio, al ver el rostro preocupado de ella—, ¿qué pasa? Sólo estaba bromeando.

—Ya, pero lo cierto es que no me conoces.

—Tendremos que conocernos el uno al otro, me parece. Podemos hacer esa cosa tan anticuada de «salir juntos», tomarnos algo de tiempo y todo eso.

—¿Y entonces, qué pasa con… esto?

Sabiendo lo que ella quería decir, él la apretó contra sí con más fuerza.

—No quiero agobiarte ni nada parecido —dijo suavemente—. Iremos paso a paso si tú quieres, pero ahora quiero besarte otra vez, ¿puedo?

No esperó su respuesta; asió su rostro y puso sus labios sobre los suyos, levemente al principio, explorando su boca con suavidad, cubriéndola de besos, mordisqueándola con ternura. Pero poco a poco, su lengua se abrió camino al interior de su boca, y el beso se hizo más ardiente y furioso.

Lucie gimió, cerró los ojos y le dejó que la llevara a una espiral de placer, haciendo que el mundo se diluyera a su alrededor, y que lo único que le importara fuera su cercanía, la llama de la pasión que recorría sus venas, despertando el deseo. Nada era tan maravilloso como lo que estaba viviendo, nada le importaba tanto como ese instante.

Seton no dejaba de besarla, y entre caricia y caricia, pronunciaba su nombre una y otra vez. El beso fue creciendo en intensidad, hasta que, de repente, él se retiró, recordando su promesa. Apartando la cabeza, la atrajo hacia su pecho, y allí cobijada, Lucie pudo oír la violencia de los latidos de su corazón.

—Estoy asustada —dijo, con una sinceridad que le dejó desarmado.

—Lo sé, pero no tienes por qué estarlo, cariño. Yo cuidaré de ti.

—Por favor… creo que es mejor que te vayas.

—No confías en mí, ¿verdad? —Seton le sonrió tiernamente—. Bueno, puede que tengas razón. Nunca hasta ahora me he visto en una situación como ésta.

—¿Qué situación?

Sus ojos chispearon maliciosamente; le dio un leve beso antes de responder.

—Estoy loco por ti.

Sin más, abrió la puerta y se marchó, dejando a Lucie con los ojos muy abiertos, completamente atónita.

Seton pasó a por ella a la mañana siguiente, ardiendo del deseo de abrazarla de nuevo. Lucie estaba también exultante, pero llena de temor. Podía ver la dicha que tenía ante sí, pero temía confiarse

demasiado.

—¡No! ¡No me toques! —exclamó, sabiendo que si él la abrazaba perdería toda posibilidad de control.

Sin embargo, él la asió por los hombros, mirándola atentamente.

—¿Lucie? ¿Qué es lo que pasa?

—Es… es la atracción que sientes por mí. Puede ser sólo una reacción química o algo así que nos esté alterando.

—Así que admites que tú también estás alterada, ¿eh? —dijo Seton satisfecho.

—Puede que se desvanezca de forma tan repentina como ha aparecido —se explicó Lucie, ignorando su comentario—. Puede que te despiertes una mañana odiando sólo la perspectiva de verme.

—Si me despierto a tu lado, todo me parecerá maravilloso, absolutamente perfecto —repuso Seton.

Ella intentó argumentarle que algo que había surgido tan rápidamente difícilmente podía durar, pero él se echó a reír, limitándose a abrazarla aún con más fuerza.

—¡Oh, eres un tonto! —exclamó Lucie exasperada—. ¿Por qué no escuchas lo que te digo? Tienes que tomarme en serio.

Pero justo entonces él consiguió besarla, e inmediatamente Lucie olvidó todos sus temores, y de algún modo, supo además que siempre sería así, que siempre que se besaran iba a sentir exactamente lo mismo, la misma exaltación en alma y cuerpo. Por fin lo aceptó, disfrutando de cada segundo, sabiendo que él sentía lo mismo que ella.

Y pudo comprobarlo las semanas que siguieron a aquel día, en las que se vieron tan a menudo como podían. La primera semana, él estuvo a su lado casi todo el tiempo, llevándola a donde hiciera falta, invitándola a comer, mostrando siempre una solicitud conmovedora por el estado de su muñeca herida. Después de esas vacaciones, cuando tuvo que volver a Londres para reincorporarse a su trabajo, recorría un montón de kilómetros en su Jaguar sólo para llevarla a cenar o al teatro, lugares a los que ella nunca había tenido la oportunidad de ir. No parecía faltarle el dinero, y aunque no lo derrochaba, se mostraba siempre muy generoso, reservando las mejores localidades en cines y teatros, así como mesas en los restaurantes más conocidos.

Aunque respetaba escrupulosamente las normas que se habían impuesto, Seton era muy capaz de echar abajo sus defensas. A menudo ocurría que, cuando se despedían, él la besaba tan apasionadamente que casi le hacía arrepentirse de su determinación. De algún modo, conseguía desasirse de su abrazo y

enviarle a su casa insatisfecho, tan frustrado al menos como ella misma.

Fue un largo y caluroso verano. Un día, cuando ya hacía seis semanas que se conocían, Seton alquiló una barca con el fin de hacer una excursión por el río que rodeaba la ciudad; procuró hacerse con muchos cojines, para que ella estuviera cómoda, aunque para entonces su muñeca estaba casi curada. Preparó asimismo una cesta con la merienda, y una botella de vino, que mantuvieron en el agua durante todo el recorrido con el fin de que estuviera fresca. Al fin llegaron a un tranquilo rincón, cubierto de árboles; Seton amarró la barca y la ayudó a bajar.

Dispuso una manta sobre el césped, donde se tumbaron para comer, mientras escuchaban viejas melodías de jazz en un cassette. Hacía mucho calor, así que Seton se quitó la camisa; aunque intentara resistirse, Lucie no podía evitar sentirse atraída una y otra vez por su poderoso torso y la visión de los músculos que se tensaban en los hombros y brazos. La brisa hacía que se movieran las ramas de los árboles, y que entre las hojas se proyectaran sombras y luces que jugueteaban con su piel desnuda, iluminando un momento el hombro, después el pecho, y también la espalda, cuando él se volvió para guardar las cosas otra vez en la cesta.

Le resultaba de lo más sexy, como si un malicioso Cupido se estuviera entreteniendo con ella. Lucie ahogó un gemido, mientras sentía crecer en ella un deseo, una emoción tan fuerte que anulaba cualquier resistencia. De repente, alzó la mano y acarició su espalda, recorriendo con los dedos la espina dorsal. Pudo notar el estremecimiento de Seton antes de que éste se volviera hacia ella; era patente en sus ojos la necesidad que sentía por ella, hecha de puro deseo, e igual asimismo a la que ella sentía por él.

—Lucie —pronunció su nombre en un largo suspiro, mezcla de descubrimiento y placer. Levantando una mano temblorosa, le acarició la mejilla; lentamente, acercó su rostro, y sin dejar de mirarla a los ojos, la besó.

Sus labios eran cálidos, hambrientos. Lucie le puso la mano en el hombro, sintiendo su piel caliente y húmeda por el sudor, provocado no por el calor del sol, sino por la excitación de saber que ella lo deseaba. Casi sin aliento, Seton se separó de ella un instante, mirándola intensamente; sin dudarlo, Lucie le puso la mano en la cabeza y lo atrajo hacia ella de nuevo, devolviéndole el beso con un fuego que nunca hasta entonces había sentido.

Con un gemido, Seton la empujó sobre la manta, besándola sin parar en los labios, los ojos, la garganta… Después, con la

respiración entrecortada, se apoyó sobre un codo, yaciendo a su lado, y empezó a desabotonarle la camisa. Suspiró con una mezcla de placer y casi de dolor cuando vio por primera vez sus pechos, tersos y firmes, con los tiernos pezones erectos.

—¡Eres tan hermosa! —exclamó, y sin poder resistirse más, empezó a besarlos y acariciarlos, hasta que ambos alcanzaron un estado de excitación poco menos que insoportable.

—¡Dios, cómo te deseo! —gimió Seton—. Me estoy volviendo loco: no puedo dormir, ni trabajar siquiera. Me paso todo el día pensando en ti.

Lucie abrió los ojos, mirándolo directamente.

—¿Quieres decir en hacer el amor conmigo?

—¡Oh, sí! Me muero por eso, pero pienso más en…

Se interrumpió bruscamente cuando vio que Lucie empezaba a desabrocharle el cinturón.

—Tendrás que ayudarme —le dijo—, no creo que pueda hacerlo sólo con una mano.

—Lucie —Seton se la quedó mirando—, ¿estás segura?

Ella le sonrió.

—Segurísima. No eres el único que se ha pasado noches sin dormir ¿sabes? —admitió al fin—, así que, ¿por qué no hacer que nuestros deseos se conviertan en realidad? —le propuso provocativamente.

Seton, con expresión maravillada, se arrodilló y empezó a desnudarla muy lentamente, como guardando cada instante en su memoria. Le pareció maravillosa, tendida ante él, expectante; saber que en un instante sería suya por fin le hizo gemir de nuevo. Le temblaban las manos al acariciarla, y el sentimiento de alegría y placer que experimentaba se le hacía casi insoportable.

—Te adoro, amor mío —susurró cuando la vio al fin completamente desnuda.

—Entonces, tómame —le urgió Lucie—, tómame ya.

Desvistiéndose a su vez, Seton la cubrió de besos otra vez antes de penetrarla. Al principio, intentó mostrarse comedido, pero el creciente placer, cada vez más acuciante, le invadió hasta casi hacerle perder el control. Con un grito ahogado, le puso una mano bajo las caderas y la atrajo hacia así, empujando con tal pasión, que fue Lucie la que gritó, enfebrecida por el deseo; fue ella entonces la que lo besó con ansia incontrolada, abrazándolo con fuerza. Les invadió una ola de sensualidad como nunca antes habían sentido, y sus gemidos resonaron al unísono en la tranquilidad de la tarde, mientras sus cuerpos se fundían en el acto más antiguo, y a la vez

más hermoso, del mundo.

Cuando al fin todo terminó, permanecieron uno en brazos del otro durante largo rato, demasiado cansados para moverse, aún tan inmersos en la belleza que acababan de compartir, que temían que se desvaneciera como por ensalmo si hablaban. Por fin, Seton alzó una mano para retirarle a Lucie un mechón de la frente empapada. Cuando ella abrió los ojos y lo miró, vio su rostro iluminado por la más pura felicidad; parecía resplandecer, y en el fondo de sus ojos brillaba una llama de triunfo.

—Este ha sido —dijo sencillamente tras besarla suavemente— el momento más maravilloso de toda mi vida.

Lucie suspiró, sintiéndose perfectamente feliz y satisfecha, con el cuerpo saciado por el placer compartido.

—¿Y para ti? —preguntó Seton—. ¿Ha sido así para ti también? No pretendía ser tan apasionado, pero las cosas se me fueron un poco de las manos.

Alzando su mano, Lucie le acarició los labios con la punta de los dedos, para luego juguetear con sus pequeños pezones.

—No sabía que pudiera haber terremotos en Inglaterra —dijo al fin.

Él sonrió complacido.

—Parece que el suelo se movió, ¿verdad?

—¡Y cómo!

Incorporándose un poco, Lucie empujó a Seton sobre la manta, y empezó a besarlo. Su larga melena era como una cortina, lo que hizo que la caricia resultara más íntima, privada.

—Me alegro de que perdieras el control—dijo suavemente contra su boca, mientras que con la mano le acariciaba el cuerpo, explorando cada rincón—. Eres tan fuerte…

Tomó una de sus manos y la comparó con la suya, asombrada al ver lo pequeña que parecía. Fascinada por las diferencias físicas entre ellos, Lucie se fijó en cada detalle de su cuerpo. Recorrió la línea de su cuerpo, desde el cuello hasta el pecho, para seguir por los muslos, las musculosas piernas, y llegar hasta los pies.

—Eres muy hermoso —declaró admirada—. No podía imaginar que un hombre desnudo fuera tan bello.

La mano inició el ascenso por el cuerpo masculino, pero se detuvo, sorprendida, al darse cuenta de que volvía a estar excitado. Con un suspiro satisfecho, exploró un poco más, hasta que Seton no pudo resistirlo. Gimiendo, la colocó debajo de él e hicieron el amor una vez más.

El regreso por el río, con el sol del ocaso proyectando sombras

alargadas sobre la superficie del agua, fue un momento más para recordar de aquella tarde de descubrimiento. Lucie nunca se había sentido tan satisfecha y feliz, y eso se traslucía en su rostro feliz y radiante. Había sido un día de plenitud para los sentidos, en el que se había saciado de comida, vino, sol y sexo, lo que la hacía sentirse más viva que nunca.

Seton apenas podía apartar la vista de ella; nunca le había parecido tan hermosa. Cada gesto de Lucie, su mano lánguida en la superficie del agua, las miradas de complicidad que le dirigía, evidenciaba que era una mujer que había sido plena e intensamente amada. Sólo mirarla tenía un poder afrodisíaco para sus sentidos.

—¿Te acuerdas cuando antes te dije que me pasaba el día pensando en ti? —dijo Seton—. Lo que quería decirte es que no simplemente estaba obsesionado por hacer el amor contigo.

—¿Simplemente? —repitió ella con una sonrisa divertida.

Él hizo una mueca, evidentemente complacido por haber sido capaz de proporcionarle tan gran placer.

—Bueno, ya sé que es una forma un poco tonta de exponer las cosas, pero lo que quiero decirte —continuó más serio— es que quiero más que eso, Lucie. Quiero estar contigo, saber que eres mía. Sueño con volver a casa y encontrarte allí esperándome. No quiero marcharme nunca más después de haber pasado la tarde contigo —su voz se hizo más ronca, más apremiante—. Me parte el corazón tener que dejarte.

Ella pensó que le estaba pidiendo quedarse a dormir con ella en el apartamento esa noche, y así poder hacer el amor de nuevo.

—Yo también lo deseo. Quiero que te quedes tanto como puedas.

Estaban llegando al pueblo, así que Seton se concentró en amarrar el bote.

—Tienes hierba en el pelo —le susurró mientras la ayudaba a bajar,

—¡Vaya! —exclamó Lucie con una sonrisa. Mientras se peinaba con los dedos, le dirigió una tierna mirada, llena de la nueva intimidad que empezaban a compartir. Seton la había ayudado a descubrir una nueva dimensión de su feminidad, al permitirle darse cuenta del poder que ejercía sobre él.

Pusieron la cesta de la merienda y la manta en el maletero del coche; Seton quitó la capota y se dirigieron a un pub para tomar algo fresco en la terraza que daba al río.

—Quiero quedarme en tu casa esta noche —empezó a decir Seton—, pero no solamente eso —le tomó la mano antes de

continuar—. Me he enamorado de ti, Lucie, y quiero estar contigo siempre. Cariño, te estoy pidiendo que nos casemos tan pronto como podamos arreglarlo.

Lucie se le quedó mirando atónita.

—Pe… pero yo creía que sólo querías que…

—¡Oh, Lucie! ¿Cómo puedes estar tan ciega? Creía que te habías dado cuenta de lo mucho que me importas.

Ella retiró la mano, con una mirada de desconcierto en sus ojos.

—Pero es demasiado pronto. Sólo hace unas semanas que nos conocemos.

—¿Y eso qué importa? Sé que me quieres, hoy lo has demostrado… Eso no puedes negarlo, ¿verdad?

Ella asintió lentamente, sabiendo que no tenía ningún sentido protestar.

—Es demasiado pronto —se limitó a repetir obstinadamente.

Seton alargó una mano para acariciarle el rostro.

—Sé lo que quieres decir, pero te aseguro que estás equivocada, amor mío. Creo que te quise desde el primer momento en que te vi. Para mí todo esto es como un milagro, un milagro maravilloso… y no veo que pueda dejar de quererte. Nada de lo que tú o cualquiera me diga me hará cambiar lo que siento. No pienso dejarte escapar, Lucie. Créeme, esto es para siempre.

Ella lo miró directamente.

—¿Tú me querrás, sin importarte lo que yo haya hecho? —preguntó en voz muy baja.

Seton sonrió, con la mirada llena de tal calidez y ternura, que ella supo que nunca olvidaría ese momento.

—Sin importarme lo que hayas hecho —declaró—. Es el destino lo que nos ha unido, y no pienso dejarte marchar después de haberte encontrado por fin.

—Podemos vivir juntos, si tú quieres —propuso Lucie en un último y desesperado esfuerzo por hacerle cambiar de idea—. Puedo dejar el trabajo y mi apartamento, e irme a vivir contigo.

Seton se quedó callado un instante.

—No te creas que no aprecio tu propuesta, Lucie, pero ¿qué sentido tiene hacer eso? Si nos vamos a vivir juntos, si estamos tan comprometidos el uno con el otro como para desear estar juntos todo el tiempo posible ¿por qué no casarnos? Además recuerda que ya tengo treinta años, es tiempo de sentar cabeza.

—¿Cómo?

—Pues que quiero casarme, tener una familia —para su deleite, ella se ruborizó al oír estas palabras—. ¡Oh, Lucie! ¡Cariño mío! Te

has confiado a mí hoy, ¿no quieres hacerlo para el resto de tu vida?

—Sí, quiero hacerlo —dijo ella tras un segundo de dicha perfecta, en el que presintió un futuro lleno de felicidad—, claro que quiero—. Pero no podía seguir adelante sin ser completamente sincera con él—. Sin embargo —empezó a decirle—, hace unos años…

De inmediato, él le puso la mano sobre los labios, haciéndola callar.

—Eso es el pasado, ¡olvídalo! Lo único que me importa es el futuro: nuestro futuro.

Ella lo miró, sabiendo en su fuero interno que eso no era del todo cierto, que el pasado no podía ser eliminado de ese modo, pero sus palabras habían sido tan apasionadas, tan convincentes, que decidió dejarse llevar por su optimismo y su fe en el futuro.

—Muy bien, haremos lo que tú quieras entonces —declaró.

—Entonces, ¿te casarás conmigo, amor mío? —dijo él, incapaz de reprimir su felicidad.

Lucie asintió con un gesto, y las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas, impidiéndole articular palabra.

—Sí —dijo al fin con firmeza—. Sí, me casaré contigo.

Pero a la mañana siguiente, después de que Seton se marchara, cuando ya no podía contar con su fuerza y confianza para sostenerla, volvieron a acecharle todas las dudas y temores con fuerza renovada. No le había dicho la verdad sobre su pasado, no le había contado que había estado en la cárcel. Y durante tres largos años. Ahora temía que él llegara a saberlo, que el pasado se volviera contra ella.

Capítulo 1

Cuando Lucie se sentó en la terraza, para mirar a su hijo, que jugaba en el jardín, sus pensamientos, bajo un sol cálido, volvieron al verano de cinco años atrás, el verano en que Seton y ella se conocieron. Ya podía reírse de los temores que entonces había tenido, sabiendo que casarse con Seton era lo mejor que había hecho en toda su vida.

Habían sido unos años muy felices. Ella había crecido en confianza, había madurado, con la certeza del amor que Seton sentía por ella. Al principio casi había tenido miedo de confiar en aquella felicidad, pues había pasado por muchos sinsabores y le costaba creer que pudiera ser tan feliz. Además, la asustaba que pudieran arrebatársela de pronto. Pero, a medida que pasaba el tiempo y Seton no cambiaba, sus padres seguían tan afectuosos, tratándola como a una hija muy querida, y empezó a conocer a los amigos de su marido, que la aceptaron como una más entre ellos, y, sobre todo, al quedarse embarazada y dar a luz a Sam, Lucie, finalmente, dejó de lado sus miedos y se convirtió en la mujer feliz y contenta que era en aquellos días.

Durante el primer año de matrimonio, Seton y ella vivieron en Londres, en el viejo apartamento de Seton, pero empezaron a buscar casa en cuanto ella se quedó embarazada, pasando los fines de semana en las afueras de la ciudad, hasta que por fin encontraron la casa en la que vivían, casi por casualidad.

Era una casa antigua de estilo georgiano que había estado deshabitada durante algún tiempo. Era de piedra y estaba cubierta de hiedra, la parcela en la que se asentaba tenía casi media hectárea de terreno y estaba situada en el límite de un hermoso pueblo. Lucie se enamoró de ella al instante, a pesar de que llevaba tiempo abandonada y necesitaba algunas reparaciones. Luego, junto a su marido, transformó la casa en un bello hogar con un jardín todavía más hermoso.

Seton seguía pasando mucho tiempo en Londres, asistiendo a diferentes juicios, pero estaba en casa el mayor tiempo posible, disfrutando de su matrimonio y tan enamorado de ella como el primer día. En aquellos momentos estaba fuera y no volvería hasta última hora de la tarde. Lucie consultó el reloj, eran sólo las cuatro de la tarde y él llegaría a las siete, pero ya estaba impaciente por verlo.

—Tengo sed.

Sam trepó a sus rodillas y trató de agarrar el vaso de vino de

Lucie, pero ella le dio el suyo, con zumo de naranja.

—No, el tuyo es éste.

—¿Cuándo voy a poder beber vino?

—Ya te lo he dicho, cuando seas tan alto como papá.

Sam sonrió. Su madre, sin duda, estaba de broma, él nunca sería tan alto como su padre. Se parecía tanto a Seton cuando sonreía que a Lucie le palpitaba el corazón cuando lo hacía, llena de amor por ambos. Después de beber el zumo, Sam se deslizó de su regazo y se dirigió a la tumbona que había al lado de la de Lucie, se tumbó en ella y se quedó dormido casi al instante.

Levantándose, Lucie movió la sombrilla para proteger a su hijo del sol. Luego se incorporó, apartándose el flequillo de la cara. Llevaba el pelo cortado a la altura del cuello, más corto de lo habitual, un cabello liso que sólo se rizaba en las puntas, enmarcando su rostro. Miró a su hijo y sintió una oleada de cariño protector. Se alegraba tanto de haberse casado con Seton. Tanto. Se le llenaron los ojos de lágrimas de gratitud y se limpió con el dorso de la mano.

—Eh, ¿qué pasa?

Lucie se giró al oír aquella voz familiar.

—¡Seton! —exclamó con alegría, y corrió hacia él.

Seton la abrazó y la levantó del suelo, girando en derredor. Al dejarla en el suelo la besó.

—¡Papá! ¡Papá!

Sam se había despertado y se acercó corriendo a su padre, tirándole de los pantalones para reclamar su atención. Seton, riendo, se agachó para levantarlo del suelo, sin soltar la cintura de Lucie. Su hijo le premió con un beso en la mejilla y le echó los brazos al cuello.

—¡Qué pronto has venido! No te esperaba hasta las siete.

—Sí, para un día que puedo llegar antes, te encuentro llorando. ¿Qué demonios pasa?

Lucie arrugó la nariz.

—Oh, sólo me he puesto un poco sentimental.

—Entonces será mejor que te dé un beso para que te sientas mejor.

—Ya nos hemos besado.

—¡Tonterías! Un hombre nunca se cansa de los besos. Recuérdalo, Sam.

—Vale —dijo su hijo, y le dio otro beso a su padre. Un beso muy sonoro, que los hizo reír a los tres.

—Siéntate y te traeré algo de beber —dijo Lucie—. Luego

puedes hablarme del caso.

Seton se sentó en la tumbona que Lucie había dejado libre, con Sam en su regazo. Lucie le llevó una bebida. Pero no habló del caso, aparte de decir que había llegado a un acuerdo ventajoso para su cliente. Nunca hablaba de sus casos en detalle, para él, ser abogado era como ser médico, cualquier cosa que le dijeran era asunto confidencial.

Estaba especializado en derecho civil, no penal, y a veces sus casos —de fraude, por ejemplo— podían durar bastante, de modo que siempre era bueno que concluyeran antes de lo esperado. Sam lo miraba expectante, aunque no le preguntó nada, y al cabo de pocos minutos, Seton sonrió, rebuscó en su bolsillo y sacó un paquetito bien envuelto que le dio a su hijo. Sam lo abrió con impaciencia, descubriendo un lápiz de colores con una goma de borrar en forma de dibujo animado en un extremo. Le dio otro beso a su padre y le pidió a Lucie papel para dibujar.

Luego, Seton abrió su cartera y sacó un frasco de perfume para Lucie. Ésta, que había acercado una silla para sentarse junto a su marido, lo besó en la mano para darle las gracias.

—¿Cómo sabías que el que tenía estaba a punto de acabarse?

Seton esbozó una perezosa sonrisa.

—Darse cuenta de cosas así es lo que le hace a un hombre ganar puntos para que su mujer le haga una tarta de chocolate —dijo Seton, y, levantándose, condujo a su esposa al interior de la casa, donde la besó con intensidad—. Dios, te echaba de menos —murmuró contra su boca.

—Sólo han sido unos pocos días —dijo Lucie riendo.

—Casi una semana. Toda una semana de soledad, de deseo, de ganas de hacer el amor, de soñar contigo —dijo Seton, mientras la besaba, en el cuello, en la mejilla, apartando el vestido para besarla los pechos—. Vamos a la cama —dijo con la respiración entrecortada.

—Es muy temprano. ¿Qué pasa con Sam? —dijo Lucie, devolviéndole el abrazo con una pasión alimentada por su propio deseo.

—Déjalo dibujar, está tan contento. Vamos, vamos.

Lucie se dejó llevar de la mano, hasta su habitación. No había necesidad de correr las cortinas; la casa estaba demasiado aislada como para que alguien los viera. Nada más entrar comenzaron a desvestirse el uno al otro, tan impacientes por hacer el amor como siempre; el tiempo y la convivencia no habían disminuido su deseo.

—Amor mío, amor mío —decía Seton, de rodillas delante de

Lucie, quitándole la última de sus prendas. La besó, tan íntimamente que Lucie echó la cabeza hacia atrás, soltando un interminable suspiro. Seton se levantó, deslizando las manos sobre los muslos de Lucie. Por un instante la abrazó contra sí, dejándola sentir el empuje de su deseo.

Los dos se volvieron locos.

—¡Seton! —dijo Lucie apretándose contra él—. Te deseo, te deseo.

Seton profirió un gemido y la llevó hacia la cama, tendiéndola sobre ella y penetrándola al instante, sin poder esperar. Lucie lo recibió con abandono y placer, arqueándose, sintiendo su piel cálida, sus caricias, su aliento entrecortado, que se mezclaba con el suyo, llenándose de besos.

Cuando Seton volvía, siempre les sucedía lo mismo, estaban impacientes por hacer el amor, sintiendo una urgencia casi salvaje.

Lucie sintió que su excitación estallaba y profirió su nombre, a medida que aquel placer exquisito se incrementaba, hasta envolverla por completo y el mundo entero se contuvo en aquel instante de eterna sensualidad.

Aquella noche volvieron a hacer el amor, después de acostar a Sam y hacer una cena ligera. En ciertos aspectos, la segunda vez fue tan excitante como la primera, porque los dos sabían que iba a ocurrir, que los dos habían estado prolongando la espera hasta el momento de volver a la cama. Lucie se bañó, se puso un largo camisón blanco casi transparente y se sentó en el tocador para cepillarse el pelo. Pero Seton le quitó el cepillo, como solía hacer, y prosiguió cepillándola él, con cariño y admiración.

Hicieron el amor mucho más despacio. Los dos sabían lo que al otro le gustaba más, lo que le daba más placer. Lucie se tendió junto a Seton, besándolo y acariciándole todo el cuerpo, mientras él suspiraba de placer, hasta que la detuvo, sin poder esperar más. Lucie sonrió, sabiendo que había llegado hasta el límite de su excitación, y se inclinó para besarlo en la boca.

Fue el turno de Seton de jugar un poco con ella, hasta que ella gimió, clavándole las uñas en los hombros ligeramente. Ninguno de los dos podía esperar más. Con un movimiento rápido, Seton se tendió en la cama y tiró de ella.

—¡Ahora, cariño, ahora! —dijo, y, agarrándola por la cintura, le dio el abrumador placer que sabía que ella deseaba.

La luz de la luna se posaba sobre la cama. Lucie encontró su camisón, pero lo echó a un lado, quería dormir desnuda sintiendo el cuerpo desnudo de Seton. Estaba tendido junto a ella, con el brazo

sobre la cintura, de modo protector, en la postura en la que solían dormir siempre.

—Cariño —dijo besándola en el hombro—. Amor mío, mi maravillosa esposa. No sabes cuánto te adoro.

Lucie sonrió en la oscuridad.

—¿Crees que hemos hecho un niño?

—Eso espero —dijo Seton dándole un apretón—. Quiero tener una niña, una niña como tú —dijo sonriendo—. Hemos hecho lo que hemos podido. Buenas noches, amor mío.

Bostezó, y al cabo de unos minutos, se quedó dormido, pero Lucie permanecía despierta en la oscuridad, preguntándose si el milagro habría ocurrido y habrían engendrado otro hijo. Era hora de que Sam tuviera un hermano, o la hermana que Seton deseaba y ella lo quería tanto que quería lo que él quería.

Algunas veces, cuando pensaba en su pasado, de mala gana, parecía que su vida había comenzado el bendito día en que conociera a Seton. Todos los años anteriores no contaban, eran como una terrible pesadilla de la que había despertado para darse cuenta de que existía el paraíso. En todos los años de su infancia y juventud, sólo había tenido una cosa buena, Kate Brownlow, la mujer a la que llamaba tía Kate y cuyo apellido había adquirido, pero que en realidad no era su tía, aunque Seton pensara que sí lo era.

Kate había sido auxiliar de prisiones; era una mujer madura y amable que se había dado cuenta de la honradez de Lucie y había creído en su inocencia. Había tomado a Lucie bajo su protección, animándola a matricularse en cursos educativos y albergándola en su casa hasta que pudiera encontrar un trabajo y pagarse un apartamento en Hayford. Por ello, Lucie le estaría eternamente agradecida y miraba a la tía Kate como a la única persona que sabía toda la verdad y que había jurado, aunque de mala gana, no decírsela a Seton nunca.

Lucie suspiró, apartando aquellos pensamientos de su mente. Últimamente volvían demasiado a menudo para atormentarla; pero su presente era demasiado feliz, demasiado pleno. Se echó de espaldas, y el brazo de Seton la siguió. Seton murmuró algo, que ella no entendió. Seton, sin embargo, lo repitió.

—Te quiero, Lucie.

Lucie sonrió y lo miró. Seton tenía el rostro iluminado por la luz de la luna. Sam había heredado muchos de sus rasgos. Su suegra le había enseñado muchas fotografías de Seton de pequeño y era increíble lo mucho que se parecían. Se alegraba de que Sam se

pareciera tanto a él; no confiaba mucho en su ascendencia, de modo que prefería que su hijo tuviera más de su padre, y no de ella.

Se le había caído el flequillo sobre la cara y ella se lo echó hacia atrás. Lo hizo con mucho cuidado, pero Seton parpadeó.

—¿Por qué no te duermes?

Lucie no respondió y Seton abrió los ojos.

—Deberías estar cansada.

Lucie siguió sin decir nada.

—Eres una mujer insaciable. A este ritmo a los cuarenta voy a estar hecho una piltrafa —dijo Seton sonriendo y la atrajo hacia sí para volver a hacer el amor.

Aquella vez, Lucie durmió durante un rato después de hacer el amor. Cuando se despertó, la habitación estaba sumida en la más completa oscuridad, la luna ya no iluminaba el cuarto. Lucie trató de contar el número de veces que habían hecho el amor desde que se conocían, pero era imposible. Tal vez pudiera hacer un cálculo de los días, pero muchos de ellos habían hecho el amor más de una vez, con frecuencia tres o más veces, como aquella noche.

Y, sin embargo, la repetición nunca había supuesto rutina. Hacer el amor siempre había sido intenso y maravilloso. Además, era siempre un gozo compartido; nunca había tenido la menor necesidad de fingir, como había leído que hacían algunas mujeres y algunas de sus amigas le habían confesado. Con Seton, la excitación siempre era real y maravillosa.

Su matrimonio era perfecto en todos los sentidos. Demasiado perfecto, quizás. Lucie sabía que Seton la había puesto en un pedestal, que su amor por ella estaba cerca de la adoración. Algunas veces le daba miedo la fuerza y profundidad de los sentimientos de Seton, pero era sólo cuando pensaba en ello; la mayor parte del tiempo ella, sencillamente, estaba llena de agradecimiento por haberlo conocido, porque se hubiera enamorado de ella.

A cambio, ella intentaba que su matrimonio y sus vidas fueran lo más felices posible. Había hecho cuanto Seton había querido, le había dedicado su vida; aunque él insistió en que ella debía terminar la universidad, y, cuando lo hizo, la animó a buscar trabajo como profesora a tiempo parcial. Lucie había abandonado ese empleo al nacer Sam, pero algún día esperaba poder volver a enseñar arte.

Su vida era perfecta, el pasado estaba profundamente enterrado, y sabía que haría cualquier cosa para mantenerlo así.

Se fueron de vacaciones a Noruega, las primeras que pasaban juntos en el extranjero. Y fueron maravillosas. Lucie volvió muy

morena y llena de esperanza, porque estaba embarazada de nuevo, lo que supuso una gran alegría para el matrimonio.

Durante un tiempo iba a ser su secreto, hasta que estuvieran absolutamente seguros, pero saberlo aumentaba la vivacidad de Lucie tanto como el moreno su belleza. A los veintisiete años estaba en la flor de su vida como mujer. Era rubia y esbelta y sus ojos eran brillantes, llenos de felicidad. No era extraño que Seton la mirara con el orgullo de la posesión y menos lo era que no pudiera dejar de acariciarla, que le hiciera el amor en cada oportunidad que tuvieran.

Poco tiempo después de volver, Lucie y media docena de su amigas, aquellas que como ella tenían hijos pequeños y que solían reunirse regularmente a tomar café, decidieron salir a pasar un día juntas. Un día sin maridos, sin niños, sin responsabilidades. Acudirían al Día de las Damas, en Ascot, harían una comida en el campo, con champán, y se vestirían a la última moda, poniéndose extraños sombreros.

—Estoy celoso —se quejó Seton, observándola probarse el vestido el día antes de la excursión—. Te lo vas a pasar muy bien mientras que yo tendré que pasarme el día en un juzgado oyendo mentir a un hombre que es claramente culpable —dijo, sentado en la cama, apoyando la espalda en el cabecero.

—Una pena —dijo Lucie—. Pero sólo hay un Día de las Damas, tú puedes ir cuando quieras.

—Pero me parece que tendría que ir para cuidarte. Estás tan encantadora que tendrás a tus admiradores revoloteando a tu alrededor como las abejas alrededor de la miel. Pero da la casualidad de que eres mi miel.

—Para tu consumo privado, ¿eh?

—Exactamente.

Lucie se puso la chaqueta de su traje color naranja tostado y una pamela, adornada con flores de seda naranjas y blancas.

—Quítatelo —gruñó Seton—. No pienso dejar que vayas. Estás demasiado guapa. Se te va a acercar algún millonario apestoso y te va a llevar a su yate o a su palacio.

Lucie sonrió, fingiendo que le gustaba la idea.

—Suena muy bien.

Seton gruñó.

—Si alguien te toca, lo mato.

—Pareces un hombre de las cavernas —dijo Lucie dándose la vuelta—. Bueno, ¿de verdad estoy guapa?

—¿Pero es que no te das cuenta tú misma? Vas a eclipsarlas a

todas.

—No es eso lo que pretendo, sólo vamos a pasarlo bien. Pero ojalá vinieras. Quiero compartirlo todo contigo —dijo Lucie.

Reconociendo una nota de inseguridad en su voz, Seton se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros, con ternura.

—Te lo vas a pasar muy bien con tus amigas —dijo con convicción—. Vas a apostar en todas las carreras y a ganar una fortuna. La comida será deliciosa, y además con champán. Y cuando vuelvas a casa, te esperaré aquí arriba, te desnudaré, te quitaré todo menos ese sombrero y te haré el amor justo aquí, en este sitio, delante del espejo.

Lucie se sonrojó. A Seton le encantaba hacer el amor delante del espejo. Se separó de él y se cambió de ropa.

—Tu madre ha estado lanzando indirectas sobre cuándo vamos a tener otro hijo, cuando se lo digamos se va a alegrar mucho.

—Claro, mis padres son otros desde que son abuelos.

—Puede que no tengan tantas ganas de tener más nietos después de que mañana pasen el día entero con Sam.

—El día y la noche —dijo Seton sonriendo.

Lucie lo miró con complicidad.

—¿Y eso desde cuándo?

—Todavía no he hablado con ellos, pero estoy decidido a ver qué pinta tienes sólo con ese sombrero.

—Eres incorregible.

—La culpa es tuya, mujer; no seas como eres.

El día siguiente fue cálido y soleado, pero sin brisa, el mejor tiempo para llevar pamela. Como Seton había predicho, Lucie se lo pasó muy bien. Alquilaron un coche de caballos para que las acercara al hipódromo y comieron en un prado, cerca de un aparcamiento lleno de Rolls Royces y Bentleys. Entre risas, todas se soltaron el pelo, después de abrir la segunda botella de champán. Lucie disfrutaba tanto como las demás hasta que un fotógrafo que le había pasado inadvertido se acercó y les hizo una fotografía.

—Ha sido buena —dijo el fotógrafo—. Puede que la publiquen en un periódico. Denme sus nombres para el pie de foto, señoras.

Lucie vaciló, pero decidió ser prudente.

—Yo no quiero aparecer en un periódico —le dijo a Anna—. Por favor, no le deis mi nombre —dijo, y se levantó y se marchó.

Cuando volvió, diez minutos después, el hombre se había ido.

—No le habéis dado mi nombre, ¿verdad? —dijo, quitándole importancia al asunto.

—No —dijo Anna—, pero Fiona habló con él y le dio el suyo.

Creo que está un poco achispada. Pero no te preocupes, ¿por qué nos iban a sacar a nosotras cuando tienen a tantas para elegir?

Era cierto. Dieron por finalizada la comida y se acercaron a la pista para ver las carreras. Lucie se olvidó del fotógrafo al comprobar, con excitación, que acertaba el ganador en dos carreras.

Y Seton cumplió su promesa, con creces, haciéndole el amor delante del espejo.

—No te quites el sombrero, cariño —dijo Seton—. Porque me vuelves loco.

Lucie se echó a reír, pero muy pronto estaba suspirando, con los ojos cerrados, llevada por la sensualidad, luego los abrió, para ver sus cuerpos en el espejo. Gimió, el erotismo de la situación era tanto que casi no lo soportaba. Gritó de éxtasis y luego Seton se separó de ella y la abrazó. Aquella noche estaban libres, y podían manifestar su entusiasmo sin necesidad de no hacer ruido. Podían exclamar el nombre del otro, dar rienda suelta a una pasión que crecía sin ser nunca saciada.

Lucie se despertó tarde a la mañana siguiente. Pudo dormir más tiempo, ya que Sam no estaba en casa y Seton no tenía que ir a trabajar. Se duchó y se vistió, tomándose su tiempo, sonriendo al ver la pamela deshilachada en el suelo. La recogió y la guardó en el armario, pensando que la guardaría para siempre y la sacaría cuando fueran viejos y con el pelo canoso y el pasado les hiciera sonreír.

Seton había hecho el desayuno y estaba sentado a la mesa de la cocina, leyendo el periódico. Al llegar a la última página, se removió sobre la silla.

—¡Lucie, hay una foto tuya en el periódico!

—¿Qué?

Lucie se acercó para verla. Era una buena fotografía, en color, de todas las amigas con sus ropas tan elegantes, riendo, felices, junto a las botellas de champán. Lucie era fácilmente reconocible, la más atractiva de todas, y su nombre estaba en el pie de foto, junto con el nombre del pueblo del que todas provenían.

—Qué gracia. No me habías dicho nada.

—Se me había olvidado. Había muchas mujeres y muchos fotógrafos. No creía que fueran a publicarla.

—Pues es una foto muy buena. Parecéis todas muy felices —dijo Seton sonriendo y rodeándole la cintura con un brazo—. Te dije que serías la más guapa de todas.

Lucie le dio un abrazo y se sentó frente a él, disponiéndose a tomar una taza de cereales y fijándose en la fotografía, mientras

Seton seguía leyendo el periódico.

Le palpitaba el corazón mientras se preguntaba si habría cambiado mucho en los últimos diez años. ¿La reconocería alguien de su pasado en la elegante y alegre joven de la fotografía? Después de pensarlo, concluyó que era muy difícil, y menos al ver su nombre, Lucie Wallace. Aquel pensamiento la hizo sentirse mucho mejor, lo bastante como para considerar que sus miedos eran absurdos.

Seton hizo un gesto de desdén al leer un artículo. Era algo que hacía a menudo, implicarse con las noticias, sobre todo las políticas y, con frecuencia, hacía comentarios mordaces, cuando no estaba de acuerdo con algo. A menudo, sin embargo, también se divertía con algunos artículos.

—Tienes que leer esto —dijo unos minutos después—. Es un reportaje de cómo las mujeres conductoras pueden protegerse si tienen un fallo mecánico yendo solas.

—Ya me has dado un teléfono móvil.

—Léelo, no te hará ningún daño.

Lucie sonrió, sabiendo que la mayor preocupación de Seton era su seguridad.

Seton volvió a gruñir.

—Tendrán que hacer algo con la masificación de las prisiones. Hablan de un hombre que ha matado a un policía y al que pusieron en libertad cuatro años antes de cumplir condena. Lo sentenciaron a quince años, pero sólo cumplió once.

La taza de zumo que Lucie sostenía se le escurrió de las manos y se le heló la sangre.

—¿De… de verdad? ¿Cómo… cómo se llama?

—¿Qué? —dijo Seton, y volvió a fijarse en el artículo.

Incluso antes de que hablara. Lucie supo qué iba a decir. La premonición era tan fuerte que no experimentó ninguna sorpresa cuando Seton dijo:

—Un nombre extranjero. Ah, sí, aquí está. Rick Ravena.

Dijo algo más, pero Lucie no le prestó atención, el tiempo parecía haberse detenido. Era el único nombre del mundo que esperaba no volver a oír, el nombre de la persona que había arruinado su vida, cuyos deseos de venganza la habían enviado a la cárcel por algo que no había hecho.

Capítulo 2

Lucie se sirvió más zumo, pero le temblaba la mano y derramó parte del líquido sobre la mesa. Se levantó rápidamente para buscar un trapo, dándole la espalda a Seton para que no pudiera ver la expresión de su rostro.

Seton consultó su reloj.

—Será mejor que nos movamos; recuerda, tenemos pista en el club antes de que vayamos a buscar a Sam a casa de mis padres —dijo Seton, se refería a un club de tenis.

Lucie tenía un desesperado deseo de estar sola para tratar de pensar en aquella noticia terrible. Pensó en decir que no se encontraba bien para jugar al tenis, pero sabía que Seton insistiría en quedarse con ella. Así que quizás lo mejor sería ir, al menos, así estarían rodeados de gente y Seton no estaría tan pendiente de ella. Estaban tan unidos que tenía miedo de que se diera cuenta de que estaba preocupada.

La mayoría de las mujeres con las que había ido a Ascot el día anterior estaban en el club, felicitándose por sus diez minutos de fama. Anna los vio llegar y se acercó al instante.

—¿Habéis visto el periódico? ¿No es fantástico? —dijo besando a Lucie en la mejilla y a Seton en la boca, sonriendo—. Voy a llamar al periódico y a pedirles que me den una copia de la foto para enmarcarla.

—Buena idea —dijo Seton—. ¿Puedes pedir una para nosotros?

—Por supuesto —dijo Anna colgándose del brazo de Seton y conduciéndolo a un tablero de anuncios—. Mira, nos han puesto juntos en el sorteo para el torneo mixto.

Seton miró la lista, pero pronto volvió con Lucie, que estaba muy seria.

—¿Ocurre algo, cariño?

Lucie se las arregló para esbozar una pequeña sonrisa.

—Anna —dijo— está flirteando contigo otra vez.

—Anna flirtea con todo el mundo —replicó Seton encogiéndose de hombros.

Pero Lucie negó con la cabeza.

—Le gustas.

—¡Cielo Santo! No estarás preocupada por eso, ¿verdad? —dijo Seton con perplejidad—. No significa nada para mí. Ninguna otra mujer en el mundo significa nada para mí.

Lo dijo sencillamente, declarando sus sentimientos con toda claridad. Lucie se sintió humilde, aunque maravillosamente segura

de su amor. Sin embargo, no estaba segura de ninguna otra cosa, su tranquilidad se había ensombrecido con la noticia de la libertad de Rick Ravena.

Jugaron el partido de tenis y perdieron. Lucie jugó muy mal, incapaz de concentrarse en el juego. Después, Seton la rodeó por los hombros, para tranquilizarla.

—Después de anoche —le susurró al oído—, no me extraña que te falte energía.

Por un instante, Lucie no comprendió, luego sonrió como pudo, pensando con amargura que las noticias sobre Rick la habían hecho olvidar la maravillosa noche anterior.

El club tenía un pequeño restaurante y, después de ducharse, se dirigieron a él. Anna, que estaba sentada con su marido, Martin, junto a un gran ventanal, les hizo señas de que se acercaran.

Anna y Martin eran sus mejores amigos en el pueblo. Vivían sólo a un kilómetro de ellos y su situación era similar, además, ellos también tenían un hijo varón de la misma edad de Sam. Las dos mujeres se hacían el favor de cuidar del hijo de la otra si necesitaban hacer algún recado. Eran muy amigas, aunque, algunas veces, Lucie tenía la sensación de que Anna estaba celosa de ella, de que su matrimonio con Seton fuera tan evidentemente feliz. En cierto modo, era una amistad descompensada, porque era Anna la que solía hacer todas las confidencias, quejándose a menudo de Martin, quien, a su juicio, no era demasiado viril. Lucie, por otro lado, nunca hablaba de su matrimonio, aunque no tenía nada de qué quejarse, en todo caso, de todo lo contrario.

Normalmente, charlaban juntos amigablemente, pero aquel día, aunque Lucie lo intentó todo, sus pensamientos siempre estaban en otra parte y callaba en seguida. Al terminar la comida, sin que hubiera tocado prácticamente su plato, Seton la miró frunciendo el ceño.

—Me temo que tenemos que ir a buscar a Sam.

—Oh, no me digas que tenéis que iros ya —dijo Anna, apoyando la mano en el brazo de Seton—. Podríamos jugar otro partido.

—Lucie está cansada.

Anna miró a Lucie intrigada.

—Sí, estás muy pálida. ¿Te encuentras bien?

—Muy bien —mintió Lucie—. Sólo estoy un poco cansada.

Fueron a buscar a Sam, pero la madre de Seton insistió en que se quedaran a tomar el té y, después de toda su amabilidad, negarse habría sido una ingratitud.

Llegaron a casa a primera hora de la tarde. Para entonces, Lucie

estaba tan tensa tratando de fingir que no pasaba nada que estaba a punto de estallar.

Viendo su expresión, Seton frunció el ceño.

—Tengo que ir a esa reunión esta noche —dijo—, pero tú no te encuentras bien, ¿quieres que la cancele?

Lucie casi suspiró de alivio.

—No, claro que no. Voy a darme un baño y me iré pronto a la cama. Estoy bien.

Sabía que la reunión de aquella noche era importante y no le costó convencerlo de que no se preocupara. Cuando se marchó, por primera vez en su vida de casada, se alegró de quedarse sola.

Después de cumplir con la familiar ceremonia de meter a Sam en la cama, de bañarlo, de hablar del día que había tenido y de leerle dos cuentos, Lucie fue libre por fin para buscar el consuelo de su propia cama y de la oscuridad.

Hacía mucho tiempo que no pensaba en el pasado. Desde su matrimonio lo había olvidado deliberadamente, pero aquella mañana, se volvió a presentar con toda su crudeza. Hacía mucho tiempo que había dejado de pensar en Rick Ravena, que incluso había dejado de comparar la infancia y adolescencia de Seton con la suya.

Seton era hijo único, y había tenido la suerte de tener unos padres que lo querían y lo cuidaban. Le habían dado un maravilloso hogar, una buena educación y se habían asegurado de que tuviera un completo conocimiento del mundo y de lo que ofrecía. Habían fomentado todas las habilidades que tenía, de modo que llegó a ser muy buen deportista, entre otras cosas. Pero no lo habían mimado y le habían dado un grado de independencia que lo había convertido en un hombre maduro y seguro de sí mismo.

Su infancia había sido todo lo contrario. Su madre los había abandonado a su padre y a ella cuando era muy pequeña. «Se ha largado con un maldito semental y me ha dejado a mí colgado con su niñata» fueron las palabras de su padre, si es que era su verdadero padre. Algunas veces, cuando había bebido mucho le decía: «Eres demasiado lista para ser mía demasiado lista, maldita sea». Y a menudo la acusaba de haber echado a su madre, que siempre se sentía molesta con ella. Le habían hecho sentirse culpable sin que ella supiera por qué.

Pero su padre la había cuidado a su modo, porque, al fin y al cabo, se había quedado con ella, incluso después de casarse de nuevo, aunque para divorciarse poco después. Luego, hubo más mujeres, que trataron a Lucie de muchas formas, desde el

resentimiento a la frialdad, hasta que su padre volvió a casarse por tercera vez con una mujer que ya tenía tres hijos.

Lucie fue muy brillante en el colegio, encontrando más tranquilidad e interés fuera que dentro de su casa. Y ella estudió mucho en el colegio, porque las únicas alabanzas que podía esperar eran las de sus profesores. Hablaron de mandarla a la universidad con una beca, pero su padre se opuso, declarando que tendría que trabajar en cuanto tuviera edad para ello. Sin embargo, su padre murió cuando ella tenía catorce años, al caerse de una escalera.

Ni siquiera en aquellos momentos, podía Lucie pensar en el infierno que supuso para ella el año siguiente a la muerte de su padre, cuando la obligaron a cuidar de sus hermanas y de su hermano, porque su madrastra salía todas las noches. Perdió entonces algunas clases y comenzó a tener malas notas. Le pegaban por lo más mínimo o por ninguna razón en absoluto, simplemente porque su madrastra estaba de mal humor. En cuanto cumplió los dieciséis años se marchó de casa, se dirigió a Londres y buscó trabajo.

Su gran ambición era acudir a la escuela nocturna, matricularse en algún curso para mejorar sus aptitudes y no volver a depender de nadie, pero no pudo hacerlo. Sólo llevaba un par de semanas en Londres cuando conoció a Rick. Se acercó a ella en un café e, inmediatamente, su vida se transformó en algo excitante. Tenía un coche deportivo, apartamento propio y siempre bastante dinero para llevarla a las discotecas y clubs. Ella olvidó sus ambiciones, porque se sentía bajo el dominio de su hechizo, y, pronto, habría hecho cualquier cosa por él.

Lo que Rick quería sobre todo, por supuesto, era acostarse con ella. Y ella, que siempre había estado tan ocupada y con una infancia tan difícil, nunca había tenido ningún novio. Creía que Rick estaba enamorado de ella, lo creía porque él se lo decía, de modo que no opuso mucha resistencia cuando una noche la invitó a beber y se llevó su virginidad.

Se convirtió en su esclava, tal como lo había sido de su madrastra. Pero seguía siendo muy inocente y no se daba cuenta de que los recados a los que la enviaba eran ilegales, ni de que las noches que pasaban sentados en su coche en tranquilas calles de barrios residenciales él observaba las casas con el fin de decidir en cuáles podía robar. A su manera, era amable con ella, pero se aseguraba de que no pudiera llegar a ser independiente, para que no lo abandonara.

Entonces llegó la terrible noche en que un vecino lo vio

entrando en una casa y avisó a la policía. Para entonces, Lucie llevaba viviendo con él casi tres meses y, en aquella noche en concreto, estaba con él, esperándolo en el coche. Le había dicho que tenía que ver a alguien para un asunto de negocios. Tal vez fuera verdad, pero Rick vio una ventana abierta de una casa sin luz y no pudo resistir la tentación.

Ella estaba medio dormida cuando vio a Rick acercarse corriendo, pero con un policía pisándole los talones. Lucie no sabía que Rick tenía una pistola. Disparó por dos veces al pobre policía, tiró la pistola y se alejó por un callejón, abandonando a Lucie a su destino. Quizás pensara que estaba tan loca por él que no le diría a la policía quién era él, y tal vez no lo hubiera hecho si no la hubieran llevado al hospital para ver al policía, cubierto de cables y junto a unos monitores, luchando por su vida.

Les contó todo, respondió a todas sus preguntas. Estaba destrozada. Se dio cuenta, por primera vez, de la vida que había llevado. Tenía que ir a juicio, pero la policía le aseguró que no tendría cargos importantes, ya que aquélla era la primera vez que se veía implicada en un delito y porque les había ayudado. Fueron muy amables, pero la tuvieron bajo custodia, y no volvió a ver a Rick hasta el juicio.

Sabía que no había esperanza para él después de su testimonio, pero nunca olvidaría el odio de su mirada cuando volvieron a verse. Ravena hizo todo lo posible por implicarla, diciendo que ella sabía de la existencia de la pistola, que lo había ayudado en muchos robos. Lucie declaró su inocencia, pero el jurado creyó a Rick, y tal vez el juez tuviera un mal día, porque la envió a prisión también a ella, por tres años. Rick se rió, y siguió riéndose cuando lo llevaban a las celdas.

Su abogado de oficio quería que recurriera la sentencia, pero ella estaba completamente intimidada por lo que le había ocurrido y no hizo nada. Se refugió todavía más en sí misma, viviendo en una especie de estupor, haciendo todo lo que le decían, comportándose como un zombie. Pero entonces apareció Kate Brownlow y, poco a poco, todo fue cambiando para mejor, hasta que conoció a Seton.

La tía Kate tenía razón, pensó Lucie; la mujer había tratado de convencerla por todos los medios para que le hablara a Seton de su pasado, pero ella había tenido tanto miedo de estropear las cosas que no la había escuchado. En vez de eso, le había rogado a Kate que le guardara el secreto, que le prometiera que nunca lo contaría.

¿Cuándo se lo confesaría todo a Seton?, se preguntaba. No

quería hacerlo. Seton siempre había creído que entre ellos existía una franqueza absoluta. ¿Qué pensaría al saber que ella le había estado ocultando su pasado? Pero él la quería y la entendería.

Se revolvió en la cama, inquieta. No sabía qué hacer, temerosa de perder la perfecta felicidad que habían compartido. En un instante decidía que se lo diría, luego pensaba que no podía. ¿Cómo se sentiría al saber que él, un abogado, estaba casado con una mujer que había estado en prisión? No importaba que ella fuera inocente, aquella mancha figuraba en su historial y siempre estaría allí.

Se daba cuenta de que había estado viviendo en un universo de fantasía… Aunque, en realidad, ¿qué había cambiado?, pensó con más esperanzas. Muy bien, Rick había salido de la cárcel, pero ¿qué importancia tenía para ella? ¿Por qué no podía seguir su vida como hasta entonces? En ese caso, se habría abierto a Seton sin ningún motivo.

Golpeó la almohada, no sabía qué hacer. Recordó las palabras de su tía, diciéndole que lo mejor era ser completamente sincera, y casi había decidido contárselo todo cuando lo oyó entrar en casa.

Ella seguía allí tendida, en la oscuridad, debatiéndose sobre si decírselo o no, preguntándose de dónde podría obtener la valentía para hacerlo.

—¿Estás dormida? —murmuró Seton.

Lucie no respondió, pero Seton sabía que estaba despierta. Se desnudó, se metió en la cama y la buscó.

Lucie abrió la boca para hablar, para decírselo todo, pero entonces se dio cuenta de que Seton estaba algo nervioso.

—¿Qué pasa?

—Mi reunión de esta noche, era el comité local del partido. El parlamentario actual quiere retirarse y tienen que elegir un candidato. Han decidido que quieren a alguien que viva aquí y me han preguntado si estaría interesado.

Lucie se sentó en la cama y encendió la luz.

—¿Y qué has dicho? —preguntó, comprobando la excitación de Seton.

—Que pensaré en ello, que lo hablaría contigo.

—Pero tú quieres —dijo Lucie, no era una pregunta.

—Sí —dijo Seton sin vacilación—. Podría ser un principio, Lucie. ¿Quién sabe adónde puede llevar? Piensa en el desafío, y en lo emocionante que puede ser esa vida.

—Puede que no te elijan —dijo Lucie, haciendo de abogada del diablo.

—Puede que ni siquiera llegue a ser candidato, pero me gustaría

intentarlo. Aunque depende de ti. Si no te gusta la idea, me olvidaré de ello. La mujer de un candidato cuenta casi tanto como el propio candidato.

—¿Y si estoy embarazada? ¿Y si quieres tener otro hijo?

Seton se echó a reír.

—Incluso los diputados pueden ser buenos padres… y engendrar hijos, si quieres una demostración… —dijo y se inclinó para besarla, pero, por primera vez en su vida matrimonial, ella lo rechazó.

—Lo estás deseando, ¿verdad?

—Sí, mucho. ¿Qué dices?

Lucie apagó la luz, no quería que Seton viera su gesto de preocupación.

—Lo pensaré.

Pero no fue en eso en lo que pensó cuando Seton se quedó dormido a su lado. Seton casi nunca le pedía nada; era él quien le daba todo lo que ella quería. Pero en aquellos momentos le pedía aquel gran compromiso.

La carrera política encajaba muy bien con la personalidad de Seton: mucho trabajo, dedicación, relaciones. Pero, ¿quién iba a votarle si se hacía público que ella había estado en la cárcel? Si se lo decía, sabía que él declinaría la candidatura y perdería una oportunidad única de alcanzar la ambición de su vida.

Lucie retrasó su decisión cuanto pudo. Seton era muy paciente, pero el partido no lo era tanto y le pidió una respuesta. Ella sólo podía dar una: tal vez hubiera esperado un milagro, que el partido o Seton hubieran cambiado de opinión, pero en la vida sucedían pocos milagros. De modo que tuvo que asentir, para que Seton pudiera luchar por sus ambiciones.

Poco tiempo después, cuando Seton fue elegido candidato, sonó el teléfono una tarde, mientras Lucie hacía algunas tareas.

—Dígame.

—¿La señora Lucie Wallace?

Era una voz de hombre, seca y formal.

—Sí, ¿quién es?

La voz cambió y se hizo sedosa, con acento londinense.

—Hola, Lucie, cariño, ¿no te acuerdas de mí?

Y supo que Rick Ravena la había encontrado.

Capítulo 3

Lucie se quedó helada, presa del estupor. Pero cuando Rick siguió hablando, colgó de un golpe. Parecía haber perdido toda la fuerza y salió de la cocina tambaleándose, sin saber dónde iba.

Llegó al recibidor y se apoyó en la pared, respirando con dificultad. Volvió a oír el teléfono en la lejanía y oyó que el timbre dejaba de sonar al ponerse en marcha el contestador automático. El pánico se apoderó de ella. No podía permitir que dejara en un mensaje, tenía que impedírselo.

Corrió hacia el estudio de Seton, se tiró de rodillas y desenchufó el contestador. Luego, sin dejar de temblar, abrió el contestador y sacó la cinta. Se dirigió a la cocina y buscó una sartén grande. Sacó la cinta magnética del cassette y la puso en la sartén, y, con la respiración agitada, buscó nerviosamente las cerillas y la quemó.

Echándose hacia atrás la vio arder, derramando lágrimas y sollozando. Se cubrió el rostro con las manos, sabiendo que su paz se había roto, que su felicidad había terminado.

Durante cerca de media hora permaneció allí sentada, acurrucada, pero al oír que el reloj del recibidor daba las cuatro recordó que Sam, que estaba en casa de Anna jugando con Adam, el hijo de aquélla, volvería pronto a casa.

No debía dejar que el niño la viera en aquel estado, ni que Anna sospechara que algo no andaba bien. Se levantó, puso la sartén en el lavaplatos y echó el resto de la cinta a la basura, escondiéndola en el fondo. Buscó otra cinta para el contestador automático y grabó un nuevo mensaje.

Llamó a la compañía de teléfonos y les dijo que quería cambiar su número de teléfono cuanto antes. Al principio, le pusieron objeciones, pero cuando amenazó con acudir a otra empresa, le dijeron que le cambiarían el número al día siguiente y no la pondrían en la guía telefónica. Colgó y fue a lavarse la cara.

Levantó la cabeza del lavabo y se miró en el espejo. Estaba pálida, parecía enferma o con resaca. «Oh, Dios», pensó, «¿por qué, por qué me has hecho esto?» ¿Es que no había sufrido ya bastante? ¿Por qué no podía vivir en paz? «Porque has mentido», la acusaba una voz interior, porque le has mentido a Seton.

Gimió y apartó aquella idea de su mente. Se puso algo de maquillaje, con las manos temblorosas, para ocultar su palidez. Afortunadamente, Seton estaba fuera y no volvería hasta el fin de semana. Se detuvo de pronto, horrorizada. Era la primera vez que se alegraba de que Seton no estuviera a su lado. No hacía ni una

hora que había llamado Rick Ravena y ya había cambiado su hábito de pensamiento, sus prioridades. ¿Pero qué otra cosa se podía esperar cuando el diablo se metía en la vida de uno?

Se sentó en el cuarto de estar, mirando por la ventana, para ver el coche que llevaría a Sam. Lo necesitaba desesperadamente, necesitaba sentir su pequeño cuerpo, estrecharlo entre sus brazos, oír su voz.

El camino, parcialmente oculto por dos hileras de árboles, hacía una curva al llegar a la puerta. Una figura, apenas entrevista, andaba por la carretera, mirando hacia la casa, luego se detuvo y abrió la puerta de la verja.

A Lucie se le pusieron los pelos de punta, al pensar que, si Rick tenía su número de teléfono, muy bien podía tener su dirección. La figura entró en el camino y empezó a caminar hacia la casa. Era un hombre, bastante alto, sus rasgos eran apenas visibles, pues llevaba levantado el cuello de la cazadora. Lucie se retiró de la ventana, con el corazón palpitante.

El hombre llegó a la puerta de la casa y llamó al timbre. Lucie, presa de un furor repentino, corrió hacia la puerta y la abrió de golpe. No era Rick. Era un hombre mucho mayor que él, con ropa limpia pero vieja.

—Perdone que la moleste, pero quería preguntarle si necesita que alguien le haga algún trabajo en el jardín o en la casa. Si quiere, puedo echarles una mano con lo que sea…

Lucie, que normalmente era muy comprensiva con los desamparados, pues ella misma había sido una de ellos, exclamó:

—¡No! Váyase, por favor —y cerró la puerta de golpe.

Echó el cerrojo y se apoyó en la puerta, temblando. Trató de respirar profundamente para tranquilizarse. Al cabo de unos segundos el timbre volvió a sonar, sobresaltándola.

—¡Váyase! —exclamó—. ¡Le he dicho que se vaya!

—¿Lucie? —era la voz de Anna—. Lucie, ¿estás bien?

Con un suspiro de alivio, Lucie quitó el cerrojo y la cadena y abrió la puerta. Se topó con la expresión preocupada de Anna.

—¿Qué pasa?

—Oh… nada.

—Quién lo diría. Pareces asustada.

—Mamá —dijo Sam, entrando y agarrándose a la mano de su madre. También él la miraba con preocupación.

Agachándose, Lucie lo levantó en brazos, algo que empezaba a costarle, pues el niño tenía ya cuatro años.

—No pasa nada —le dijo—. Sólo que me he puesto un poco

tonta, eso es todo.

Entraron. Lucie seguía llevando a Sam en los brazos, necesitaba sentirlo cerca, pero, al llegar a la cocina, se dijo que debía dejarlo en el suelo.

—Huele a quemado —dijo Anna.

—Sí, se me ha quemado una tostada —mintió Lucie con desesperación.

—¿Una tostada a estas horas?

—No había comido —dijo Lucie dándose la vuelta—. Ve a colgar tu abrigo en el armario, Sam, y luego ponte las zapatillas.

Sam salió de la cocina alegremente; era un niño muy bueno, siempre contento y obediente.

—Bueno, ¿a qué ha venido la escena de la puerta? —preguntó Anna en cuanto el niño se hubo marchado.

—Un hombre había entrado en el jardín y no me gustaba su aspecto.

—¿Has llamado a la policía?

—No, claro que no —dijo Lucie, tratando de reírse—. Estoy segura de que es inofensivo. Sólo me pilló por sorpresa. Creía que eras tú y… Como le he dicho a Sam, me he puesto un poco tonta.

—Aun así, si va a pasar por todas partes asustando a la gente…

—No se trataba de él, sino de mí —dijo Lucie, interrumpiendo a su amiga bruscamente. Luego se mordió los labios—. Lo siento, hoy estoy un poco nerviosa.

—Ah, yo sé cómo te sientes —dijo Anna con cariño—. Fíjate, no hace ni un mes que…

Anna relató una larga anécdota y Lucie esperó pacientemente a que concluyera, sin escucharla, deseando quedarse sola. Pero Anna estaba muy comunicativa y tardó una hora en marcharse.

Normalmente, cuando Seton no estaba, le agradaba la compañía de sus amigas, pero aquel día no hizo el mínimo esfuerzo porque Anna se quedara un poco más y cuando se fue sintió un gran alivio.

Pero actuar normalmente, como si nada hubiera ocurrido, la ayudaba. Ayudaba a que el pánico se redujera al mínimo. Le dio a Sam de cenar y luego le dejó ver uno de sus vídeos mientras ella volvía a la cocina a llamar a tía Kate.

—Tiene que haber visto mi foto en el periódico —dijo con desconsuelo, después de explicar lo ocurrido.

—Tienes que cambiar tu número enseguida —aconsejó Kate.

—Ya lo he hecho. Pero va a ser difícil ahora que han elegido a Seton como próximo candidato al parlamento; llama mucha gente, todo tipo de gente.

—Bueno, eso no se puede evitar. Tendrás que decirle a Seton que te han molestado con llamadas anónimas.

—¿Qué puedo hacer? ¿No podemos detenerlo?

—¿Te ha amenazado?

—No, le he colgado. Luego volvió a llamar y dejó un mensaje en el contestador, pero he destruido la cinta antes de oírla.

—Oh, querida, eso no ha sido buena idea. Si no llega a amenazarte, no podemos hacer mucho, excepto cambiar el número, y ya lo has hecho.

—Sí, pero…

—De momento sólo podemos enfrentarnos a esto a corto plazo —dijo Kate—. ¿Quieres que vaya y me quede contigo para que hablemos de lo que se puede hacer más adelante?

—Pero te vas de vacaciones dentro de dos días.

—Puedo esperar.

Lucie, sin embargo, sabía que se trataba de un viaje a Sudamérica y que su tía tenía muchas ganas de ir, además de haber estado ahorrando durante años.

—No, no puedo dejar que lo hagas. Pero me gustaría ir a tu casa y que pasemos mañana el día juntas, si te parece bien.

—Claro que sí. ¿Te traes a Sam o lo dejas con su abuela?

—No, lo llevo.

—Conduce con cuidado, y no te preocupes tanto por esa llamada, ya nos las apañaremos. Hasta mañana, a la hora de la comida.

Lucie colgó y volvió a descolgar, por miedo a que Rick volviera a llamar. Pero Seton también llamaría, más tarde, como hacía cada noche siempre que estaba fuera. Algunas veces, llamaba temprano, para poder hablar con Sam, pero más a menudo llamaba de noche, cuando sabía que ella estaría en la cama, para que su conversación fuera más íntima, más cariñosa. Afortunadamente, Lucie tenía un teléfono móvil que se llevaba siempre que salía de casa, de modo que lo buscó y lo conectó. Si Seton no podía comunicar con ella por la línea permanente, la llamaría al móvil.

Lo que hizo aquella noche, a las diez y media. Sólo que Lucie no estaba en la cama, sino en el salón, con las cortinas echadas y todas las puertas y ventanas cerradas con pestillo. La intrusión había acabado con su sensación de seguridad y odiaba estar sola.

—Hola, cariño —dijo Seton—. ¿Sabías que Sam ha estado jugando con el teléfono otra vez y lo ha dejado descolgado?

—Seton —dijo Lucie. Sintió una inmensa gratitud al oír la voz de su marido. Lo necesitaba. Necesitaba su fuerza y su tranquilidad.

Pero se mordió el labio, sabiendo que tenía que ocultar su deseo.

Sin embargo, su marido conocía todas las inflexiones de su voz e, inmediatamente, se dio cuenta de que algo sucedía.

—¿Qué ocurre?

—He dejado el teléfono descolgado a propósito. Alguien ha hecho alguna llamada un poco molesta.

—¿Te refieres a un maníaco?

—Sí —dijo Lucie, aprovechando la idea—. Por eso lo he dejado descolgado.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no me has llamado? Habría ido inmediatamente.

—Conducir tanta distancia y volver mañana, ¿sólo porque un estúpido pervertido…? Nada de eso. Estoy bien, de verdad —dijo Lucie tratando de parecer convincente para que Seton no se preocupara—. Pero he decidido que nos cambien el número. Lo harán mañana y les he pedido que no lo pongan en la guía. Lo siento, sé que es una molestia, pero…

—Has hecho bien. Te lo iba a decir yo —dijo Seton, y Lucie suspiró con alivio—. Ya se lo diré a mis amigos y a quien me parezca bien, pero decírselo a ellos es distinto a dejar que lo pueda saber cualquier loco con sólo leer la guía —dijo Seton, dejando traslucir su furia—. ¿Seguro que estás bien, cariño? ¿Quieres que llame a mis padres para que vayan a hacerte compañía?

—¿A estas horas? No, claro que no, estoy bien. Sólo ha sido un poco molesto, eso es todo. Pero he llamado a tía Kate y he quedado con ella mañana, quiero ayudarla a hacer el equipaje para sus vacaciones. Y cuando vuelva, ya tendremos el número nuevo y todo irá bien.

—Ojalá estuviera contigo —dijo Seton.

—Ojalá, pero por una razón mucho mejor que ésa —dijo Lucie con un tono de flirteo, para distraerlo.

Seton se rió.

—¿Estás en la cama?

—Sí —mintió Lucie.

—¿Qué llevas puesto?

—El camisón de color crema que me regalaste para mi cumpleaños. ¿Te acuerdas?

—Muy bien —dijo Seton, y suspiró—. Dios mío, Lucie, me muero de ganas de hacer el amor.

—Bien —dijo Lucie, con el mismo tono—. En ese caso, estarás deseando volver a casa.

Siguieron hablando durante diez minutos, en el mismo tono.

Lucie se sentía mucho mejor sólo con oír su voz. Subió al piso de arriba y fue a comprobar cómo estaba Sam, que, como siempre, había apartado la colcha con los pies. Volvió a taparlo, con cuidado de no despertarlo, aunque no pudo evitar acariciarle la mano.

Aun dormido, Sam le apretó un dedo con fuerza. Lucie sintió una oleada de amor maternal, un amor muy distinto del que sentía por Seton pero igual de intenso. Era un amor protector, porque sabía que sería capaz de hacer cualquier cosa para que Sam no sufriera ningún daño. Ni Seton, en realidad. Por eso no le había dicho nunca la verdad, y no debía decirle que había sido acusada de robo y que la habían metido en la cárcel.

Se quedó sentada junto a la cama de su hijo durante largo rato, sólo mirándolo, pero cuando, finalmente, se fue a la cama, estaba demasiado atormentada como para dormir. Ojalá no se hubiera publicado aquella foto en el periódico, o Fiona no hubiera dado sus nombres. Pero para sus amigas había sido un acto inofensivo y habían disfrutado de un breve momento de fama, porque no tenían nada que ocultar, ningún oscuro secreto de su pasado que pudiera salir a la luz y arruinar sus vidas.

Se sentó en la cama y encendió la luz, furiosa con el destino, que le había deparado un golpe semejante. Pero, ¿cómo iba a llamarla Rick otra vez cuando le cambiaran el teléfono? Quería ser optimista, pero estaba abrumada por lo que podía ocurrir. Rick sabía su nombre de casada y dónde vivía. Incluso si se trasladaban podría averiguar su paradero, porque si Seton era elegido parlamentario, se convertiría en una figura pública y sería fácil seguirle la pista.

Lucie estaba segura de que saldría elegido; tenía una fe y una confianza absoluta en su capacidad y estaba segura de que los electores sabrían descubrir en él esas mismas cualidades. Sería un parlamentario magnífico y nada podía dar al traste con su carrera, lo que significaba, que nadie debía saber su secreto.

Sintiéndose poco optimista, Lucie se durmió por fin, y, al día siguiente, condujo hasta la casa de Derbyshire donde se había retirado tía Kate. Era un largo viaje, pero el deportivo que Seton le había regalado devoraba los kilómetros. Cuando llegó se sintió mejor.

Cuando Sam se había dirigido a casa de unos vecinos para ver una cuadra de caballos, Lucie le confesó a tía Kate todos sus miedos.

—¿Sabes que es lo que yo creo que es lo mejor que puedes hacer? —le preguntó tía Kate.

—Sí —asintió Lucie—, pero, ¿cómo se lo tomarían ellos?

—¿Ellos?

—Seton y Sam.

—¿Sam? —dijo tía Kate, frunciendo el ceño—. ¡Pero si es sólo un niño! No hace falta que se lo digas.

—Si Seton sabe la verdad, pensará que su honor le exige abandonar la candidatura. Pero sus padres están tan orgullosos de que haya sido elegido candidato… Habría que decirles por qué se retira. Tratarían de comprender, pero me odiarían por ello, sé que me odiarían. Son tan ambiciosos con respecto a Seton. Y un día se lo dirían a Sam, porque él querrá saber por qué su padre había abandonado una prometedora carrera política antes de haberla comenzado.

—Pero seguramente… —dijo Kate, y se interrumpió—. Entiendo lo que dices. Si se lo dices a Seton, algún día tendrás que decírselo a Sam.

—Sí.

—Aun así, es mejor decírselo a Seton ahora y acabar con ello.

—¡No, nunca! —exclamó Lucie con determinación—. Y si se lo dices a mis espaldas, no volveré a dirigirte la palabra.

—Oh, Lucie.

—Lo siento, pero tienes que saber cómo me siento respecto a esto. En mi vida nada me ha importado más, y haré cualquier cosa para evitar que Seton sepa la verdad.

Cuando llegó a casa aquella noche, Lucie sintió un gran alivio al comprobar que le habían cambiado el número de teléfono. Inevitablemente, eso iba a causar algunos inconvenientes y recibirían algunas cartas airadas de gente que no podría comunicar con ellos por teléfono.

Cuando llegó a casa, sin embargo, Seton se alegró por ello, y seguía molesto por las supuestas llamadas del maníaco. Llegó con un enorme ramo de flores, que dejó en una mesa para abrazar a Lucie.

—¡Cariño! —dijo dejando las flores en una mesa y estrechándola entre sus brazos—. Pero si estás temblando…

—Me alegro mucho de que estés en casa. Mucho —dijo Lucie aferrándose a él, sintiéndose segura entre sus fuertes brazos.

Después de besarla, Seton la condujo al salón y la sentó a su lado en el sofá.

—¿Qué te dijo ese pervertido?

Lucie se echó el cabello hacia atrás con una mano.

—Pues… no me dijo nada. Colgué —dijo con una risa nerviosa

—. Lo siento; probablemente creas que he armado mucho jaleo por algo sin importancia.

—Claro que no —dijo Seton, pero al ver el rostro sombrío de Lucie añadió—: Aunque me parece extraño que te hayas puesto tan nerviosa.

Temerosa de que empezara a hacerle preguntas, Lucie respondió rápidamente.

—Debe de ser mi estado.

—¿Has ido al médico para confirmarlo?

—No. He ido a ver a tía Kate, ¿te acuerdas?

—Por supuesto. Pero, ¿no hay ninguna duda?

—No —dijo Lucie sonriendo, pero su semblante no expresaba la alegría que debía al dar una noticia como aquélla.

Seton frunció el ceño y la apretó por los hombros.

—Es comprensible que estés nerviosa aquí sola. Trataré de no viajar mucho en los próximos meses.

Lucie se irguió y trató de hablar con firmeza.

—No, no lo hagas. Creo que he reaccionado con cierta exageración, pero ahora que han cambiado el número, estaré mejor, de verdad. Y la semana que viene iré a ver al médico. Y cuando nos dé el resultado, se lo diremos a tus padres, ¿quieres?

Aquel pensamiento distrajo a Seton, como Lucie esperaba, y el fin de semana prosiguió con normalidad. Llevaron a Sam a un parque infantil al día siguiente y ellos se quedaron bebiendo café con otros padres mientras el niño se lo pasaba en grande. Por la tarde, Seton se fue a jugar al cricket mientras Lucie se llevaba a Sam a un cumpleaños, al que acudieron otros treinta niños, más o menos. Para mantenerse ocupada, Lucie ayudó a la madre del niño homenajeado.

Aquella tarde fueron a cenar a la casa de unos amigos, el domingo por la mañana trabajaron en el jardín y por la tarde llevó a Sam a la piscina municipal, que le encantaba. Sam ya sabía nadar y Seton le estaba enseñando el estilo espalda. De modo que hasta el domingo por la noche Lucie y Seton no volvieron a estar realmente solos.

Lucie trató con todas sus fuerzas de ser brillante y alegre, y lo consiguió.

—Ha sido un fin de semana muy ajetreado —dijo, cuando se metieron en la cama—. ¿Lo has hecho a propósito? ¿Para que no pensara en esa llamada?

Seton sonrió.

—¿Tan transparente soy? Pero ya no estás preocupada por eso,

¿verdad?

—No, claro que no —dijo Lucie, tratando de ser positiva.

—Estabas maravillosa con el traje de baño.

—Pronto empezaré a engordar.

Seton apoyó la mano sobre el vientre de Lucie.

—El niño tiene que crecer y tú vas a estar radiante, igual que con Sam —dijo acariciando a Lucie—. ¿Será niña?

—A veces se puede saber por la ecografía. ¿Vas a querer que me haga una?

—No, esperemos. Prefiero una sorpresa.

—Puede que no sea niña.

—Bueno, un niño también sería maravilloso… y puede que la próxima vez sea niña.

—¡La próxima vez! —exclamó Lucie, y le dio un codazo—. ¿Cuántas veces vamos a intentar tener una niña?

—Las que haga falta —dijo Seton con una sonrisa—. Y, de todas formas, me gustas embarazada: estás tan guapa y tan feliz, como si alguien hubiera puesto una luz dentro de ti.

Lucie se echó a reír.

—Bueno, supongo que has sido tú, ¿no?

Seton la acarició con ternura. Lucie inclinó la cabeza y lo besó en el cuello, hundiéndose en su aroma cálido y masculino, en la fuerza de sus brazos.

—Algunas veces —murmuró—, te echo mucho de menos.

Seton, con la mano, giró el rostro de Lucie y le acarició el pelo.

—Pero, cariño, si estás llorando.

—No, no. Es sólo que… te quiero, eso es todo.

—Mi dulce niña —dijo Seton con ternura.

Se pegó a ella y al cabo de unos minutos de permanecer inmóviles, pegados el uno al otro, iniciaron un plácido viaje en busca del placer, que culminó con un dorado éxtasis que dejó a Lucie exhausta. Luego, en los brazos de Seton, se quedó completamente dormida.

Cuando el lunes, Seton se marchó de nuevo, Lucie casi había recobrado la felicidad, y, resuelta a permanecer así, tomó la decisión de olvidar a Rick y volver a su vida normal. El incidente había terminado.

Su paz de espíritu duró tan sólo dos días. Al volver a casa después de llevar a Sam a la guardería, recogió el correo y encontró una carta dirigida a ella, con la dirección escrita a mano. Había otras cartas, de modo que se preparó un café y salió al jardín para leerlas todas, sentada al sol. La carta manuscrita era muy corta,

decía:

¿Por qué te molestas en cambiar tu número de teléfono, Lucie? Deberías saber que siempre te encontraré. ¿Recuerdas la última vez que nos vimos, en el juicio? Nunca lo olvidaré, y me aseguraré de que tú tampoco.

Debería haber sabido que encontraría su dirección. Con manos temblorosas, Lucie volvió a meter la carta en el sobre. La dirección estaba escrita con claridad, con el nombre de la calle y el número, y el matasellos era de hacía dos días.

Entró y puso la carta en la chimenea, para quemarla. ¿Qué podía hacer? Pero sólo había una cosa que podía hacer, y era ignorar la carta. Se dijo que si Rick no pretendía pegarla, o maltratarla de alguna manera, acabaría por marcharse y dejarla en paz. Trató de convencerse de lo que pensaba, pero a medida que pasaban los días tenía más pánico a la hora de recoger el correo o al oír el timbre de la puerta o del teléfono.

A los tres días, sin embargo, no había ocurrido nada anormal y ella empezó a sentirse más confiada, esperando, además, la llegada de Seton para el fin de semana. Daban una fiesta el sábado por la noche para algunos miembros del comité local de selección, una especie de agradecimiento por haber elegido a Seton, de modo que el viernes estuvo ocupada haciendo las compras y los preparativos.

El teléfono sonó un par de veces, luego dejó de sonar. Era la señal del fax. Terminó de hacer el pavo y la metió en el congelador, luego se lavó las manos y fue a ver el fax. Al leerlo casi se desmaya.

No creas que puedes escapar. Siempre te encontraré. A propósito, me gusta tu coche.

Cuando Seton volvió a casa a última hora de la tarde, trató de fingir que no ocurría nada, pero fue incapaz de controlar sus nervios por completo y, después de besarla, Seton la miró con preocupación.

—¡Vaya un beso! ¿Qué ocurre?

—He tenido un día muy ajetreado, eso es todo, y me duele la cabeza. ¿Puedes bañar a Sam mientras hago la cena?

—¿Bañar a este mocosillo? —dijo Seton, balanceando a su hijo, al que tenía en brazos. El niño dio un grito de entusiasmo—. Supongo que tendré que hacerlo.

Llevó al niño al cuarto de baño del piso de arriba y bajó una hora después, después de haber acostado a Sam. Lucie tenía lista la cena. Normalmente, aquél era un tiempo muy valioso, en el que se ponían al día de todo lo sucedido durante la semana, sin dejar de reír, alegres por estar juntos. Aquella noche, sin embargo, Lucie se

sentía como una extraña. El terrible secreto que ocultaba la había convertido en una persona distinta y le resultaba difícil incluso hablar con naturalidad.

Le preguntó a Seton qué tal había sido la semana y Seton le habló del hotel en el que se había alojado junto con otros dos abogados, a quienes Lucie conocía.

—Peter Brent nos ha invitado a pasar en su casa un fin de semana en Gales —dijo—. Está junto a un lago al que salen a navegar. Puede ser divertido, ¿qué te parece?

Pero Lucie tenía la mirada fija en su plato y sus pensamientos allí mismo y no en Gales.

—¿Lucie? —preguntó Seton, y tocó su mano—. Eh, estoy aquí.

—¿Qué? Perdona. Estaba distraída—dijo forzando una sonrisa.

—Ya me he dado cuenta. ¿Qué estabas pensando?

Lucie inventó una excusa.

—Pues… en la fiesta de mañana. Nunca había cocinado para tanta gente.

—No estás nerviosa, ¿verdad?

—Un poco sí.

—Cariño, no tienes por qué. Eres una gran cocinera.

—Gracias, pero no conozco mucho a esa gente, y como son tan importantes…

—Tonterías. No se comen a nadie. Tú espera a que me elijan e invite a cenar al primer ministro —bromeó Seton—. Entonces podrás ponerte un poco nerviosa.

Lucie le concedió la sonrisa que él quería.

—¿Hay gente que invita a cenar al primer ministro?

—Supongo, pero no pienses mucho en ello, el momento tardará en llegar, si es que llega alguna vez.

—Serás ministro en poco tiempo —dijo Lucie con lealtad.

Seton sonrió y la besó en la mano.

—Qué optimista, y ni siquiera me han elegido todavía.

—Lo harán.

Lucie trató de estar alegre y atenta el resto de la cena, pero volvió a distraerse un par de veces. Se sintió culpable por ello y miró a Seton. Él lo notó, por supuesto, pero no dijo nada hasta que no terminaron de cenar.

—Ve al salón y descansa —dijo—. Yo recojo la mesa y hago el café.

—Pero llevas todo el día trabajando…

—Y tú. Cuidar de Sam es trabajo y medio, haz lo que te digo o te doy unos azotes.

Lucie se echó a reír.

—Hum, me encanta cuando te pones en plan macho —dijo—. ¿Te importa que no tome café? Prefiero darme un baño y relajarme.

—Claro que no. ¿Te duele mucho la cabeza?

—Se me pasará.

—Eso espero —dijo Seton, rodeándola por la cintura—, porque he estado fuera una semana entera…

—Echas de menos tu comidita, ¿eh?

—Sí —dijo Seton y la apretó contra sí. Lucie se dio cuenta de su excitación—. Eres la mujer más sexy que he conocido.

—Bien —dijo Lucie, pero en lugar de besar a su marido, apoyó la cabeza en su hombro, mirando al suelo.

Seton la soltó.

—Ve a bañarte. Me tomaré un café y subiré.

No supo cuánto tiempo pasó en el baño, pero seguía allí después de que Seton subiera y se duchara. Seton se puso un albornoz y se acercó a la bañera, arrodillándose junto a ella. Lucie miraba al techo.

—Cariño, el agua está casi fría.

—¿Sí? Sí, será mejor que salga.

Intentó levantarse, pero Seton se lo impidió.

—No, espera aquí.

Abrió el grifo del agua caliente y empezó a enjabonarla. Era algo que había hecho muchas veces y que les gustaba mucho a los dos, sobre todo porque sabían que siempre terminaban haciendo el amor. Aquella noche, Lucie se limitó a seguir mirando al techo y a dejarle hacer, tratando de combatir la tristeza que la dominaba.

Seton la miraba de vez en cuando y ella le sonreía. Las burbujas fueron desapareciendo y él pudo ver con claridad su cuerpo. Enjabonó y acarició sus pechos, su estómago y su vientre, deleitándose en la belleza de su esbelta figura, en cada curva de su cuerpo, disfrutando de aquel placer exquisito.

Finalmente, la ayudó a levantarse y la secó. Tenía algunas burbujas en la cara, donde la había besado, incapaz de contenerse.

—Te quiero, te quiero mucho —dijo Lucie con emoción, limpiándose las burbujas con la mano.

—¡Cariño! —dijo Seton, envolviéndola con una enorme toalla de baño y levantándola en brazos para llevarla a la habitación, donde la tendió sobre la cama.

Abrió la toalla y comenzó a secarla, pero Lucie le puso las manos en los hombros y le habló con voz grave, dominada por la urgencia.

—No, quiero que me hagas el amor —dijo, desanudando el

cinturón de su albornoz y tirando de él para que se pusiera encima de ella.

Seton dio un respingo de sorpresa, y ésta aumentó cuando vio que Lucie casi lo forzó para que la penetrara, sirviéndose de su amor con un deseo feroz, con un abandono salvaje que Lucie no había mostrado nunca y que era completamente egoísta. Esto excitó a Seton más allá de toda posibilidad de control. Y Lucie lo necesitaba más que nunca, necesitaba formar parte de él, porque sólo de ese modo podía olvidar los miedos que la amenazaban y borrar las terribles escenas que se presentaban a su imaginación.

Más tarde, cuando el corazón agitado de Seton le permitió hablar, la estrechó entre sus brazos y dijo.

—No esperaba algo así esta noche. Si te pones así cuando te duele la cabeza… ¡Dios! —dijo. Lucie sonrió, pero no dijo nada—. ¿Ha sido por algo? —preguntó Seton acariciándole la cara.

Lucie se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo, y giró la cabeza para mirarlo a los ojos, con una mirada suave y vulnerable—. Si algún día te perdiera, no podría soportarlo. Me moriría.

Seton frunció el ceño y, como estaba completamente seguro del amor que sentían el uno por el otro, malinterpretó el significado de aquella frase.

—Eh, ¿qué ocurre? No me va a pasar nada, ni a ti tampoco. Vamos a hacernos viejos y decrépitos juntos. Es eso quedamos, ¿no?, ¿qué es lo que temes?

Lucie tenía que darle una excusa, de modo que dijo:

—En la televisión… —no tenía por qué proseguir; en la televisión siempre había algún asunto hablando de gente que moría o era asesinada.

Seton la apretó con fuerza.

—Tienes que estar muy cansada para que te haya afectado tanto. Ven, deja que termine de secarte.

Pero Lucie ya estaba seca, de modo que Seton la ayudó a ponerse el camisón y la tapó.

—¿Quieres que te traiga algo caliente?

—No, gracias —dijo Lucie, negando con la cabeza y cerrando los ojos.

Seton pronto se unió a ella y apagó la luz, abrazándose a ella, adoptando la posición en la que siempre dormían. Al cabo de unos segundos, Lucie notó que se relajaba por completo y se quedaba dormido. Pero ella no podía dormir. Con una punzada en el corazón, empezó a pensar en lo egoísta que estaba siendo al querer

otro hijo mientras sufría todas aquellas amenazas. No era justo ni apropiado. El niño sería otra víctima de su pasado. La hija que Seton tanto deseaba vería su vida teñida por el escándalo. Por un momento, Lucie llegó a desear no estar embarazada. Luego, devastada por aquel pensamiento terrible, derramó unas lágrimas silenciosas.

La fiesta del sábado no fue un fracaso, pero tampoco fue tan perfecta como Lucie habría deseado. Estaba muy cansada, porque la noche anterior apenas había dormido y estuvo en ascuas todo el día, temiendo que llegara otro fax. Cuando sonaba el teléfono, corría al estudio de Seton, pero en todas las ocasiones se trataba del teléfono, no del fax. Por la tarde tuvo un ataque de nervios, y las pagó con Sam cuando lo acostó. Por primera vez en su vida, le gritó porque tardaba en meterse en la cama.

Seton, al oír los gritos de su mujer, se acercó corriendo al cuarto de Sam.

—¿Qué ocurre?

Al instante se dio cuenta de la situación, metió a un lloroso Sam en la cama y se dirigió a su esposa.

—Cálmate. No va a venir mucha gente. Mira, yo acuesto a Sam mientras tú bajas y terminas de prepararlo todo. ¿Queda algo por hacer?

Lucie negó con la cabeza, odiándose por su comportamiento.

—Perdona, Sam —dijo, besando a su hijo, y salió corriendo de la habitación.

Cuando Seton se unió a ella diez minutos después, estaba casi lista. Se puso un vestido negro muy sencillo, con el collar de perlas que Seton le había regalado cuando nació Sam, y se recogió el pelo. Tenía un aspecto juvenil, elegante y encantador, el de la mujer perfecta para un parlamentario.

—Estás fantástica —dijo Seton—. Sólo tienes que tranquilizarte. Son gente normal y corriente. Si te sientes intimidada por ellos, imagínatelos desnudos; es lo que me dijo mi madre que hizo cuando se casó y tuvo que conocer a los jefes de papá.

Lucie, sin esperarlo, se rió.

—¡No me digas! Nunca me ha dicho nada.

—Es un poco raro, pero me aseguró que funciona.

Aquella extraña idea ayudó mucho a Lucie, sobre todo durante la cena, con todos sentados a la mesa. Luego, sin embargo, cuando las mujeres se retiraron a un rincón del salón y los hombres al opuesto, sus invitadas, todas bastante mayores que ella, le hicieron preguntas que ella no se habría atrevido a hacerle a nadie, y menos

a alguien que acababa de conocer.

—¿Y vas a tener más hijos, Lucie, querida? —dijo una mujer observando la fotografía de Sam—. Un hijo único se vuelve muy solitario, es lo que siempre he dicho.

—Seton y yo somos hijos únicos —señaló Lucie.

—¿Sí? Normalmente, la gente que no tiene hermanos tiende a hacer lo contrario y a tener familias enormes. ¿Cuántos hijos queréis tener?

—Todavía no hemos hablado de ello —respondió Lucie con frialdad.

Pero la mujer no estaba dispuesta a darse por vencida tan fácilmente.

—¿No? Siempre les he dicho a mis hijos que tienen que decidir qué tipo de familia quieren tener, desde el principio. Hoy en día es mucho más fácil y más conveniente planear estas cosas. Te aconsejo que hagas lo mismo. Siempre es mejor, ¿sabes?

—¿En serio?

Lucie empezaba a cansarse de aquella mujer entrometida.

—Perdona, voy a hacer más café.

En la cocina, se puso a hacer café, con tanta rabia que se echó agua encima.

—¡Maldita sea! —dijo, y se apretó las manos, tratando de calmarse, de controlarse, de ser racional. Muy bien, aquella mujer era insoportable, pero no era culpa suya que Lucie quisiera gritar en contra de su destino. Hizo el café y trató de adoptar una actitud amable y encantadora, diciéndose que la fiesta terminaría pronto.

Sus invitados debieron pasarlo bien, porque no se fueron hasta después de la una, y a esa hora, Lucie pudo relajar los músculos de su rostro, cansados de tanto forzar la sonrisa. Corrió al piso de arriba y se encerró en el baño, donde se dejó caer al suelo y empezó a llorar en silencio.

—¿Lucie?

No sabía cuánto tiempo llevaba llorando cuando Seton llamó a la puerta.

—Ahora salgo —dijo, tratando de que en su voz no se vislumbrara su estado. Se lavó la cara y procuró que no se vieran las huellas de que había estado llorando. Luego se cepilló el pelo y se quitó el vestido arrugado antes de volver a la habitación.

Seton había encendido las lámparas de las mesillas y se estaba desnudando. Lucie se detuvo en la puerta un instante. La luz del pasillo enmarcaba su silueta. Seton la miró y se quedó con la vista fija en ella, cautivado, como siempre, por su belleza. Pero entonces

Lucie apagó la luz del baño, dejó el vestido en una silla y abrió un cajón para sacar unos vaqueros y un suéter.

—¿Para qué sacas eso?

—Voy a fregar los platos.

Seton se acercó a ella y le quitó la ropa de las manos.

—Ya está hecho.

Lucie lo miró, desconcertada.

—¿Has fregado los platos? Oh, Seton, no tenías por qué hacerlo.

—Tonterías. No me ha llevado mucho tiempo. Métete en la cama, cariño.

Cuando estaban acostados, Seton la estrechó entre sus brazos y empezó a besarla. Al principio, Lucie respondió, pero cuando Seton quiso quitarle el camisón, se apartó.

—No, no tengo ganas.

—Lucie…

Era la primera vez que lo rechazaba.

Lucie, de repente, estaba muy enfadada con él, aunque de una manera completamente irracional. ¿Por qué no se daba cuenta del infierno que estaba pasando? ¿Por qué quería meterse en política, para que ella no pudiera decirle la verdad? Y por qué tenía que ponerla en un estúpido pedestal. Ella estaba muerta de miedo al pensar qué ocurriría cuando ese pedestal se viniera abajo.

—¿Qué ocurre, cariño? —le preguntó, poniéndole una mano en el pecho.

Todavía consumida por la ira, Lucie le apartó la mano.

—¡No me toques! Déjame en paz. Te he dicho que no tengo ganas —dijo, y se alejó de él cuanto pudo.

El silencio que siguió era desconsolador y terrible. Su ira se fue con tanta rapidez como había aparecido y se daba cuenta, con desolación, de lo que había hecho. Buscó a tientas en la oscuridad y encontró la mano de Seton.

—Lo siento. Oh, Dios, lo siento —dijo, y empezó a llorar.

Inmediatamente, Seton la estrechó entre sus brazos.

—¿Qué es lo que ocurre, cariño?

—No…

Estuvo a punto de decírselo todo, pero no pudo.

—Es sólo que estoy muy cansada —dijo.

—Mi pobre niña. Nunca habría organizado la fiesta si hubiera sabido cómo iba a afectarte. Lo siento.

—No es eso. No es culpa tuya —dijo Lucie entre sollozos, mientras Seton la estrechaba entre sus brazos. Pero Lucie sabía, con desesperación, que Rick Ravena había sembrado la primera semilla


de discordia en lo más precioso que tenía en la vida.

Capítulo 4

El lunes por la mañana, Anna volvió a la casa para tomar un café, después de dejar a los niños en el colegio.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Tienes un aspecto horrible.

—¡Vaya! ¡Muchas gracias! —repuso Lucie secamente.

Pero Anna no se desanimó.

—Oye, ya sabes que estoy en el comité del Club de Tenis. Bueno, pues se ha ido uno de los miembros y necesitamos a alguien que lo reemplace. Les he dicho que podías ser tú.

—No, gracias.

—Pero, ¿por qué no? Lo harías estupendamente. Eres muy competente y organizada —insistió su amiga.

—Lo siento, Anna, pero no quiero hacerlo.

Anna arqueó las cejas, sorprendida por su actitud.

—¿Qué tal la fiesta? —dijo, cambiando de conversación—. Seguro que fue terriblemente excitante.

—¿Estás de broma? Fue horrible. Lo único de lo que querían hablar todos los hombres era de política.

—No puedo creer que Seton lo consintiera.

—Intentó evitarlo, y yo procuré que las mujeres se unieran a la conversación, pero parecían estar muy acostumbradas a que sus maridos las dejaran de lado, así que se limitaron a hablar entre ellas.

Anna arrugó la nariz.

—La verdad es que debió de ser aburrida. ¿Tienes que ir a muchas fiestas como ésa?

—¡Dios mío, espero que no! —exclamó Lucie descorazonada.

—Pero si Seton resulta elegido, no te quedará más remedio que hacerlo.

Pero esa posibilidad se le antojaba tan remota, tan lejana a sus problemas reales, que ni siquiera era capaz de imaginársela.

—Bueno, ya pensaré en lo que hago cuando llegue el momento… si es que llega, claro.

—¡Lucie! ¿Cómo es que estás tan pesimista? No te pega nada. ¿Es que ya no quieres que Seton sea miembro del Parlamento?

—No es eso —se defendió Lucie con una sonrisa desmayada—. Sólo que la velada fue un poco desastrosa, eso es todo —de repente, se sintió un poco culpable—. Oye, ni se te ocurra decírselo a nadie, ¿eh? Si alguien del comité se enterara…

—No te preocupes —le aseguró Anna con una sonrisa—. Ya sabes que puedes confiar en mí —le dirigió una mirada cargada de

intención—. Yo creo que a Seton le ayudaría que formaras parte del comité del Club de Tenis.

—Así que haciéndome chantaje moral, ¿eh? —dijo Lucie divertida.

Se dirigió a la cocina a preparar más café. Cuando lo estaba sirviendo, sonó el timbre de la puerta. De inmediato, Lucie se puso tensa, el miedo invadió su corazón. Oyó a Anna ir hacia la puerta principal.

—¡Ya voy yo!

Lucie intentó detenerla, pero fue demasiado tarde. Suspiró aliviada al ver que el que llamaba era el empleado de la floristería, con un delicado ramo para ella. Atravesó el pasillo para tomar las rosas rojas.

—Hay once —le informó el hombre—, pero no porque nos faltara una para la docena, sino porque el señor que nos las encargó nos dijo expresamente que tenía que ser así. ¿Es que es su número de la suerte o algo por el estilo? —preguntó, curioso.

—Pu… pues no —articuló al fin Lucie, paralizada por el asombro. Cerró la puerta y llevó las flores a la cocina, con Anna siguiéndola.

—¿Esperabas que te las mandaran? —preguntó— ¡Qué extraño que sólo te manden once! —comentó cuando Lucie negó con un gesto—. ¿De quién serán?

Lucie abrió el sobre y leyó la tarjeta:

Las rosas son rojas,
las violeras son azules.
Adivina ahora lo que voy a hacer contigo.

No había ninguna firma, ni siquiera una inicial, pero no era necesario. Lucie sintió como si se quedara sin sangre en las venas.

Leyendo por encima de su hombro, Anna rió sorprendida.

—¡Vaya! ¡Qué ingenioso es tu marido! ¿Qué crees que es lo que piensa…? —se interrumpió al ver la expresión de Lucie—. Las manda Seton, ¿verdad? —puntualizó, preocupada.

—¿Qué? —Lucie intentó concentrarse en lo que le decía su amiga—. Sí, sí, claro —rió de una forma que le sonó falsa hasta a ella—. Cómo tú dices, es muy chistoso.

Anna tomó la tarjeta.

—¿Estás segura? ¿Está firmada?

Pero Lucie le quitó la tarjeta de las manos y se la guardó en el bolsillo de los vaqueros.

—No hace falta que la firme. Él… —desesperada, intentó inventarse algo que justificara el envío de las flores, pero sólo se le

ocurría una. Sin poderlo evitar, le invadió un rubor que contrastaba de forma llamativa con la palidez de sus mejillas—. Bueno…, ya sabes, éste es un momento muy especial para nosotros. Vo… voy a tener otro niño.

—¡Lucie! ¡Esa es una noticia estupenda! —exclamó Anna, besándola cariñosamente en la mejilla—. No me extraña que estés tan pálida. Yo me sentí completamente agotada durante todo el embarazo de Adam. Tenías que habérmelo dicho, no habría insistido tanto con lo del club de tenis. ¿Para cuándo lo esperas?

—Para principios del año que viene, supongo. Pero todavía no estoy segura del todo, así que aún no se lo hemos dicho a los padres de Seton. Prométeme que guardarás el secreto.

—Por supuesto. Mil enhorabuenas. Pero, ¿por qué te manda once rosas? —insistió intrigada.

—Bueno —Lucie enrojeció de nuevo—. Se trata de algo muy privado…

Anna rió complacida.

—Me lo puedo imaginar. Mira, yo acabaré de servir el café mientras tú pones esas maravillosas rosas en agua.

A Lucie no le quedó más remedio que hacerlo así, pero en cuanto su amiga se fue, las sacó del vaso y las deshizo una por una, tirándolas a la basura. Sabía perfectamente por qué le habían mandado once: esos eran los años que habían pasado desde que mandaron a Rick a la cárcel.

Rápidamente, buscó el número de la floristería en la guía.

—¿Oiga? Soy la señora Wallace. Ustedes acaban de mandarme unas flores a casa… Sí, ya sé que sólo encargaron once, me lo dijo el mensajero. Pero no hay ningún nombre en la tarjeta. ¿Puede decirme si las encargaron por teléfono?

—¡Oh, no señora! —respondió la dependienta—. Yo misma recibí el encargo. Un caballero las encargó personalmente. Lo hizo el sábado por la mañana.

—¿Dijo su nombre?

—Pues… sí, pero se supone que no puedo decírselo.

—Por favor, es muy importante para mí saberlo —insistió Lucie.

—Bueno, supongo que no hay ningún problema. Fue el señor Wallace: dijo que eran para su esposa. Debió suponer que usted lo adivinaría.

—Sí, ya entiendo. Lo había imaginado. Gra… gracias —con amargura, Lucie colgó el teléfono, dándose cuenta de que era víctima del tipo de broma pesada que le gustaba a Rick. Pero lo peor de todo era saber que había estado tan cerca de su casa para

encargar las flores.

Lucie fue a buscar a Sam al colegio. Deseaba no haberse visto obligada a decirle a Anna que estaba embarazada, ya que su amiga era muy chismosa, pero no había podido encontrar otra salida. Acto seguido, se reprochó a sí misma mostrarse tan paranoica; aunque tenía que enfrentarse a un grave problema, eso no significaba que toda su vida tuviera que transformarse.

Empezó a preparar la cena, ya que Seton estaba en Londres e iría a pasar la noche a casa. No habían hecho el amor el día anterior, aunque acostumbraban hacerlo los domingos por las mañanas… a no ser que Sam se despertara y se metiera en su cama, cosa que a los tres les encantaba. Seton se había mostrado muy cariñoso con ella, insistiendo para que salieran a comer fuera y ella no tuviera que cocinar. Por la noche, se limitó a darle un beso y desearle que durmiera bien, cosa que ella no consiguió.

Estaba empezando a creer que no volvería a dormir en paz nunca más. Por su mente cruzó la posibilidad de acudir a la policía para que la protegieran del acoso de Rick. Y podría haberlo hecho si en realidad fuera lo que aparentaba ser: una esposa respetable. Pero era una ex convicta intentando por todos los medios ocultar su pasado, y por esa razón estaba segura de que la policía no haría nada por ayudarla, dejándola a su suerte.

Después de meter la cena en el horno, cuando subió a su cuarto para cambiarse, encontró en el bolsillo la tarjeta de las flores. Estaba tan agitada que apenas consiguió aplicarse un poco de maquillaje para mejorar su aspecto, como siempre hacía cuando Seton regresaba. Se miró al espejo, y se dijo que ni el mejor maquillaje del mundo sería capaz de disimular su preocupación: parecía tensa, demacrada, con profundas ojeras.

Mirando su propio reflejo intensamente, intentó pensar qué era lo que iba a hacer, si tenía o no alguna posibilidad de enfrentarse a lo que le estaba ocurriendo, o si se limitaría a esperar el siguiente movimiento de Rick. Se puso las manos en las sienes, intentando aplacar el terrible dolor de cabeza que la dominaba, sin dejar de atormentarse. ¿Cuánto tiempo más sería capaz de mantener esa farsa, de vivir semejante tormento?

Al fin bajó de nuevo a la cocina, e inmediatamente la asaltó un olor a quemado. El asado se había echado a perder por completo; no le quedó más remedio que tirarlo a la basura y preparar algo que estuviera congelado. Cuando Seton llegó, todavía estaba preparándolo.

—Hola, cariño —la saludó su marido, entrando en la cocina—.

¿Qué es ese olor?

Se acercó a darle un beso, pero ella lo evitó.

—Se me ha quemado la cena. Estoy preparando otra cosa, pero todavía no he terminado, así que tendrás que esperar.

Él arqueó las cejas, sorprendido por su tono.

—Bien —dijo apaciguador—. No hay problema. ¿Quieres una copa?

—No, gracias —repuso secamente.

—Muy bien. Voy a ver a Sam.

—No le despiertes si está ya dormido —le advirtió.

Seton se detuvo ante la puerta.

—Nunca lo he hecho —dijo.

Ella no replicó. Estaba cortando trozos de melón, y se quedó en suspenso, con el cuchillo en el aire y la mirada perdida, sintiéndose muy culpable. ¿Por qué diantres le había hablado a Seton en ese tono? Tenía que evitar que la situación la afectara de ese modo. Si no tenía cuidado, iba a poner en peligro su matrimonio, justo lo que quería defender más que nada en el mundo.

Así, decidió esforzarse para mostrarse animada durante la cena, y lo consiguió, ya que Seton, que no le quitaba la vista de encima, empezó a relajarse poco a poco. Aquella noche hicieron el amor, pero de algún modo, ni siquiera eso era lo mismo; Lucie había perdido la confianza en sí misma, y con ella su espontaneidad; por primera vez, no alcanzó el orgasmo, y casi se alegró cuando terminaron. Creyó que Seton no se había percatado de su apatía, sumido en su propio placer, pero, por supuesto, se equivocaba.

Tras separarse de ella, su marido se la quedó mirando, abrazándola con ternura.

—¿Qué te pasa, Lucie? ¿Qué ocurre?

—¿Ocurrir? —intentó hacerse la desentendida—. Nada, ¿qué va a pasar? —bostezó aparatosamente—. Sólo que estoy muerta de sueño. Buenas noches, cariño.

—Pero no has tenido un orgasmo —insistió Seton.

Lucie quiso disimular, pero fue incapaz.

—Lo siento.

—Lucie, cariño, no quiero que te disculpes. Puede que sea porque estás embarazada. ¿Cuándo vas a ir al médico?

—Mañana por la mañana.

—Entonces prométeme que le preguntarás qué te pasa.

—¡Pero si no estoy enferma! —protestó.

—Prométemelo —dijo Seton inflexible.

—De acuerdo, de acuerdo.

Pero cuando Lucie fue a la consulta, no dijo nada acerca de su supuesto cansancio. No tenía sentido. El médico no podía hacer nada para liberarla de su terrible secreto y las desastrosas consecuencias que estaba acarreándole.

Durante aquella semana, recibió otros dos faxes de Rick, y también una carta que le entregaron en mano un día que fue a buscar a Sam a la guardería a la hora de comer. Estaban jugando al gato y al ratón, se dijo angustiada. Por sus mensajes, estaba claro que Rick la vigilaba; sabía cuál era su coche, le decía que le gustaba su corte de pelo, e incluso en una carta se refería a Sam: «Tienes un chaval muy majo. Es una pena que su vida vaya a estropearse».

Cuando Lucie leyó esta frase casi gritó de rabia. Nadie iba a hacerle daño a su hijo, ¡nadie!

Esa misma tarde, Seton volvió a casa, pues tenía que jugar la primera ronda del torneo de dobles del club con Anna. Sus padres vinieron para cuidar a Sam, por lo que los dos fueron a la ciudad. Seton ya no tenía el Jaguar, pues cuando nació el niño había comprado un Range Rover.

Lucie se sentó en un lado de la pista para ver el encuentro. Era un recinto cubierto, brillantemente iluminado, y como los cuatro jugadores eran de mucha calidad, el partido enseguida le resultó interesante. Anna estaba muy atractiva con su conjunto de tenis; como era morena, el blanco le sentaba muy bien; tenía además piernas largas y bronceadas.

Seton y ella parecían estar pasándoselo muy bien; Anna a veces le ponía la mano en el brazo, acercándose mucho cada vez que discutían la estrategia a seguir. En general, Anna era una persona muy afectuosa; trataba a todos sus conocidos como si fueran amigos íntimos, especialmente a los hombres. Lucie lo sabía, y entendía que no tenía nada que temer de su amiga, pero no pudo evitar un estremecimiento de celos recorriéndole las venas.

Anna y Seton ganaron el primer set, pero perdieron el segundo. Durante el descanso se sentaron uno junto al otro, y Lucie vio cómo Anna le decía algo a su marido al oído con una sonrisa maliciosa. Seton la escuchó atentamente, poniéndose muy tenso; miró hacia el público para buscar a Lucie. Ella le sonrió, pero para su sorpresa, él se limitó a hacer un gesto de desaprobación antes de volver la cabeza. Cuando se reanudó el juego, resultó evidente que Seton estaba deseando terminar la partida, pues jugó con tal energía y rapidez que hizo que ganaran en muy poco tiempo.

Lucie se dirigió al bar para esperarlo mientras se duchaba y cambiaba. Sin embargo, él apareció casi inmediatamente, con la

misma ropa y la bolsa con las raquetas en la mano.

—Vámonos —le espetó.

—¡Pero ya te he pedido una copa! —se le quedó mirando, y al darse cuenta de cómo apretaba la mandíbula, supo que había ocurrido algo que le había enfadado—. ¿Qué pasa?

Asiéndola por un codo, él la condujo a la salida.

—Olvídate de la copa. Vámonos.

Sin más, se dirigieron hacia el coche. Él colocó la bolsa en el maletero sin decir palabra. Lucie lo miraba, sin dejar de preguntarse qué habría pasado, pero él no hizo el menor comentario, sino que parecía concentrado en la carretera. No tomó el camino de vuelta, sino que se desvió por un camino comarcal hasta llegar a un lugar que durante el día resultaba muy pintoresco, pero que a esa hora estaba sumido en las tinieblas.

Seton encendió la luz y se volvió hacia ella.

—Ahora vas a decirme por qué le has contado a Anna que estás embarazada, cuando mis padres todavía no lo saben, y ni siquiera el médico lo había confirmado.

Así que era eso. Lucie maldijo a Anna por ser tan indiscreta.

—Es que ella insistió para que formara parte del comité del club de tenis —le explicó Lucie—. Le dije que no, pero no había forma de convencerla, así que se lo tuve que decir.

Esperaba que él se conformara con esta explicación, y que la perdonara, pero mantuvo la misma mueca impenetrable. Lucie podía entender que estuviera enfadado, ya que ella había roto su acuerdo para mantenerlo en secreto hasta que fuera seguro, pero no creía que su desliz hubiera sido tan terrible como para provocar semejante reacción en su marido. Y no lo era. Era la segunda parte del chisme de Anna lo que le había puesto furioso.

—¿Y qué es esa historia sobre las rosas que te mandé con un mensaje provocativo? —estalló Seton—. ¡Pero si ni siquiera te gustan las rosas rojas!

—Fue un error —dijo Lucie apresuradamente—. Las enviaron por equivocación. Cuando se fue Anna, me llamaron y pasaron a llevárselas. Pidieron mil excusas —se daba cuenta de que estaba dando demasiadas explicaciones, pero estaba tan asustada que no podía dejar de parlotear.

—Pero Anna dijo que el mensajero te llamó por tu nombre —dijo Seton muy fríamente.

—Sí, ese fue precisamente el error —repuso Lucie, inventando una nueva mentira sobre la marcha—. Las flores eran para otra señora Wallace, del pueblo de al lado. No eran para mí en absoluto

—dijo con firmeza. Desesperada, pasó de la defensa al ataque—. ¿A qué viene este interrogatorio? ¿Qué te pensabas?

Seton rió brevemente y se apartó el pelo de la frente.

—No sabía qué pensar, la verdad —admitió—. Me parecía muy extraño que alguien te hubiera mandado flores y que no me lo hubieras dicho… y que ni siquiera las hubiera visto en casa.

Lucie consiguió sonreírle.

—¿Y qué pasa, señor Wallace? ¿Acaso está usted celoso?

—¡Por supuesto que lo estoy! —repuso él de inmediato—. Sé muy bien lo que vales, y no estoy dispuesto a dejar que otro te encandile.

—¡Como si alguien pudiera hacerlo! —murmuró Lucie, enterrando su rostro en su cuello—. Hueles a sudor.

—Lo siento, pero tenía que saber qué estaba pasando cuanto antes.

—Ya me he dado cuenta, tonto. La verdad es que me gustas así, todo sudoroso. Pareces un hombre de las cavernas, después de haber cazado un dinosaurio para la cena.

—¿Sí, eh? —dijo Seton apagando la luz—. Apuesto a que de pequeña eras una niña monísima. Es una pena que no conserves ninguna foto de entonces —se lamentó.

Le desabrochó los botones de la blusa y el cierre del sujetador, y la besó en el hombro desnudo.

—Ya te dije que se quemaron en un incendio —dijo Lucie, lo que no era del todo mentira, ya que una novia de su padre había lanzado a la chimenea todas las fotos de ella con su madre, en un ataque de celos.

Seton no la estaba escuchando, pues estaba como hipnotizado, jugueteando con sus pezones.

—¿Cuándo fue la última vez que hicimos el amor en un coche? —preguntó como por casualidad.

—¡Seton! ¡Ni se te ocurra! Somos ya una pareja respetable. Sólo los que están desesperados hacen esas cosas.

—En ese caso, tenemos que hacerlo —dijo, haciendo que ella lo acariciara justo donde él quería—, porque resulta que yo ya estoy muy, muy desesperado.

Cuando regresaron a casa, Seton les contó a sus padres que estaban esperando otro niño. Ambos se pusieron locos de contento, y se quedaron aún un buen rato, comentando encantados la buena noticia. Seton abrió una botella de champán, y brindaron porque Lucie pasara un buen embarazo.

—Nos has hecho muy felices, cariño —le dijo su suegra—. Eres

la esposa perfecta para Seton, y no podríamos imaginar una nuera más encantadora que tú.

Lucie le devolvió el abrazo, sintiéndose una perfecta hipócrita, ya que sabía que si llegaba a conocerse la verdad de su pasado, no sólo arruinaría las vidas de Sam y Seton, sino también las de su suegros. Y la del bebé. Había mucho en juego, mucha felicidad que podía echarse a perder.

Por fin, sus suegros se marcharon.

—¿Qué tal si nos bebemos el resto de la botella en la cama? —propuso Seton.

Ella sonrió encantada.

—¿Champán tibio?

—Bueno, lo pondré en hielo un rato.

Lucie se desvistió y se metió en la cama para esperarlo. Pero, como siempre le ocurría cuando se quedaba sola, sus pensamientos se dirigieron a Rick y sus amenazas. Se daba cuenta de que la llamada de teléfono, los mensajes en el fax y las cartas eran parte de un plan para castigarla, con la única intención de agobiarla y acorralarla. Pero todos esos mensajes habían llegado cuando estaba sola, por lo que deducía que la intención de Rick era la de dejar al margen a Seton. Lucie no podía explicarse esta actitud, pero, en cierto modo, la tranquilizaba. Se relajó un poco, encogiéndose en su lado de la cama. Cuando Seton subió con la botella, unos pocos minutos más tarde, ya estaba casi dormida.

Él le hizo muchas bromas por eso unos cuantos días más tarde, cuando se dirigían a la casa de sus amigos en Gales para pasar el fin de semana. La otra pareja tenía tres niños, el más pequeño de la misma edad que Sam. Los tres días pasaron volando, ocupados en excursiones, barbacoas y paseos en barco. Seton insistió en hacer el amor, pero Lucie le quitó la idea de la cabeza, diciéndole que las paredes eran demasiado delgadas, y que los otros podrían oírles.

—Bueno, pues lo haremos muy bajito —dijo.

—No, la cama cruje.

—Pues podemos salir fuera —propuso esperanzado.

—¡No! ¿Qué iban a pensar de nosotros?

—Pues que yo era un hombre afortunado.

—Buenos, pues esta noche no tienes suerte, así que duérmete.

—¡Tirana! —se quejó—. Espera a que volvamos a casa.

Pero cuando regresaron e hicieron el amor, era ya demasiado tarde. Lucie intentó mostrarse receptiva, quiso responder como siempre había hecho, pero estaba demasiado tensa. Al llegar les esperaban unas cuantas cartas; Seton las examinó, y le pasó una con

la dirección escrita a mano con una letra que ella conocía muy bien.

—Esta es para ti.

Rápidamente, Lucie se la guardó en el bolsillo, y subió escaleras arriba para acostar a Sam, lo que le dio la oportunidad de esconder la misiva en su escritorio. Cuando bajó, Seton ya había leído su correo.

—¿De quién era la carta? —preguntó interesado.

—De la vecina de tía Kate —mintió Lucie—. Me dice que la casa está bien.

Seton alzó las cejas.

—Pero, ¿no hablas con ella por teléfono normalmente?

—Sí… pero es que me manda una postal que le ha enviado la tía Kate, porque ha pensado que me gustaría verla —se inventó Lucie.

No tuvo oportunidad de leer la carta esa tarde, pero fue incapaz de pensar en otra cosa, y desde luego, no consiguió relajarse cuando hicieron el amor.

Seton debió darse cuenta. Le acarició el rostro, repitiendo su nombre. Como no quería que pensara que algo iba mal, Lucie lo besó, y luego, sin saber bien cómo estaba siendo capaz de semejante cosa, intentó fingir las reacciones que siempre había sentido de forma perfectamente natural. Se agitó y gimió como siempre lo había hecho, pero todo era una farsa, una ficción para hacer feliz a su marido.

Cuando terminaron, Seton se quedó de espaldas, boca arriba.

—¿Es que ya no lo hago bien, Lucie? —preguntó.

Ella supo de inmediato que su marido se había percatado de lo ocurrido, pero aun así, intentó disimular.

—¡Qué cosas dices! ¡Por supuesto que no es eso!

Él se incorporó, encendiendo la lámpara de la mesilla de noche.

—Entonces —dijo, volviéndose hacia ella con determinación—. ¿Por qué te empeñas en fingir lo que obviamente no sientes? —aunque estaba enfadado, parecía sobre todo confuso, y seriamente preocupado.

—¡Quiero sentir algo! ¿Es que no te das cuenta? —estalló Lucie, destemplada, exteriorizando parte de su profunda angustia—. ¡No es culpa mía si no lo consigo!

—Yo no he dicho eso. Pero, ¿por qué finges?

—Porque no quiero que tú te sientas mal, por eso —repuso Lucie desafiante—. ¿No lo puedes entender? Pero si no te gusta, no te preocupes, no volveré a molestarme.

Se volvió de espaldas a él, pero Seton le puso la mano en el hombro y continuó hablándole con suavidad.

—No, Lucie, no quiero que finjas. Si estás muy cansada para hacer el amor, o simplemente no te apetece, dímelo, yo lo entenderé. Pero, por favor, no nos humilles a los dos simulando una excitación que no sientes. ¿No entiendes que esa falsedad traiciona todo lo que tenemos, todo lo que hemos compartido?

La rodeó con sus brazos y la atrajo contra su pecho desnudo.

—Cariño —continuó—, no sólo me preocupa que no puedas sentir nada. Me he dado cuenta de que estás muy rara últimamente.

Lucie sabía por experiencia que él podía ser muy insistente, y temió que acabara acorralándola para sonsacarle la verdad.

—¡Todo este lío sólo porque el sexo no es lo suficientemente bueno para ti! —dijo medio enfadada.

—¿Y desde cuándo se ha convertido en sexo y no en amor? —replicó Seton ásperamente.

Lucie se mordió el labio, maldiciéndose a sí misma.

—Escucha, lo siento mucho —dijo en un tono más amable—. Ahora, ¿podemos dormir ya, por favor?

—No cariño, no podemos, no hasta que hayamos aclarado esto.

—No hay nada que aclarar —repuso Lucie cortante, empujándolo un poco para mantenerse alejada de él. No podía soportar el tormento psicológico al que estaba siendo sometida, y, desesperada, pensó qué hacer para escapar—. Seton, de verdad —imploró—, ya he tenido suficiente por hoy…

—Quizá sea porque estés embarazada. Aunque la verdad es que no te pasó nada semejante cuando estabas esperando a Sam.

Ella se creció un poco, pues, sin advertirlo, él le había proporcionado la excusa que necesitaba en bandeja de plata. Se agarró a ella como a un clavo ardiendo, aunque eso significara mentirle otra vez, pero estaba tan desesperada que no le importó.

—¿Será eso? —se preguntó con un largo suspiro.

—Es lo único que se me ocurre.

—La verdad es que no hay dos embarazos iguales, y que estuviera tan bien en el del niño, no quiere decir nada —dijo Lucie cautelosamente, intentando no caer en otra mentira—. La verdad es que me encuentro bastante baja de moral.

—Tienes que volver al médico y contárselo —insistió Seton.

—¡Pero si ya he ido a verlo!

—¿Por qué no vas ahora a un ginecólogo? —propuso su marido.

—Estoy segura de que no es necesario —protestó Lucie—. Seguro que empezaré a sentirme mejor muy pronto.

—¿Pero por qué diablos te empeñas en estar enferma cuando con un poco de ayuda puedes ponerte bien enseguida? Si tú no

quieres llamar al doctor para concertar una cita —la amenazó—, llamaré yo mismo para hacerlo.

Lucie se dio cuenta de que él había ganado esa batalla, y temiendo que él decidiera acompañarla al médico, decidió mostrarse más dócil.

—No es necesario. Yo le llamaré mañana mismo.

—Muy bien —aprobó Seton, dándole un beso—. Quiero que te pongas bien cuanto antes, cariño.

Pero Lucie estaba todavía enfadada por haberse dejado arrinconar de ese modo, así que, enfurruñada, se retiró a su lado de la cama.

—¡Y todo porque el sexo no es lo suficientemente bueno para el señor! —musitó, volviéndole la espalda.

Seton no dijo nada, pero ella sabía que no le quitaba el ojo de encima. Al cabo de un rato, apagó las luces y se volvió de costado, sin hacer siquiera amago de abrazarla para dormir junto a ella, como hacía todas las noches. Por un instante, ambos yacieron inmóviles, tensos en la oscuridad, hasta que Lucie no pudo reprimir un sollozo, y se volvió hacia él. De inmediato, Seton se dio la vuelta y la abrazó con fuerza, besándola en los ojos y en los labios.

—Amor mío, mi niña —la consoló, acariciándole tiernamente el pelo y la espalda.

—Abrázame —Lucie se apretó contra él, intentando encontrar algún alivio para su angustia en el contacto con su esposo—. Prométeme que nunca dejarás de quererme —le urgió apasionadamente.

—¡Oh, Lucie! ¡Como si alguna vez pudiera llegar a hacerlo! —dijo Seton, dolido, apretándola contra sí.

—¡Prométemelo! —insistió, elevando el tono de voz y clavándole los dedos en el brazo—. No importa lo que ocurra, prométeme que nunca me abandonarás —repitió.

—Te lo prometo, claro que sí —dijo Seton emocionado, al darse cuenta de que ella necesitaba oírlo. Arrimó la cara a su mejilla, y pudo sentir sobre la piel las lágrimas de ella—. Te quiero con todo mi corazón, y nada ni nadie podrá cambiar eso *jamás*. Te lo juro.

Fue como si hubiera pronunciado una fórmula mágica, ya que inmediatamente Lucie se relajó, cayendo en un profundo sueño sin pesadillas.

Cuando a la mañana siguiente sonó el despertador, se revolvió un poco, pero no llegó a despertarse del todo. Antes de irse a trabajar, Seton le subió una taza de té y se despidió de ella con un cariñoso beso. Hablaron durante unos instantes, pero cuando él se

marchó, Lucie volvió a arrebujarse entre las mantas, quedándose dormida otra vez. Se despertó de golpe dos horas después, cuando la luz del sol entraba a raudales por las ventanas. De inmediato se dio cuenta de que era lunes y de que tenía que haber llevado a Sam a la guardería.

Se vistió a toda prisa y bajó las escaleras como una exhalación; encontró al niño frente a la televisión, con el mando a distancia en una mano, viendo su película favorita en el vídeo. Estaba sentado en el sillón de Seton, y en la otra mano sostenía uno de los vasos de la carísima cristalería que sus suegros les habían regalado cuando se casaron.

El niño le lanzó una mirada mimosa.

—Estaba jugando a que era papi —dijo.

—Ya me doy cuenta —Lucie sonrió pero de inmediato se quedó helada al ver que había restos de bebida en el vaso. Rápidamente se lo quitó de las manos y lo olió. Era zumo. A Dios gracias, a Sam no se le había ocurrido servirse el whisky de malta de su padre para dar mayor verosimilitud a su juego. Y si lo hubiera hecho, habría sido sólo culpa suya, pensó Lucie horrorizada. Tenía que haberse despertado antes para vigilarlo.

Sam pareció adivinar lo que estaba pensando.

—Mami ha sido muy perezosa.

Lo dijo exactamente igual que cuando Seton se ponía serio; estaba tan gracioso que Lucie no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Sabes que eres un monito de imitación? —dijo, y levantándolo del sillón, le dio un abrazo muy fuerte.

Sam soportó estoicamente este arrebato de cariño de su madre, como si estuviera acostumbrado a provocar la adoración de las mujeres.

—Mira que eres pilluelo—le dijo su madre, divertida por su actitud. Echó una mirada al reloj del aparador y vio que ya eran casi las diez—. ¿Sabes que tendrías que estar en la guardería? Bueno, ya es demasiado tarde para eso, así que, ¿qué tal si apagas el vídeo y nos vamos al parque?

Sam se puso como loco de contento, y subió a su habitación para prepararse. Lucie, tras haber dormido de un tirón la noche anterior, se sentía como nueva, llena de energía y capaz de enfrentar con serenidad sus problemas. Sin embargo, casi se vino abajo otra vez cuando, justo antes de salir, oyó el timbre del teléfono.

—Espera un momento, hijo —dijo, y corrió al despacho, no fuera a ser que Rick estuviera mandando otro fax. Por suerte, era Seton, que dejó un mensaje en el contestador.

—Llamaba sólo para saber si estabas bien, cariño. No te olvides de la cita con el médico. Volveré a casa tan pronto como pueda. Cuídate, amor mío.

Había muchas madres cuidando a sus hijos en la zona de columpios. Lucie habló con ellas durante un rato, pero como Sam quería probar su barco de juguete, regalo de la tía Kate, se dirigieron al estanque. Hacía un día estupendo, y disfrutaron mucho del paseo; Sam se detenía a jugar con cada perro pequeño que veía.

—Mami, ¿puedo tener un perrito? —le preguntó esperanzado.

—¿Un perro? —Lucie lo miró sorprendida, preguntándose si el niño necesitaba algo a lo que querer, o simplemente un compañero de juegos—. Bueno, cariño, no lo sé. Tendremos que preguntárselo a papá. Ya sabes que un perro necesita muchos cuidados. ¿Es que algún amigo tuyo tiene perro?

El niño empezó a contarle una larga historia al respecto; aunque intentó concentrarse en lo que le decía, Lucie se sintió de repente dominada por el presentimiento de que alguien los estaba observando. Disimuladamente, empezó a mirar a su alrededor.

El sendero estaba completamente desierto, y tampoco podía ver a nadie detrás de los árboles. De repente, oyó un ruido seguido de una gran agitación en uno de los arbustos. Sin querer, dio un grito asustado, pero sólo se trataba de una paloma. Poco a poco, consiguió calmarse, y aunque se dijo que no podía ser tan cobardica, no pudo librarse de la sensación de estar siendo espiada.

Miró de nuevo a su alrededor, dispuesta a enfrentarse a quien fuera y como fuera. Sin embargo, pronto se dio cuenta que, con Sam de la mano, le sería imposible hacer nada, pues no quería exponer al niño a ninguna escena desagradable.

Al fin llegaron al lago. Se sentó en una silla plegable cerca de la orilla para vigilar mejor a Sam. En ese momento recordó la carta que Seton le había dado el día anterior, y rebuscó en el bolsillo para leerla. Cuando vio su contenido, casi se sintió aliviada. Rick le pedía dinero, quinientas libras. Prometía que, si se las daba, la dejaría en paz. Le daba una semana para reunirías, y le decía que cuando pasara ese plazo, se pondría en contacto con ella para decirle cómo y dónde tenía que darle el dinero.

Por supuesto, la carta estaba plagada de amenazas. Se había enterado de que Seton era candidato al Parlamento, y de que nadie conocía su turbio pasado. Esos dos hechos juntos eran como una bomba de relojería en sus manos.

Temblando, rompió la carta en pedacitos que arrojó en la papelera más cercana. No le sería fácil hacerse con el dinero, pensó:

Seton le ingresaba una generosa cantidad cada mes para los gastos de la casa, y también disponía de los ahorros que había reunido trabajando como profesora. De alguna forma, se propuso, lo conseguiría.

Ahora que ya sabía lo que la esperaba, empezó a relajarse un poco. Tenía unos cuantos días de tranquilidad por delante, en los que sabía que el teléfono no iba a sonar y que nadie la perseguiría por la calle. Cuando ella y Seton volvieron a hacer el amor, no le hizo falta disimular, pues estaba los suficientemente tranquila como para mostrarse afectuosa y receptiva. De hecho, se sentía tan a gusto, que cuando terminaron no quiso que Seton se apartara de ella.

—Estás mejor, ¿verdad? —le preguntó Seton, besándola con pasión.

—Sí, mucho mejor.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—¡Oh! Me ha dicho que era sólo una fase —se inventó Lucie sobre la marcha—. Me ha dicho que la siguiente me la pasaré vomitando.

—¡Pobrecita mía!

—La verdad es que envidio a los hombres —le dijo Lucie—. Tienen todo el placer y ningún inconveniente.

—Me temo que no puedo hacer nada para cambiar eso. Pero, ¿no es cierto que al final compensa?

—Sí claro, de eso no hay duda. Sólo estaba siendo un poco mimosa.

—Me encanta que lo seas.

—La verdad es que no me parece tan malo entonces… —dijo Lucie con una sonrisa.

El viernes siguiente recibió la carta con las instrucciones; alguien la pasó por debajo de la puerta mientras estaba fuera, llevando a Sam a la guardería. En la misma, Rick le decía que fuera con el dinero a un lugar en medio del campo, cerca de la ciudad, donde había una cabina de teléfono. Tenía que estar allí a las once, sentarse y esperar que él la llamara.

Lucie se dirigió al punto indicado, en la cima de una pequeña colina, tan solitario que resultaba ideal para lo que se traían entre manos. Aunque era un día muy caluroso, no pudo evitar un estremecimiento, pues tenía los nervios de punta.

Había pasado mucho tiempo desde que Rick y ella comparecieran ante el tribunal. A pesar de su estado de confusión de entonces, recordaba perfectamente la diabólica risa de Rick

cuando leyeron la sentencia que la condenaba a tres años de cárcel.

Lucie se estremeció, preguntándose si él estaría vigilándola, cerciorándose de que no le había tendido una trampa. De repente, se puso a sonar el timbre del teléfono de la cabina cercana. Tras un instante de vacilación, asió el auricular, pero estaba tan nerviosa que le costaba incluso articular las palabras.

—¿Sí?

—Me colgaste la primera vez que te llamé, y eso no me gustó nada— la voz era áspera y desagradable, pero perfectamente reconocible—. ¡Pide perdón, zorra! —gritó, al ver que ella no decía nada.

Paradójicamente, en cuanto oyó su voz, Lucie se sintió mucho menos nerviosa. Tenía delante una amenaza real a la que enfrentarse y, se recordó, lo único que él quería era su dinero.

—¿Quieres el dinero, o no? —preguntó a su vez.

—Ya me has oído —le espetó Rick, ignorando su pregunta—. Te vas a disculpar ahora mismo. Venga, hazlo.

Una oleada de ira recorrió todo su cuerpo.

—Siento mucho que fueras a la cárcel por disparar a ese pobre policía, Rick —dijo ácidamente.

—No es eso lo que quiero que digas.

—¡Ah, ya! Pues siento mucho que te condenaran a sólo a once años ¡en vez de encerrarte para toda la vida! De hecho, siento mucho que sigas vivo.

—¡Maldita zorra barata! ¡Yo te daré tu merecido!

—¡Vete al infierno!

Lucie se dispuso a colgar el auricular.

—¡Espera! —exclamó Rick.

—¿Y bien? —preguntó.

—Me las vas a pagar por esto. Me parece que ese hijito tuyo tan mono va a tener un accidente muy, muy desagradable.

Lucie recordó que, a pesar de sus delitos, Rick siempre se había mostrado muy cariñoso con su sobrino.

—Tú no le harías daño a un niño, Rick.

—¿Ah no? ¿Y cómo puedes estar tan segura? Te recuerdo que he pasado once años entre rejas, y eso cambia a cualquiera: hace que sienta deseos de vengarme, especialmente de las personas que me traicionaron y a las que yo amaba…

—¡Venga ya, Rick! ¡Déjate de cuentos! Tú nunca has querido a nadie en tu vida.

Él profirió un terrible juramento, tan grosero que Lucie colgó el teléfono sin pensárselo, sintiéndose físicamente enferma por su

rudeza. De inmediato, sonó de nuevo, y a su pesar, Lucie contestó.

—Si vuelves a decirme semejante grosería, te juro que no obtendrás de mí ni un céntimo —le amenazó.

—Entonces ten por seguro que todos tus estirados amigos sabrán la clase de perra que eres. ¿Quieres que los peces gordos del partido de tu marido se enteren de que les has mentido de forma tan descarada?

—Bueno, si realmente quieres este dinero, eso no va a ocurrir.

—¡Zorra! —le espetó como si fuera un escupitajo— ¡No se te ocurra colgarme! Escúchame bien: hay una papelera al lado del banco; deja en ella el dinero, y no vuelvas hasta que hayan pasado diez minutos.

—¿Por qué?

—Porque tengo que contar el dinero, por eso.

—He traído lo que me pediste.

—Haz lo que te he dicho, o lo lamentarás.

Lucie dejó el dinero en la papelera y se marchó a dar una vuelta en el coche. Temía volver y que Rick estuviera esperándola. Por suerte, ya se había ido, así que se sentó en el banco hasta que el teléfono sonó de nuevo.

—Dame tu número de teléfono —exigió Rick.

—Ni hablar.

—Si no me lo dices, lo lamentarás.

—No pienso hacerlo —se resistió Lucie—. Piérdete ya de una vez.

—Ni lo pienses, cariño. De hecho, este es sólo el primero de nuestros encuentros —dijo burlonamente—. Como ya te sabes el camino y lo que tienes que hacer, espero que me traigas cien libras todas las semanas.

—¿Cómo? ¿Es que te has vuelto loco? En la carta decías que te irías y me dejarías en paz.

—Bueno, pues te mentí —dijo Rick con una carcajada burlona —. O haces lo que te digo, o te aseguro que pronto verás tu nombre en letra impresa.

—¡No serías capaz de semejante cosa!

—¡Vaya que no! Aunque puede que lo primero que haga sea concertar una cita con tu maridito. Estoy seguro de que le interesará mucho lo que le voy a contar de la época en la que estuvimos juntos y de los truquitos que te enseñé. Seguro que le encanta…

Sin poder soportarlo un minuto más, Lucie colgó el teléfono. ¡Dios Santo! ¿Qué iba a hacer ahora?

De vuelta a casa, pensó que tendría que habérselo imaginado; habiendo conseguido tan fácilmente las quinientas libras, Rick no pensaba detenerse. Ella había permitido que la chantajeara, y él se iba a aprovechar de la situación. Se había metido en un callejón sin salida.

Lucie pensó horrorizada que aquel tormento podía durar toda la vida. Tenía que hacer algo para pararle los pies, pero lo único que se le ocurría era acudir a la policía… y ellos informarían a Asuntos Especiales, con lo que, sin saber cómo, Seton se vería excluido de la lista de candidatos al Parlamento. Y ella se vería acuciada por los más terribles remordimientos por haber sido la causante de su fracaso. Así que, o se dejaba chantajear, o arruinaba las ambiciones de Seton, aquello por lo que tan duramente había luchado.

No había elección posible: tenía que hacerse como fuera con el dinero que Rick le pedía, a cualquier coste.

A finales de la primera semana, sólo pudo dejar ochenta libras en la papelera. En menos de una hora recibió un fax lleno de amenazas, que ya casi no le causaban efecto. Sabía que Rick no haría nada mientras pensara que podía sacarle más dinero. Haciendo auténticos malabarismos con el dinero, consiguió mantenerlo a raya otras tres semanas más, pero llegó un momento en que se encontró sin un céntimo.

No le quedó más remedio que pedirle dinero a Seton.

—¿Te importaría ingresarme algo de dinero? Se ha roto la lavadora y he tenido que pagar la reparación en metálico, así que me he quedado sin blanca —le explicó, intentando resultar convincente.

Seton la miró sorprendido.

—¿Por qué no has dado un cheque? Normalmente lo hacemos así.

—Ya, pero es que no ha venido el señor de siempre… es que está de vacaciones, así que he tenido que llamar a un servicio de urgencias. Sólo aceptan pagos en metálico.

Seton buscó su cartera.

—¿Cuánto ha costado?

—Ciento cincuenta libras —dijo Lucie rápidamente, cruzando los dedos por debajo de la mesa—. Ha tenido que cambiar varias piezas, ¿sabes? —añadió a la desesperada al ver su cara de asombro.

—Me parece una barbaridad; la lavadora no es tan vieja como para estropearse así, ¿no?

—Necesito el dinero, Seton —suplicó.

—Claro, aquí tienes —dijo alargándole los billetes—, pero prométeme que no vas a llamar otra vez a ese sitio. Son unos auténticos ladrones… probablemente trabajen de forma ilegal.

—Te lo prometo.

Lucie guardó el dinero, aliviada al pensar que eso le permitiría pasar otras dos semanas. Sin embargo, sus pesares no habían terminado, se dijo con amargura al ver que Seton le alargaba la hoja de registro del fax.

—Mira, según esta lista, nos han mandado varios faxes que no recuerdo haber recibido. ¿Tú sabes algo?

Por un momento, Lucie se sintió paralizada por el pánico, incapaz de inventarse una excusa.

—¿E.. estás seguro de que no los tienes? —preguntó débilmente.

—Segurísimo —dijo mirándola con el ceño fruncido. De repente, ella estaba muy pálida y agitada.

—Pues no sé lo que ha pasado, la verdad —empezó a decir, desesperada—. Puede que los hayamos recibido, pero no importa demasiado, ¿no? Al fin y al cabo, sólo nos cobran por los mensajes enviados, no por los recibidos. ¿Es eso lo que te preocupa?

—Pues no…

—Creo que Sam me llama —exclamó Lucie, y sin dejarle terminar la frase, salió a toda prisa de la habitación, temiendo que si se quedaba, Seton acabara por hacerla confesar.

Estaban a mitad del verano; la guardería había cerrado por vacaciones, por lo que Lucie procuraba salir con Sam lo más posible, tanto para mantener al niño distraído como para alejarse de la casa.

Una noche, Seton regresó a casa pasada la medianoche, después de haber asistido a una cena formal con los miembros de su partido. Lucie ya estaba dormida, por lo que se desvistió en el baño y se acostó procurando no hacer ningún ruido. Aun así, Lucie se removió inquieta, aunque sin llegar a despertarse.

La noche era especialmente calurosa y húmeda. Seton permanecía despierto, procurando no molestarla, pero Lucie empezó a agitarse, evidentemente bajo los efectos de una pesadilla. En un momento dado, empezó a gritar, agitando violentamente los brazos. Rápidamente, Seton la abrazó, llamándola por su nombre.

—¡Lucie! ¡Despierta! ¡Es sólo un sueño!

—¡No! ¡No! —gritó Lucie, abriendo los ojos al fin.

—Tranquila, es sólo una pesadilla.

—¿Sí? —preguntó temblorosa y cubierta de sudor. Había soñado con Rick, cuyo recuerdo provocaba en ella terribles pesadillas—.

¿He dicho alguna cosa? —dijo, repentinamente angustiada.

—Has gritado no sé qué. Parecía un nombre, pero no he podido entenderlo.

—¡Qué raro! No me acuerdo de nada. ¿Has cenado bien? —dijo, cambiando de tema.

—Muy bien —empezó a contárselo hasta que se dio cuenta de que ella no podía evitar un bostezo.

—Anda, duérmete, ya te lo contaré por la mañana.

—¡Pero si no estoy tan cansada!

—Vamos, a dormir.

Lucie permaneció tendida e insomne, agobiada por la idea de haber dicho algo en sueños que despertara las sospechas de Seton. No podía quedarse dormida, hacía demasiado calor.

Se deslizó fuera de la cama, y tras mirar a Sam un momento, bajó a la cocina para beber algo fresco. Hasta los azulejos de la cocina desprendían calor. Se dirigió al salón, y se quedó mirando el panorama nocturno. Hacía una noche preciosa de luna llena. Lucie salió al jardín, con la esperanza de refrescarse un poco, pero casi hacía tanto calor fuera como dentro de la casa, y eso que sólo llevaba un ligero camisón de algodón.

El jardín era muy grande, y rodeaba la casa por los cuatro costados. Como era bastante antiguo, los árboles estaban muy crecidos; contaba además con un tupido seto que les protegía de las miradas indiscretas. En uno de los lados habían construido una pequeña piscina para que Sam chapoteara; aunque el agua estaba tibia, Lucie tenía tanto calor que se la echó por encima, intentando refrescarse un poco.

Dejó el camisón completamente empapado, lo que hizo que se le pegara como una segunda piel transparente. Paseó un rato más por el jardín, atenta a los ruidos nocturnos: el reloj de la iglesia dio la una y a lo lejos ululó una lechuza. De repente, oyó un crujido a sus espaldas que la hizo volverse aterrada.

—No te asustes, soy yo —dijo Seton detrás de la rama de un arbusto—. ¿No puedes dormir?

—No, hace demasiado calor.

Él se quedó mirando maravillado su esbelta figura, plateada por la luz de la luna.

—¡Eres tan hermosa! —murmuró, alargando la mano hasta su seno mojado, y acariciándolo hasta despertar en ella la llama de la pasión. Después, siguió acariciando todo su cuerpo por encima del camisón, excitándola de tal modo, que muy pronto él mismo ardía también consumido por el deseo.

Sus jadeos se convirtieron en gemidos de placer a medida que las caricias de Seton se hacían más íntimas; la poseyó allí mismo, contra el tronco de un árbol, en un arrebato de pasión que los envolvió a ambos.

Después, la llevó en brazos a la casa, y, antes de acostarse de nuevo, se dieron juntos una ducha para refrescarse. Volvieron a la cama, mojados y satisfechos. Lucie durmió al fin profunda y tranquilamente, y no se despertó hasta que Seton le llevó el desayuno a la mañana siguiente.

Se incorporó en la cama, riendo feliz al darse cuenta de que estaba desnuda. Seton la besó extasiado, hasta que, con un gesto, ella le apartó.

—Será mejor que me vista, no vaya a ser que entre Sam.

Se levantó para buscar algo que ponerse, pero Seton la detuvo.

—No te muevas, ya te lo doy yo.

Se dirigió a la cómoda y abrió el cajón de arriba para sacar un camisón limpio. Ella vio entonces cómo de repente se quedaba rígido y extrañamente silencioso. Se dio la vuelta lentamente con un trozo de papel en la mano: era la tarjeta que Rick le había mandado con las rosas.

Capítulo 5

Durante un largo instante, se limitaron a mirarse a los ojos. Lucie se había quedado demasiado sorprendida como para poder ocultar lo que sentía. Y su mirada culpable era evidente.

—Supongo que ésta es la tarjeta que venía con las rosas que no has recibido —dijo Seton, apretando la mandíbula.

Al cabo de unos momentos, Lucie asintió.

—Eran para ti, ¿verdad? ¿Por qué me mentiste, por qué me has contado toda esa tontería de la equivocación?

Lucie nunca había oído a Seton hablar con aquel tono de voz.

—Olvidé… devolver la tarjeta —dijo.

Seton tiró la tarjeta sobre la cama.

—No te atrevas a mentirme —dijo—. Puedo comprobarlo fácilmente, comprobar si mi mujer me miente —añadió, con la oscura certeza de verse traicionado.

Lucie no podía mirarlo a la cara. Agachó la mirada, vio que tenía los pechos desnudos y se cubrió con las sábanas. Sabía que aquél, si es que había alguno, era el momento de decirle toda la verdad, pero la rabia y el sarcasmo, la decepción que había visto en los ojos de Seton hacían que tuviera miedo de decírselo.

—¿Quién te las ha mandado, Lucie?

—¡No lo sé! Sí, eran para mí, pero no sé de quién. No hay ningún nombre en la tarjeta. Míralo tú mismo.

—Puede que no le haga falta poner el nombre. Puede que pensara que tú sabrías de quién son sin necesidad de poner el nombre.

—¡Eso no es verdad! —dijo Lucie, y, sintiéndose miserable, trató de ser lo más convincente posible—. No sé de quién son. Lo único que sabía era que no eran tuyas, tú nunca las mandarías así. Pero cuando llegaron, Anna estaba aquí y creyó que eran tuyas. Yo no sabía que decir y las tiré.

Seton se levantó y la miró a los ojos.

—¿Has llamado a la floristería para ver quién las ha mandado?

—Sí, pero me han dicho que las has mandado tú —dijo Lucie, alegrándose de decir algo que era verdad.

—Yo no he sido.

—Ya lo sé, ya te lo he dicho. No sé, puede que sea alguna broma estúpida. Puede que haya sido el loco que me llamó —añadió Lucie, con una nota de inspiración.

—Entonces, ¿por qué no me lo has dicho? —dijo Seton, sentándose en la cama—. ¿Me tienes miedo, tan malo soy?

—No, claro que no. No quería preocuparte, eso es todo. Pero como te pones celoso enseguida… Mira lo enfadado que te has puesto —dijo Lucie, y refugiándose en el arma más antigua de la mujer, se echó a llorar.

Seton la abrazó y la besó en la frente, pero a pesar de ello se dirigió a ella con frialdad.

—No puedo creer que me hayas mentido.

—Lo siento. No sé por qué, quería decírtelo, y, de repente, era demasiado tarde, y… —dijo Lucie, con un hilo de voz.

—¿Han vuelto a llamar?

—No, no lo han vuelto a hacer desde que cambiamos el número.

—¿Y no han mandado nada por correo?

—No.

—¿Y por el fax?

Lucie vaciló, antes de dar un definitivo:

—No.

Pero Seton había oído la ligera pausa, sentido la instantánea tensión de su cuerpo antes de responder. Lentamente, la soltó y se levantó, con el gesto muy serio. La miró, pero Lucie evitó sus ojos y se puso a estirar las sábanas.

—Tómate el desayuno —dijo Seton con frialdad—. Voy a ver a Sam.

Lucie lo observó marcharse, sintiendo un gran alivio, pero sabiendo que su matrimonio ya no volvería a ser el mismo. Hasta aquella mañana, Seton confiaba en ella ciegamente, pero a partir de entonces, tendría algunas reservas y, aunque no quisiera traslucirlo, Seton se preguntaría si le estaba mintiendo o diciendo la verdad. Se sintió desolada, aunque, también, profundamente aliviada; al menos, ya no tendría que mentir sobre las flores, pero se maldijo por haber olvidado deshacerse de la tarjeta.

La sensación de alivio duró poco. Aquella semana tenía que dar otra fiesta, comprarle a Sam dos pares de zapatos, pues los que tenía se le habían quedado pequeños, y llevarlo a dos cumpleaños, para los que tenía que comprar regalos. De modo que, todo el dinero que pudo reunir para Rick fueron cuarenta y cinco libras.

Dejó el dinero en el lugar de costumbre y volvió directamente a casa, a una casa vacía, porque Sam estaba pasando un par de días con sus abuelos, para que Seton y ella pudieran salir a cenar con unos amigos aquella noche.

Al abrir la puerta. Lucie oyó el teléfono. Después de comprobar que no era el fax, respondió.

—Dígame.

—Pensabas que no iba a dar con tu nuevo número, ¿verdad? —dijo Rick, con un tono amenazante—. Qué estúpida eres, yo creía que me conocías mejor. Te dije que cuando quisiera, te encontraría. ¿Dónde está el dinero que falta?

—Era todo lo que tenía —protestó Lucie, sabiendo que no servía de nada.

—¡Pues lo buscas! —exclamó Rick—. Vende algo. Esa casa está llena de cosas. Lo sé porque las he visto.

—No —susurró Lucie, horrorizada.

Rick se echó a reír.

—Yo era ladrón, ¿no te acuerdas? ¿Te crees que me iba a costar entrar? He visto la cama en la que te acuestas con ese abogado. ¿Qué le parece que hayas sido la amiguita de un ladrón? ¿O es que no se lo has dicho? —preguntó Rick, y ante el silencio de Lucie, se respondió a sí mismo—. No, apuesto a que no. Cuánto voy a disfrutar contándole todo tu oscuro pasado. Qué pena, porque no voy a estar allí para verlo.

—Si tuviera el dinero, te lo daría —dijo Lucie—. Seguro que si te doy algo siempre, te parece mejor que nada.

Lucie quería ser razonable, pero Rick no le prestaba atención.

—Empiezo a estar cansado de tus juegos. Voy a mandarte un regalo por fax y, si no me pagas pasado mañana, voy a mandar el mismo regalo al jefe de tu marido. Y cómo me estás creando tantos problemas, ya puedes ir añadiendo doscientas libras más a lo que tienes que darme.

—¡Pero eso es imposible! No puedo… —dijo Lucie, pero Rick había colgado.

El fax llegó unos minutos más tarde. Era una copia del artículo de un periódico escrito durante el juicio, relatando toda la triste historia, en la que se daba por sentado que, como el jurado la había encontrado culpable, era culpable. El artículo incluía una fotografía de Lucie, sacada entonces, cuando tenía dieciséis años, pero en la que era fácil reconocerla.

Lucie imaginaba la impresión que tendrían en el bufete de Seton al recibir aquel artículo. Tal vez no dañara la carrera política de Seton, pero sí su posición ante sus colegas, que nunca volverían a tener el mismo respeto por él.

Aquella tarde, Lucie se dirigió a un pueblo donde nadie la conocía y empeñó el collar de perlas que Seton le había regalado. Tenía pocas esperanzas de recuperarlo, pero empeñarlo era mejor que venderlo y perderlo para siempre definitivamente.

Aquella noche, una vez más, no pudo dormir. Rick empezó otra

campaña, más cartas, más llamadas, y en todas, amenazas de revelar toda la historia si no pagaba. Siempre se las arreglaba para deshacerse de las cartas, pero una tarde Seton llegó antes de lo normal, porque el caso que llevaba había terminado antes de tiempo. Cuando sonó el teléfono, Lucie estaba en el cuarto de la plancha y corrió para ir a responder, pero Seton llegó primero. Dijo el número, lo repitió y, al cabo de unos segundos, colgó. La vio en el vano de la puerta, y la miró con el gesto sombrío.

—Han colgado. ¿Esperabas una llamada?

—Es… Creía que era Anna —dijo Lucie.

—¿En serio? Qué raro, porque la he visto en la tienda del pueblo. No me dijo nada.

—No habíamos quedado en nada en concreto —dijo Lucie a la defensiva, pero se dio cuenta de que se había sonrojado.

Seton se acercó a ella y la agarró por la muñeca.

—¡Me estás mintiendo! Sé que me estás mintiendo. Esperabas la llamada de otra persona, ¿verdad? ¿Verdad?

—¡No! No. Suéltame, me estás haciendo daño.

Pero Seton la sacudió, gritando.

—Dios mío, no puedo creerlo. ¿Estás viéndote con alguien? Maldita sea, Lucie, dímelo.

—¡No, no! Te juro que no.

Seton la miró de arriba abajo, apretándola por la muñeca, consciente de que le hacía daño.

—¿Y cómo sé si me estás diciendo la verdad? ¿Cómo puedo creerte? Habría dado mi vida por ti, pero ahora… —dijo y la soltó, retrocediendo hasta la puerta.

—¿Adónde vas?

—¡Me voy!

—¿Adónde?

Seton se volvió para mirarla con burla y sarcasmo.

—¿Qué pasa? ¿Quieres saber cuánto tiempo voy a estar fuera para saber si puedes llamarlo?

Lucie se agarró las manos con fuerza, estaba desesperada.

—No hay nadie más. Por favor, Seton, no te vayas así.

Pero Seton soltó una carcajada, y se marchó dando un portazo.

Lucie se quedó mirando la puerta, consternada, luego corrió hacia ella, la abrió y salió corriendo al jardín. Pero era demasiado tarde. Seton salía en coche por la puerta de la verja. Gritó, pero él no la oyó o no quiso oírla.

Lucie volvió a entrar, caminando muy despacio, y salió por la puerta de la cocina al jardín trasero, donde se sentó al pie de un

manzano. Nunca había visto a Seton tan furioso, y pensar en ello le helaba el corazón, le causaba un profundo dolor, porque ella era la culpable de todo. Tendría que decírselo, no había otra salida. No podía dejar que su matrimonio se destruyera de aquel modo, y menos por causa de un canalla como Rick Ravena.

Pero entonces, ¿y las esperanzas de Seton de ser parlamentario? Renunciaría a su candidatura, sabía que lo haría, pensaría que era lo más honorable. Con un gemido, escondió la cabeza entre las manos y se balanceó hacia delante y hacia atrás, llorando, presa de la angustia y la indecisión.

Seton no volvió hasta muy tarde. Lucie, que lo esperaba sentada en la escalera con los ojos fijos en la puerta, sintió un gran alivio al oír el coche. También sintió temor, porque por fin había decidido contárselo todo y rogaba a Dios que Seton la quisiera lo bastante como para perdonarla.

En cuanto Seton abrió la puerta y entró, corrió hacia él y le echó los brazos al cuello.

—¡Estaba tan preocupada por ti! Tenía miedo de que… —dijo, pero se interrumpió, al oler perfume de mujer en su ropa, un perfume que reconocía. Luego vio un cabello negro en el cuello de su camisa y restos de lápiz de labios en la boca—. ¿Dónde has estado? —dijo separándose de él.

—En el club de tenis —dijo Seton con voz ronca y sarcástica.

—Supongo que te has tropezado por casualidad con Anna.

Los ojos de Seton, fríos y grises como el mar, se fijaron en su rostro.

—Sí, estaba allí.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Y qué ha pasado entre vosotros? ¿Estaba Martin?

—No, estaba sola y se acercó —dijo Seton, cerrando la puerta, y con una mirada sardónica.

—¿La has llevado a casa?

—Sí, da la casualidad de que sí.

—¿Y tenías que darle un beso de buenas noches? —exclamó Lucie, sin poder contener su rabia.

—Se supone que somos amigos suyos y siempre le doy un beso al despedirme, igual que tú le das uno a Martin. ¿Ocurre algo? ¿Estás celosa? No me digas que para ti el pecado depende del pecador.

Lucie se puso pálida y su decisión de decírselo todo se esfumó.

—Ya te dije que no hay nadie más.

—Y yo te digo que no hay nada entre Anna y yo —dijo Seton riéndose con desprecio—. Pero a lo mejor me crees igual que yo te creo a ti.

—¿Mamá?

Sam apareció en lo alto de la escalera y Lucie subió hasta llegar a su lado. Después de volverlo a poner en la cama, Lucie comprobó que Seton se había acostado. Ella se metió en la cama, pero él no la abrazó, como solía. Estaban a unos centímetros, pero en mundos separados.

De algún modo, siguieron con sus vidas, aunque a Lucie le hacía falta cada vez más dinero. Si tía Kate hubiera vuelto, habría podido acudir a ella como último recurso, pero su tía estaba trabajando como profesora de inglés en un pequeño pueblo de Perú, lejos de cualquier parte, tal como le había dicho en una carta.

Seton, tal vez con la esperanza de arreglar las cosas, quería que fueran de vacaciones unos días, pero Lucie se resistía a ir, por miedo a que a la vuelta se encontraran con alguna carta o algún fax.

—No me siento bien, no quiero ir al extranjero.

—Bueno, pues nos vamos a algún lugar de Inglaterra —dijo Seton con impaciencia.

Lucie se mordió el labio.

—Estoy muy ocupada. No creo que podamos ir.

—¿O es que no puedes soportar la idea de estar lejos por si te pierdes alguna llamada telefónica o alguna cita secreta? —dijo Seton con sarcasmo—. ¿Se trata de eso, Lucie? ¿Te estás viendo con alguien?

—Ya te he dicho que no. Me gustaría salir, pero no dos semanas, eso es todo.

De modo que arreglaron las cosas para pasar unos días en la costa.

No fueron unas vacaciones agradables, Lucie estaba demasiado tensa como para relajarse. En la tercera noche, Seton quiso hacer el amor y Lucie sintió gratitud al ver que él todavía la deseaba y trató de responder, pero estaba tan tensa que no pudo. Seton, igualmente desesperado, por temor a perderla, se enfadó más todavía.

—¡Maldita sea! Supongo que te gustaría que fuera él. Con él sí quieres hacer el amor, ¿verdad?

—¡No, no! Es por el niño, tengo miedo de que le hagas daño.

—No me mientas. Aún quedan meses para eso. Con Sam no te pasaba eso. Pero este niño es especial, ¿no? Es suyo, ¿verdad?

Lucie se quedó con la boca abierta, luego, al cabo de unos instantes, le dio una bofetada.

El sonido de la bofetada resonó en toda la habitación y Seton sintió un escalofrío, no de dolor, sino de desesperación. Se levantó y se fue a la habitación contigua, donde dormía Sam.

A la mañana siguiente, Lucie se sentía débil y enferma, incapaz de levantarse de la cama.

Finalmente, volvieron a casa. Las vacaciones en las que Seton había insistido tanto con la esperanza de que sirvieran para su reconciliación sólo sirvieron para separarlos aún más.

Les invitaron a muchas barbacoas, que daban sus amigos. Se había convertido en una agradable costumbre en su círculo de amistades y, en el pasado, Lucie había sido de las primeras en invitar, pero aquel año esperaba fervientemente que acabara el buen tiempo antes de que llegara su turno, porque no tenía dinero para preparar nada.

Algunas veces, ir a las fiestas fue un alivio a sus problemas, pero otras, se sentía como una extraña; estaba sometida a tanta tensión que ver cómo la gente desarrollaba su vida normalmente la desconcertaba y entristecía. Bailar, divertirse, reír, le parecían entretenimientos olvidados y vedados para siempre, y sólo sentía envidia y resentimiento.

En la cuarta de aquellas barbacoas, Anna y Lucie se encontraron solas en el jardín de la casa. Lucie estaba sentada sola, pensando, como hacía muchas veces, en un modo de conseguir más dinero.

—¡Eh! —dijo Anna acercándose—. ¿Sigues aquí?

—¿Qué? Ah, perdona. Estaba pensando.

—Como de costumbre últimamente. ¿Te ocurre algo?

—No, claro que no —dijo Lucie con una sonrisa, y se enzarzó en una animada charla con su amiga, pero al cabo de unos minutos, volvió a perderse en sus pensamientos, mientras Anna le contaba una de sus muchas anécdotas.

La fiesta, duró mucho. Los hombres habían hecho la barbacoa y las mujeres se habían encargado de recogerlo todo. Los niños estaban dentro de casa, viendo un vídeo. En aquellos momentos, cuando el día declinaba en un largo y dorado crepúsculo, su anfitrión puso música y algunos empezaron a bailar. Seton se acercó y le tendió la mano.

—Es una de nuestras favoritas, ¿no?

—¿Sí?

Lucie no aceptó su mano ni se levantó. La terrible frialdad que había entre ellos no había desaparecido cuando volvieron de vacaciones. Aunque en lo más profundo de su corazón, Lucie odiaba que fuera así, de alguna manera, era más fácil enfrentarse a la

situación cuando estaba sola, cuando no tenía que fingir. No quería bailar con él porque eso significaba estar junto a él, sentir su calor y, para él, eso era el preámbulo del deseo, de modo que querría hacer el amor cuando volvieran a casa. Pero ella sabía que sólo conduciría a una gran decepción y a una nueva frustración, porque ella no era capaz de responder a aquel deseo y no se atrevía a enfrentarse a aquella situación otra vez.

—¿Quieres bailar? —repitió Seton con sequedad.

—No.

Seton apretó la mandíbula y la miró con dureza. Luego se dirigió a Anna.

—¿No vas a apiadarte de mí?

Anna se levantó inmediatamente, tomó su mano y lo acompañó riendo al lugar donde los demás estaban bailando.

Lucie los vio bailar, con un dolor sordo en el corazón. Sabía que su matrimonio se estaba rompiendo a pedazos pero aún le quedaba un hilo de esperanza: en septiembre, Sam tendría que empezar el colegio, en el que estaría todo el día, y ella podría buscar un trabajo a tiempo completo, lo que, esperaba, le diera el dinero suficiente para pagar a Rick Ravena, y así recuperaría la solvencia; tal vez entonces pudiera volver a dormir bien.

Anna y Seton parecían hablar mucho; los dos miraban en su dirección y supo que estarían hablando de ella. Se imaginaba la conversación. Anna le preguntaría a Seton si le ocurría algo a ella y Seton… ¿Qué le diría Seton? No era el tipo de persona que hablaba de sus problemas personales con terceros, ni siquiera si eran muy buenos amigos, pero había pasado por una situación muy difícil últimamente de modo que tal vez quisiera desahogarse con Anna.

Anna puso una mano en el cuello de Seton y se lo acarició. Eso, pensó Lucie con indignación, era llevar su simpatía demasiado lejos. Por otro lado, Seton tampoco la rechazaba. En realidad, sonreía, sin dejar de mirarla, concentrado en algo que le estaba diciendo.

Era un jardín muy grande, con manzanos y perales, árboles viejos de gruesos troncos y ramas cargadas, de grandes hojas. La pareja se alejó de ella bailando hacia el otro lado del grupo y luego desapareció detrás de los árboles.

Lucie esperó a que volvieran a aparecer, por detrás de los faroles chinos que rodeaban la pista de baile. Esperó durante diez agonizantes minutos, pero no aparecieron. Se levantó y caminó junto a la verja, al abrigo de las sombras, junto a un seto, hasta llegar a los árboles. Anna llevaba vaqueros blancos, así que sería fácil localizarla.

Al rodear el tronco de un árbol se detuvo de repente. El jardín daba a un campo abierto, separado de él por una cerca de madera. Seton y Anna estaban apoyados en la cerca y sus siluetas se recortaban contra el cielo dorado. Pero no miraban el crepúsculo, se miraban a los ojos. Lucie, inmóvil, vio que Anna echaba los brazos al cuello de Seton e inclinaba la cabeza para besarlo en la boca.

Esperaba que su marido la rechazara, pero, en vez de eso, debió abrazarla, aunque ella no podía distinguirlo, porque el beso prosiguió. Incapaz de soportarlo, Lucie se dio la vuelta y volvió corriendo hacia la casa, rozándose con algunas ramas en su ciega carrera. Sentía la más terrible desesperación, pero, en alguna parte, encontró el sentido que la hizo detenerse al llegar a la pista de baile.

Seton había dejado la chaqueta en el respaldo de una silla. Buscó las llaves y fue a buscar a Sam, tratando de aparentar la mayor tranquilidad. No estaba dispuesta a permitir que nadie viera el estado en que se encontraba. Había recibido el mayor golpe de su vida.

Sam estaba en el salón de la casa, sentado junto a los demás niños, concentrado en la pantalla de la televisión. No quería irse. Lucie, esforzándose por mantener la calma, se agachó y lo agarró por un brazo. Sam se opuso, se sentía demasiado mayor para que tuvieran con él aquella actitud, y menos delante de amigos. Pero Lucie se lo llevó del brazo, sin despedirse de nadie, porque no era capaz de hacerlo.

Condujo a toda velocidad, sin que la imagen de su marido y de su amiga besándose se le borrara de la mente, pero, afortunadamente, sólo había un par de kilómetros hasta su casa. Al entrar en su hogar y ver todas las cosas que amaba, todo lo que Seton y ella habían reunido a lo largo de los años, su desesperación aumentó. ¿Cómo se atrevía Anna a jugar con su marido? ¡Cómo se atrevía Seton a dejarla!

Metió a Sam en la cama, sin bañarlo y sin contarle un cuento, como acostumbraba. Sam guardó silencio y se limitó a mirar a su madre, que siempre era amable con él. Cuando Lucie lo dejó acostado y se fue, lloró en silencio.

Lucie bajó y se sentó en el sofá, a esperar a Seton, cada vez más furiosa.

Más de una hora después, oyó que un coche se detenía junto a la puerta y a dos personas que se despedían, deseándose buenas noches. Lucie se había llevado sus llaves, de modo que Seton se vería obligado a llamar al timbre. Y así fue.

Lucie tardó en abrir, porque después de una hora esperando, estaba todavía más furiosa. Cuando corrió el cerrojo, tuvo que apartarse para dejar paso a Seton, que la empujó con fuerza. Se quedó en el vano unos instantes, mirándola, luego pasó y cerró de un portazo.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó Seton—. ¿Lo has pensado bien antes de salir corriendo de la fiesta y dejarme allí?

Lucie había tenido miedo al ver la mirada furiosa de Seton, pero su propia furia no tardó en apoderarse de ella.

—¿Pensar en qué? ¿En lo que diría la gente? Me importa muy poco.

—No, ya veo —replicó Seton—. Ya veo que no te importo nada.

—¿Y por qué me ibas a importar?

Seton la miró fijamente y su actitud cambió, de la ira a la fría amenaza.

—¿Y eso qué significa?

—Oh, no te hagas el inocente —dijo Lucie apretando los puños — porque no te servirá de nada. ¿Cuánto tiempo dura ya?

—¿De qué demonios estás hablando?

—De tu lío con mi mejor amiga. Y no intentes mentirme, porque os he visto —dijo Lucie, con rabia y con dolor—. Te he visto besándola.

Seton pareció perder parte de su tensión.

—No, Lucie, no lo has visto. Lo que has visto…

—¡Mentiroso!

Seton, con una voz fría como el hielo, dijo:

—Supongo que debería alegrarme de que te importe lo suficiente como para que estés celosa. Después de cómo has estado actuando últimamente, empezaba a preguntarme si yo te importaba algo.

—Por supuesto que me importas —dijo Lucie con voz trémula.

—Tienes una forma muy rara de demostrarlo.

—Y tú también. Y todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Cuánto tiempo llevas acostándote con mi mejor amiga?

—¿Qué te importaría más, que yo te fuera infiel o que te traicione tu mejor amiga?

—Así que es verdad —dijo Lucie con voz rota.

De repente, Seton volvió a ponerse furioso y la agarró por los brazos.

—No, tonta, no es verdad. Por lo menos, no por mi parte. Aunque, Dios sabe que algo de calor y de comprensión no me vendría mal. No, Lucie, no te he sido infiel, de ningún modo, ni

siquiera con el pensamiento. He hecho votos de amarte hasta que muera y no importa lo que hagas, yo siempre seré fiel a ese voto —dijo, mirándola a los ojos—. Porque tú eres lo único que quiero, lo único que siempre he querido. No sé qué es lo que te pasa, lo que nos pasa, pero nada va a cambiar lo que siento por ti. ¿Lo entiendes?

Lucie asintió lentamente, pero frunció el ceño.

—Entonces era Anna.

Seton profirió una exclamación de impaciencia y la soltó.

—¿Cómo se ha atrevido? —dijo Lucie, recordando el beso, y que Seton no había rechazado a Anna—. Tú no la apartaste.

—Lo intenté —dijo Seton—, pero se abrazó a mí. Luego dejé que viera que yo no estaba interesado, pero sin hacer una escena.

Aquello debió tranquilizar a Lucie, pero no fue así.

—Supongo que te ha gustado besarla —dijo.

Seton recobró la mirada de furia que tenía anteriormente.

—No —le espetó a Lucie—. Los besos que me gustan son éstos —dijo y, agarrándola por los brazos, la besó con furia, con una fuerza que obligó a Lucie a echarse hacia atrás.

Lucie protestó, lo que sólo sirvió para que Seton la forzara todavía más. Lucie se sentía indefensa e impotente. Trató de darle una patada, pero Seton la levantó del suelo.

—¡No! —protestó, pero aquel hombre, que siempre la había tratado con ternura y con cariño, que, hasta entonces, siempre había entendido sus negativas, la echó sobre sus hombros y subió hasta la habitación. Lo iba golpeando en la espalda, pero Seton seguía imperturbable. Al llegar a la habitación, la dejó sobre la cama y fue a cerrar la puerta.

Lucie quiso levantarse, pero Seton se echó sobre ella.

—Si crees que voy a dejar que me toques después de besar a Anna, estás loco. Y si crees que…

—Me importa muy poco lo que tú pienses —dijo Seton y se sentó sobre Lucie, reteniéndola.

Durante algunos minutos se debatieron, rodando sobre la cama. Lucie le daba puñetazos, pero Seton era mucho más fuerte que ella. Ella nunca se había dado cuenta de su fuerza porque nunca la había utilizado contra ella. Pero cuando la agarró por el pelo, para volver a besarla, Lucie, con gran sorpresa para ella, se excitó, algo que no sentía desde hacía muchas semanas.

A pesar de ello, siguió luchando por soltarse. Seton trató de besarla una vez más, y, ella se propuso morderlo, pero al ir a hacerlo, al sentir sus labios, separó la boca y le echó los brazos al

cuello.

Se desnudaron frenéticamente y frenéticamente se echaron el uno en brazos del otro. Ni siquiera entonces se trataron con ternura, habían sucedido demasiadas cosas entre ellos. Seton la tomó como un hombre hambriento ante un banquete dispuesto ante sus ojos.

Lucie lo agarró por la cintura y se dejó llevar por él, perdiéndose en una plenitud física y un torbellino de sensualidad que no sentía desde hacía mucho tiempo, sumergiéndose en una espiral de deseo que ahogó sus preocupaciones y sus miedos.

Echó la cabeza hacia atrás y profirió largos gemidos de placer, arqueando el cuerpo para albergar el de Seton, que sentía tenso y duro. Cuando Seton alcanzó su propio clímax, su aliento se transformó en apresurados gemidos, mientras su corazón palpitaba con tanta fuerza que parecía que fuera a salírsele del pecho.

Abriendo los ojos, Lucie, sumida todavía en el placer de la unión, alzó una mano lánguida y le tocó el rostro. Seton tenía la cabeza echada hacia atrás y la respiración entrecortada, y al sentir que Lucie lo tocaba la movió para mirarla. Lucie esperaba ver su sonrisa, como siempre después de hacer el amor, que le dijera que era maravillosa y que la amaba, pero Seton tenía una expresión fría, sin el menor atisbo de ternura.

Seton se levantó y se dirigió al baño. Lucie oyó que abría el grifo de la ducha, mientras permanecía en la cama, desconcertada y confusa, preguntándose si Seton seguía enfadado con ella por haberse marchado de la fiesta sin él. Hizo un repaso de la discusión que habían tenido y recordó las palabras de Seton, al recordarle sus votos de matrimonio y de amor eterno y asegurarle que siempre sería fiel a su promesa.

Avergonzada y desolada, se dio cuenta de que apenas lo había escuchado, que estaba tan enfadada con él por lo sucedido con Anna que no pudo pensar en otra cosa. Él había hablado muy en serio, dando gran importancia a lo que decía, pero ella no había prestado atención a sus palabras. Por eso Seton se había puesto furioso, por eso se había levantado de la cama sin dirigirle la palabra.

Sopesando las palabras de Seton, Lucie entrevió veladamente que tal vez había sido una ocasión propicia para decirle la verdad, porque, de lo que sí se daba plena cuenta, era de que empezaba a ser imposible soportar sola aquella carga. Estaba a punto de perder los nervios y se sentía débil y enferma. Todo lo sucedido era culpa suya. Si no se hubiera negado a bailar con Seton, Anna no habría salido a la pista con él y luego no… ¿Qué excusa utilizaría Anna

para justificar el beso ante sí misma? ¿Que quería consolar a Seton?

La cuestión era cómo contárselo todo a Seton. Había mucho en juego, él tendría que dejar de lado demasiadas cosas, pero la seguía queriendo, tal como había dicho, y ella necesitaba su fortaleza, la misma que había demostrado aquella noche.

Se sentó en la cama, apoyando la espalda en el cabecero, y lo esperó. Tal vez no fuera demasiado tarde.

Cuando saliera del baño, trataría de hablar con él, llevarlo de nuevo al estado en que estaba cuando le había dicho que siempre la querría, que siempre sería fiel a sus votos de matrimonio. Y no sería difícil, no después del placer que habían compartido. Empezó a sentirse mejor al pensar que se libraría del peso que llevaba sobre sus hombros y empezó a ponerse impaciente, mientras lo esperaba. Oyó que se abría la puerta del baño, pero Seton se dirigió al piso de abajo para cerrar y apagar las luces. Volvió a subir al cabo de unos minutos, pero entonces oyó que se metía en el cuarto de invitados y cerraba con pestillo. Permaneció allí el resto de la noche.

Las vacaciones de verano terminaron y Sam ingresó en una escuela primaría de las afueras de la ciudad más cercana. Necesitaba uniforme, libros y equipo escolar, que costaban una fortuna. Seton, que se había convertido en un extraño, le dio un cheque, pero aun así, no tenía dinero para cumplir con el pago de las cien libras de Rick.

Sólo pudo reunir sesenta y cinco libras, de modo que le dejó a Rick una nota explicando la situación, diciendo que trataría de compensarlo en cuanto pudiera.

Durante algunos días estuvo sin noticias de él, aunque estaba en ascuas cada vez que sonaba el teléfono. Al cabo de un tiempo, empezó a sentirse más tranquila, con la esperanza de que Rick hubiera comprendido.

Un día, fue al colegio a buscar a Sam, pero le resultó muy difícil encontrar aparcamiento y sólo pudo aparcar a unos quinientos metros del colegio.

Cuando llegó a la puerta del colegio vio que los niños ya estaban saliendo y muchas madres ya se iban con ellos. Entró en el patio y, mirando por todas partes, comprobó con alivio que Sam todavía no había salido. Anna estaba allí, esperando a Adam. Le dirigió a Lucie una mirada de preocupación y parecía que tenía intención de decirle algo, pero Lucie le dio la espalda, no había olvidado ni perdonado.

Los niños seguían saliendo. Adam, que estaba en la misma clase de Sam, salió, exhibiendo un dibujo, y se marchó con su madre.

Cada vez salían menos niños, pero no había rastro de Sam. Quizá se hubiera quedado hablando con su profesora, pensó Lucie con una sonrisa. Le gustaba mucho el colegio. Esperó otros diez minutos, pero comenzó a inquietarse.

Ya no salían más niños, de modo que entró. La clase de Sam estaba al fondo del pasillo; se dirigió hasta ella. La profesora estaba aún allí, una chica de edad parecida a la suya, ordenando el aula, pero no había rastro de Sam.

Miró a Lucie con una sonrisa.

—¿Puedo ayudarla en algo? Es usted la señora Wallace, ¿verdad?

—Sí. ¿Dónde está Sam?

—¿Sam? Pero si su marido ha venido a buscarlo.

—¿Seton? —dijo Lucie con incredulidad.

—Sí, vino algo antes, para llevarse a Sam al dentista.

—¿Y no ha…? —Lucie se interrumpió, presa de un repentino pánico—. ¿Qué aspecto tenía? —dijo acercándose a la profesora y agarrándola del brazo—. El hombre que se ha llevado a Sam, ¿qué aspecto tenía?

—Bueno, era alto y moreno…

—¿Qué más? —dijo Lucie, estrujando el brazo de la pobre mujer.

La profesora frunció el ceño, luego recordó.

—Ah, ya. Tenía un tatuaje en la muñeca. Un águila o algún pájaro. Me acuerdo porque pensé que…

Pero Lucie ya se había marchado. Corrió hasta el coche, angustiada, llena de temor por su hijo.

Más pendiente de las aceras que de la carretera, Lucie condujo por el pueblo, por todas las calles cercanas al colegio, rogando a Dios que Rick hubiera ido a pie y pudiera encontrarlos. Si los encontraba, ¿qué haría? No lo sabía, lo único que sabía era que nunca en su vida había tenido tanto miedo.

—Por favor, haz que los encuentre. Por favor, que no le haga daño —balbucía, con los ojos llenos de lágrimas, que no dejaba de limpiarse con el dorso de la mano para poder ver. Su miedo era como un profundo dolor físico, y no podía pensar, no podía razonar, lo único que sabía era que debía encontrar a su hijo.

Agarró con fuerza el volante, al ver, en el otro extremo de una calle, a un hombre con un niño. Levantó el pie del acelerador y se acercó a ellos muy despacio, hasta llegar a su lado. No pudo evitar un frenazo, los frenos chirriaron y el hombre y el niño se giraron para mirarla, y ella vio, con desesperación, que el hombre no era

Rick y que el niño era algo mayor que Sam.

Un coche tocó el claxon detrás de ella y tuvo que proseguir la marcha, buscando, buscando. No había rastro de ellos. Rick debía de tener un coche. Seguramente, en esos momentos estaban a kilómetros de allí. Tenía que llamar a la policía. Se dirigió a su casa a toda velocidad y, al girar, en la curva de entrada, vio a Sam sentado en el escalón de la puerta.

Se bajó del coche apresuradamente y fue corriendo hasta él, estrechándolo entre sus brazos.

—¿Estás bien? ¿Estás bien?

El niño parecía asombrado y un poco perdido, pero no lloraba, así que no debía de haberle hecho daño.

—¡Oh, Sam, Sam! —exclamó abrazándolo, sintiendo un alivio sólo comparable al miedo anterior.

—Un hombre fue al colegio para traerme —dijo Sam, tratando de soltarse—. Me trajo en su coche, pero tú no estabas. Me dijo que te esperase. Has tardado mucho.

De repente, la furia desplazó al alivio.

—¿Por qué te has ido con él? ¿No te he dicho mil veces que no debes irte con extraños?

Sam trató de contener las lágrimas, pero no pudo.

—Me dijo que era tu amigo. Me dijo que tú le mandaste y me ha dado esto —dijo el niño, y sacó un sobre del bolsillo de su anorak.

Lucie se quedó mirando el sobre, pálida. Podía imaginar su contenido, pero lo abrió. Ya no le temblaban las manos, como habían hecho desde que saliera en busca de Sam.

La próxima vez me lo llevaré. Llévame el dinero que falta y cien libras más pasado mañana. Si no quieres que le pase nada al chico, y paga.

Lucie abrió la puerta y entró. Dejó que Sam viera la televisión, mientras se hacía un té, al que añadió brandy. Fue a sentarse al comedor, que daba al salón, para poder ver a su hijo mientras se bebía el té, muy despacio. El tormento que había sentido mientras buscaba a Sam todavía la abrumaba, pero también aguzó su razonamiento, porque se había dado cuenta de que debía pensar sólo en él. Y empezó a pensar objetivamente, tal vez por primera vez desde que Rick empezara a amenazarla.

Se daba cuenta de que Rick estaba arruinando no sólo su vida y la de Seton, sino que también afectaba a la de Sam. Y eso no podía permitirlo. De modo que sólo tenía tres alternativas. La primera era contárselo todo a Seton, pero eso no detendría el chantaje, Rick podía presionarlos a los dos, porque todavía tenía el recorte de

prensa con su fotografía o podía vender su historia a algún periódico o a los adversarios políticos de Seton, lo que arruinaría su carrera.

Se le ocurrió pensar que quizás el propio Rick quisiera que ella se lo contara a Seton, para poder así obtener más dinero. De modo que decírselo a Seton no era una solución.

La segunda alternativa era acudir a la policía, decírselo todo y confiar en ellos. ¿Si les decía que Rick había secuestrado a Sam, la ayudarían? Sí, encontrarían a Rick y lo meterían entre rejas. Pero antes de eso habría un juicio y todo saldría a la luz. Tampoco eso era una solución.

Había una tercera posibilidad. No tuvo que pensar mucho en ella, en el fondo sabía que era la única solución y tenía que llevarla a cabo cuanto antes, aquella misma noche, porque las sesiones de otoño habían comenzado y Seton no volvía hasta el viernes. Se acercó al teléfono y marcó el número de su suegra, para contarle otra mentira, lo que, después de haber dicho tantas, le resultaba muy fácil.

—Han entrado a robar en casa de tía Kate, pero ella está fuera y tengo que ir a ver qué ha pasado. ¿Te importa quedarte con Sam?

Obviamente, la madre de Seton estaba encantada.

—Puede que esté fuera dos o tres días, no estoy segura, así que, ¿puedes llevarlo al colegio? Pero, por favor, asegúrate de que puedes llevarlo y recogerlo —insistió Lucie.

—Claro, querida, no te preocupes.

Después de hacer una maleta y reunir algunos juguetes para Sam, Lucie lo llevó a casa de sus abuelos. Al despedirse de él volvió a abrazarlo con fuerza, y se marchó, tenía prisa, dijo, por llegar a casa de Kate. En realidad, lo que quería era ocultar su cara angustiada. De vuelta a casa, hizo un par de maletas y escribió una nota para Seton. Una nota muy corta, porque le temblaban las manos y no podía contener las lágrimas.

Necesito estar sola algún tiempo. Por favor, no trates de encontrarme.

Cuida de Sam.

Lucie.

La metió en un sobre y la puso en la mesita del recibidor, para asegurarse de que Seton la vería, luego abandonó su hogar, su vida, su felicidad y se marchó hacia un futuro incierto y que no deseaba.

Capítulo 6

Lucie pasó aquella noche en casa de tía Kate. Llegó tarde, a las once de la noche, demasiado tarde para llamar a sus suegros y preguntar por Sam. Pero sabía que estaba bien; era un niño muy sociable y quería mucho a sus abuelos. ¿Les comentaría que Rick había ido a recogerlo al colegio? Tal vez, pero ella se había enfadado con él por ese motivo, así que quizá no les dijera nada para no ganarse otra regañina.

Estaba exhausta, después del viaje y de todo lo que había ocurrido aquel día, pero no esperaba dormir. Tal vez haber tomado la decisión por fin, haber dado el único paso posible para librarse de Rick, le hubiera dado alguna paz, porque se quedó dormida en cuanto se metió en la cama y durmió profundamente por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Al principio, cuando se despertó, a la mañana siguiente, Lucie no se dio cuenta de dónde estaba, pero al recordarlo sintió una gran tristeza y desolación y lloró y sollozó con el corazón roto por todo lo que había perdido. Cuando se tranquilizó un poco, se le ocurrió que no era demasiado tarde, que podía volver a casa, destruir la nota y proseguir con su vida. Pero su vida se había hecho insoportable debido al daño que les estaba haciendo a las dos personas que más amaba en el mundo. Había tomado una decisión y debía seguir adelante con ella, de una vez para siempre. No podía haber vuelta atrás, ni debilidad, tenía que ser fuerte, por el bien de Seton y de Sam. Había disfrutado de cinco años maravillosos, perfectos, y ése debía de ser su consuelo para el resto de su vida.

Después de las ocho, llamó a los padres de Seton, habló brevemente con Sam, que estaba bien, y les dijo que tenía que quedarse en Derbyshire algunos días.

—Hay que hacer muchas reparaciones y la policía quiere que haga un inventario de todo lo que se han llevado —volvió a mentir.

Sus suegros comprendieron la situación y le dijeron que no se preocupara, para ellos era un placer estar con Sam. Al colgar se preguntó cómo se sentirían cuando Seton les hablara de la nota y se dieran cuenta de que tendrían que cuidar de Sam indefinidamente.

Después de la llamada, trató de concentrarse en su propio futuro. Le habría gustado quedarse en casa de tía Kate, pero sería el primer lugar en el que Seton la buscaría.

Porque la buscaría, de eso no tenía duda, a pesar de que le hubiera pedido que no lo hiciera. Tendría, se dijo con gran sentido de culpa, que haber escrito una nota más definitiva, diciendo que

no volvería, pero pensó que, sugiriendo que volvería, ganaría tiempo. Puede que Seton no hiciera nada al principio, esperando que volviera cualquier día. Sin embargo, sabía que Seton no aceptaría una simple nota como fin a su matrimonio.

De modo que tenía que irse antes de que Seton volviera a casa y encontrara la nota. Tenía que buscar un sitio para perderse, cambiar de nombre y de existencia. Porque no sería más que eso, existir, su vida se había acabado; ya no podía esperar nada.

Sacó un mapa de carreteras de una bolsa y decidió ir a Manchester. Era una gran ciudad, donde podía perderse con facilidad entre la multitud, y no estaba muy lejos. Allí encontraría algún lugar donde empeñar el resto de sus joyas, el reloj y el anillo que Seton le había regalado en el quinto aniversario de su boda, cosas que hasta entonces no había podido empeñar porque Seton se habría dado cuenta.

También pensó en empeñar su alianza de casada, pero le pareció una idea insoportable. Todo lo que necesitaba era suficiente dinero para vivir hasta encontrar un empleo. Y si para cuando ese dinero se hubiera acabado, todavía no tenía empleo, siempre le quedaba el coche. Era suyo, un regalo de Seton, un regalo de cumpleaños.

Aunque quería quedarse con él, porque en el fondo, tenía la esperanza de que, cuando estuviera muy desesperada, podría ir a ver a Sam, y tal vez a Seton, aunque eso sería muy arriesgado. Sin embargo, sabía que tendría que venderlo cuando naciera su hijo. Probablemente por todo el estrés que había sufrido, todavía no había señales de su embarazo, lo que al menos, pensaba, sería una ayuda a la hora de encontrar un empleo.

Salió hacia Manchester, deteniéndose a desayunar en un café de carretera, para dirigirse al norte de la ciudad.

Nunca había estado allí, y el tamaño de la enorme urbe la abrumó. ¿Por dónde empezaría a buscar un empleo?

Pasó junto a los edificios de la universidad y se detuvo junto a un pub. Estaba abierto y entró. Había, como suponía, muchos estudiantes. Se acercó a un par de chicas y les preguntó si sabían de algún alojamiento barato, o dónde podía encontrar información. Pretendía dar la sensación de ser una estudiante de cursos más avanzados.

Las chicas eran muy amables y la ayudaron, proporcionándole una larga lista de direcciones. Buscó los teléfonos en la guía y llamó. La mayoría de los sitios estaban ya completos pero encontró una casa con una habitación libre, que un estudiante había cancelado sólo un par de días antes. Afortunadamente, también

encontró una tienda de empeños.

La habitación era pequeña y el mobiliario barato y escaso, pero era bastante nuevo y todo estaba muy limpio. Había un lavabo, pero tendría que compartir el baño y la cocina. Sin embargo, se dijo, había encontrado algo, y eso la animaba. Al fin y al cabo, después de haber vivido en una celda durante casi tres años, aquella habitación era el paraíso. Comparada con la casa que acababa de abandonar, sin embargo, era terrible, pero no debía pensar en ello.

De manera que lo único que le quedaba por hacer era encontrar un trabajo. También tuvo suerte en eso. Como no tenía limitaciones de horario y podía empezar enseguida, encontró empleo como vendedora de chucherías en unos multicines. La empleada anterior había tenido que ausentarse para ser sometida a una operación de urgencia. Tendría trabajo durante al menos seis semanas.

El horario era muy incómodo, de dos de la tarde a diez de la noche, de lunes a viernes, pero a Lucie no le importaba en absoluto. Cuanto más tiempo trabajara, menos tiempo tendría de pensar. Era extraño, pensó, acababa de abandonar su casa, acababa de abandonar su vida, y empezaba a tener suerte. Tal vez las diosas del destino quisieran decirle que había tomado la decisión adecuada.

Tenía que luchar constantemente contra la tentación de llamar a sus suegros o a Seton. Por las tardes, en el trabajo, le era más fácil resistirse, a pesar de que era la mejor hora para llamar, pero la tortura que suponía pensar en Seton y en Sam era insoportable.

No podía olvidar a Seton ni un solo instante y cuando no estaba trabajando pasaba el tiempo imaginando lo que estaría haciendo. Imaginando lo que habría hecho al leer la nota, preguntándose cómo se sentiría. Sabiendo que su matrimonio se había convertido en un desastre, al principio trataría de ser comprensivo, pero luego, a medida que pasara el tiempo sin recibir una palabra suya, se impacientaría.

Y cuando eso ocurriera, saldría en su busca. Pero estaba utilizando un nombre falso y se sentía segura, tanto de Seton como de Rick. Y no sentir la amenaza de Rick era haberse quitado un gran peso de encima. Lo terrible era que ese peso se había alojado en su corazón.

En el trabajo, tenía media hora de descanso, que pasaba en una sala habilitada para el personal, donde leía el periódico, el mismo que Seton y ella solían comprar. Aunque tenue, era un lazo con su casa, y le gustaba recordar a Seton, hojeándolo durante el desayuno y leyéndole algún artículo que lo divertía o interesaba. Trataba de pensar en qué artículos le gustarían más aquel día. En su tercera

noche en Manchester, un anuncio en la sección de anuncios personales le llamó la atención: «L., cariño, por favor, vuelve a casa o llama. Te queremos y te necesitamos. S y S.»

Lucie se quedó mirándolo fijamente, sabiendo que iba dirigido a ella. Apretó los labios, tratando de contener las lágrimas. Nunca había imaginado que Seton fuera capaz de hacer algo así.

No tuvo más remedio que refugiarse en el baño. Seton debía de estar muy desesperado para hacer algo así, se dijo, con la mirada perdida frente al espejo. La gente sabría que lo había abandonado, verían aquel artículo y sabrían que era para ella. Tal vez Anna volviera a acercarse a él para ofrecerle «consuelo».

Contempló su rostro. Había perdido peso y estaba muy delgada. Pero su figura era bonita, así que no parecía demacrada, sólo pálida y frágil. Sus ojos, sin embargo, estaban oscurecidos, sin brillo, no podían disfrazar su infelicidad, su desesperación. Después de aquel día, no volvió a comprar el periódico.

Los multicines estaban en las afueras de la ciudad, de modo que se alegró de haber conservado el coche. Volver a casa en el autobús tan tarde habría sido un problema. Una noche, un par de días después de leer aquel anuncio en el periódico, vio por el espejo retrovisor un coche de policía que la seguía y le indicaba que se detuviera. Sorprendida, pero obediente, se paró en el arcén, pensando que se había saltado un semáforo sin darse cuenta, porque estaba pensando en otra cosa.

Dos policías uniformados se acercaron, uno a cada lado del coche. Lucie bajó la ventanilla y el que estaba a ese lado se dirigió a ella.

—¿Es usted la dueña de este coche, señorita?

—Sí. ¿He cometido alguna infracción?

—¿Tiene el permiso de matriculación del coche?

—Creo que sí, en algún sitio —dijo Lucie, rebuscando en el bolso.

—Su nombre, por favor —dijo el policía mientras ella seguía buscando.

—Joan Wilson —dijo Lucie, dándole sin pensar el nombre que estaba utilizando—. Ah, aquí está —dijo encontrando el permiso y dándoselo al policía.

—Y su permiso de conducir, por favor.

Lucie se lo dio.

El policía se acercó a la parte delantera del vehículo, para comprobar la matrícula, y volvió.

—¿Ha dicho que se llama Joan Wilson?

—Sí —dijo Lucie, y, de repente, se dio cuenta de lo que el policía sugería—. Oh, sé que no es el nombre del permiso, pero… verá… he decidido cambiar de nombre, pero no he tenido tiempo de cambiarlo en la matrícula.

—Comprendo —dijo el policía, pero parecía muy escéptico—. Tampoco es el nombre que figura en el permiso de matriculación —señaló.

—No, pero es mi coche.

—¿Y Seton Wallace es otro de sus nombres? —preguntó el policía con ironía.

—No, ese… es el nombre de mi marido. Él me regaló el coche.

—¿De verdad? Puede que le interese saber que han denunciado el robo de este coche.

—¡El robo de este coche! —exclamó Lucie perpleja—. No puede ser. Quiero decir, es mío.

—¿Puede salir del coche, por favor?

Lucie lo hizo, lentamente.

—La arresto bajo sospecha por el robo de este coche.

—¡No puede ser!

Lo hicieron, y todo lo que siguió fue una pesadilla. La llevaron a la comisaría y la metieron en una celda. No pudo evitar recordar todo lo que había ocurrido hacia ya tantos años. La celda tenía el mismo aspecto, incluso el mismo olor, a desinfectante y a miedo.

Se sentó en el catre, muy rígida y con las manos entrelazadas sobre el regazo, tratando de no pensar en el pasado, y esperando. Sabía lo que había pasado, sabía que Seton había denunciado el robo del coche en un intento desesperado por encontrarla. Y él no sabía, por supuesto, lo traumático que era para ella que la metieran en una celda o lo nerviosa que se ponía al hablar con un policía de uniforme. Todo el propósito de su huida era que él nunca llegara a saber cosas como ésas.

Se le escapó una risotada burlona; ella creyendo que era tan lista como para desaparecer sin dejar huella y a Seton le había resultado facilísimo encontrarla, sólo al cabo de unos pocos días. Tendría que haber vendido el coche y comprado uno nuevo, pero era demasiado tarde, Seton la había encontrado y exigiría una explicación. ¿Qué podría decirle?

Seton llegó a la mañana siguiente. Lucie había permanecido tranquilamente en su celda, negándose a desayunar y no miró cuando se abrió la puerta.

—Puede salir —dijo un policía.

Lucie lo siguió hasta un despacho, donde esperaba Seton. Lucie

lo miró durante un breve instante, pero le dio un vuelco el corazón al ver su profunda mirada, mezcla de rabia y alivio, de esperanza y resentimiento.

—¿Confirma que esta mujer es su esposa, señor? —le preguntó un policía en ropa de paisano.

—Sí.

—¿Confirma que retira los cargos contra ella?

—Sí.

—Muy bien, aquí están las llaves de su coche.

—Gracias, muchas gracias por su ayuda.

El policía de paisano asintió, miró a Lucie, y le devolvió el bolso.

—Puede usted marcharse, señora Wallace.

De repente, Lucie tuvo miedo y miró al policía con mirada suplicante, luego agachó la cabeza, sabiendo que era un intento inútil.

Pero Seton había visto aquella mirada y su expresión se endureció. La agarró por el brazo con tanta fuerza que le hizo daño y la llevó así hasta el coche.

—¿Dónde estás viviendo? —preguntó con brusquedad, empujándola al interior del coche.

Cuando llegaron a la casa, Seton paró el coche y la miró.

—¿Estás sola?

—Sí, claro.

—Dame las llaves.

Lucie se las dio, y al salir, Seton volvió a llevarla del brazo. La casa estaba en silencio, vacía, todos los inquilinos debían de estar trabajando o en la universidad. Seton abrió la puerta de su habitación y dejó escapar un suspiro al comprobar su sencillez, su pobreza, el único adorno era una fotografía suya y de Sam. Empujó a Lucie al interior y cerró la puerta. Lentamente, Lucie se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Y bien? —dijo Seton—. ¿No tienes nada que decir, ninguna explicación que dar por irte y abandonarnos?

Lucie tragó saliva.

—Por favor, no me hagas esto, deja que me vaya.

Seton la agarró por los hombros.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? ¿Cómo te atreves? ¿Puedes imaginar lo que han sido estos días para mí? Casi me vuelvo loco y Sam ha llorado todas las noches. ¿Puedes imaginarlo? ¿Puedes imaginarlo? —dijo y la apretó con fuerza—. ¿Por qué te fuiste?

Lucie agachó la cabeza, tratando de pensar en algo que decir.

—¡Maldita sea, Lucie! ¡Mírame!

Al mirarlo, Lucie se dio cuenta, por primera vez aquel día, de cuánto había cambiado su rostro. La separación también había supuesto para él un alto precio. Tenía ojeras, una mirada que nunca le había visto y los labios fruncidos.

Le rompió el corazón.

—Lo siento —susurró—, lo siento mucho.

—¿Lo sientes? ¿Es eso todo lo que tienes que decir? Pues no es suficiente. Quiero saber por qué, por qué te fuiste sin decir una palabra. ¿Hay otra persona? Tienes que decírmelo.

—No.

—Entonces, por Dios Santo, ¿por qué? Está bien, sé que las cosas no iban muy bien entre nosotros, pero, ¡dejar a Sam! ¿Cómo puedes ser tan despiadada?

Lucie se quedó inmóvil, incapaz de decir nada, con los ojos enormes y el semblante ceniciento.

—¿Cómo está Sam? ¿Está bien?

—No, claro que no está bien. Te echa mucho de menos y no puede entender por qué lo has abandonado, por qué no estás en casa —dijo Seton, y con una exclamación se alejó de ella, para pasearse por la habitación—. ¿Dónde está tu maleta?

Lucie empezó a temblar.

—¿Por qué?

—Porque nos vamos a casa, por eso.

—No, por favor.

Seton abrió el armario y la miró.

—Nos vamos a casa.

—No, no puedes obligarme —dijo Lucie, elevando el tono de voz.

—¿No puedo? —dijo Seton, y se acercó. Le puso a Lucie la mano en el cuello—. Nos vamos a casa y vamos a solucionar este asunto como dos personas civilizadas. Por el bien de Sam. ¿Lo entiendes? —dijo apretándole el cuello—. Ahora es lo único que importa y no voy a permitir que su vida se eche a perder. Pase lo que pase entre nosotros, no pienso permitir que siga así ni un día más.

Lucie apartó la mirada y cerró los ojos un instante. Luego asintió lentamente, sabiendo que nada lo detendría.

—¿Dónde está tu maleta?

—Debajo de la cama.

Seton la sacó y le dijo que hiciera el equipaje. Al terminar, Lucie puso en la maleta la fotografía, con cuidado de que no se rompiera. Luego se acercó a la cama y buscó algo debajo de la almohada.

—¿Qué es eso?

Lucie no respondió, de modo que Seton se acercó para ver qué era.

—¿Mi sudadera? ¿Por qué la has traído?

Lucie no se atrevió a decirle que dormía agarrada a ella cada noche, hundiendo en ella la nariz para embeberse de su olor. La metió en la maleta y cerró ésta a continuación.

—No tenías que haber venido. Tenias que haberme dejado marchar.

—¡Nunca! Así, nunca —dijo Seton haciéndose cargo de la maleta —. ¿Debes algo aquí?

—No.

—Pues vámonos.

Pero Lucie vaciló.

—Tengo un empleo, debería decírselo.

—Puedes llamarles desde casa. Vámonos —dijo Seton y volvió a agarrarla del brazo para llevársela.

Fue un largo camino hacia el sur. Las carreteras estaban atestadas de coches, de modo que Seton tenía que ir muy concentrado en la conducción. Lucie se alegró, porque no quería hablar, ni siquiera hacer más preguntas acerca de su hijo. Pesaba sobre ella la sensación de lo inevitable. Era como si no le estuviera permitido salvar a las personas que quería de las consecuencias de su pasado. El destino estaba siendo muy cruel con ella, favoreciéndola primero para arrojarla a lo más hondo después. No era justo, un error de juventud no merecía un precio tan caro.

Cerró los ojos, tratando de olvidarse de todo, tratando de olvidar lo que les pasaría cuando llegaran a casa. Finalmente, se quedó dormida, lo que no era extraño, pues había pasado toda la noche en vela.

Al salir de la autopista y detenerse en un semáforo, se despertó. Tenía la cabeza apoyada en el asiento, vuelta hacia Seton, y cuando abrió los ojos, sorprendió el gesto de Seton, lleno de desesperación y de dolor. Pero éste, al ver que Lucie lo miraba, cambió por completo, y su rostro se convirtió en una máscara inescrutable. Lucie se incorporó lentamente y se quedó mirando por la ventanilla.

Pasaban por calles muy familiares para ella y finalmente llegaron a su casa. Le resultó muy extraño volver a entrar en su casa, ver los objetos que tanto amaba. Se sentía igual que si hubiera pasado años fuera, en lugar de unos pocos días. Se detuvo a ver un cuadro, a tocar un adorno, e iba sintiendo un gran placer.

Después de cerrar la puerta, Seton dejó la maleta en el suelo y observó a Lucie, dándose cuenta de la nostalgia que sentía, lo que le

dolió mucho.

—¿Por qué demonios te fuiste? —preguntó, con voz rota.

Lucie se quedó inmóvil, y se volvió para mirarlo.

—Porque tenía que hacerlo.

—¿Sin ni siquiera tratar de arreglar las cosas? ¿Tan incompatibles nos hemos vuelto que ni siquiera podemos comunicarnos?

Lucie apartó la mirada y fue a quitarse el abrigo y a sentarse en el salón. Estaba limpio, sin polvo, ni juguetes en el suelo. El único rastro de Sam eran un par de libros que había sobre la mesita. Los giró para mirar la portada con cariño.

—¿Tu madre ha estado aquí encargándose de la casa?

—Sí —dijo Seton, secamente—. ¿Tu comentario implica que podría haber sido otra persona? ¿Sigues enfadada con Anna? Dios mío, no me digas que se trata de eso —dijo Seton, lleno de rabia.

—¡No! ¡Claro que no!

—¿Entonces?

Lucie se remangó las mangas del suéter. De repente, tenía frío, y quiso frotarse los brazos.

—Lo siento, pero no puedo decírtelo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Por favor, no sigas, Seton. No puedo decírtelo.

Seton se puso furioso.

—Echas a perder nuestras vidas, me vuelves loco de preocupación y luego tienes la temeridad de decir que no puedes decirme por qué. Dios mío, Lucie, ¿cómo puedes hacernos esto? ¿Cómo puedes ser tan cruel?

—No lo soy. Quiero decir, no quiero hacerte daño deliberadamente —dijo Lucie y cerró los puños, apoyándolos en las sienes—. Oh, ¿por qué has tenido que seguirme? Te rogué que no lo hicieras.

—¿De verdad esperabas que me quedara ahí sentado viendo cómo se destrozaban nuestras vidas? Te marchaste de aquí sin dar ninguna explicación y…

—Te dejé una nota.

—Sí, tan breve que me parecía un insulto —espetó Seton—. Y ni siquiera has llamado, supondrás lo preocupado que estaba. Puse un anuncio en el periódico, esperando que lo vieras. ¿Lo viste?

Lucie no respondió, pero Seton se acercó a ella, poniéndole las manos sobre los hombros.

—¡Lo viste! —exclamó con desprecio—. Nunca hubiera creído que pudieras ser tan cruel. Sea lo que sea lo que nos va mal, lo que

tú creas que yo he hecho, no me merezco esto.

—Oh, pero no se trata de algo que tú… —dijo Lucie, y se interrumpió—. No es culpa tuya, claro que no. Se trata de mí. Necesitaba irme, estar sola.

—¿Y por qué no fuiste a casa de tu tía?

—Porque habrías ido a buscarme. Porque habríamos tenido… esta discusión mucho antes —dijo y se calló un instante—. ¿Crees que me habría ido dejándote aquí y dejando a Sam si no hubiera estado completamente desesperada? Tenía que irme. Y, si lo hubieras pensado, si hubieras pensado en mí, habrías respetado mis deseos y me habrías dejado en paz.

—Yo sabía que las cosas no iban bien —dijo Seton con rabia contenida—. Sé que las cosas no iban bien, que iban cada vez peor desde hace algunos meses, pero decir que estabas desesperada… No te entiendo, Lucie —dijo Seton, y trató de sacudirla por los hombros otra vez—. ¡Tienes que decirme qué pasa, tienes que decírmelo! ¿Es que no te das cuenta?

—¡No puedo! Maldita sea, Seton. Déjame en paz —gritó Lucie.

Seton se quedó mirándola, con la mandíbula apretada y los puños cerrados, tratando de contener su furia. Se dirigió a la bandeja de las bebidas y se sirvió un whisky.

—¿Quieres uno?

Le temblaban las manos, por la rabia que sentía.

—No, no, gracias.

Seton dio un largo trago y pareció calmarse un poco. Le dio la espalda a Lucie durante al menos un minuto, jugando con el vaso entre los dedos. Cuando la miró, sus ojos tenían una expresión distinta, especulativa, casi calculadora.

—La policía me dijo que estabas utilizando otro nombre; ¿por qué si lo único que querías era estar sola unos días?

Lucie se alegró de ver que se había tranquilizado.

—Porque sabía que así te sería más difícil encontrarme.

—Así que sabías que iba a ir a buscarte.

—Sí —dijo Lucie acercándose a un sillón y dejándose caer en él. Quería estar sola para pensar en qué podía hacer. Rick debía saber que se había marchado. Al no dejar el dinero, habría tratado de ponerse en contacto con ella y entonces habría sabido que se había ido, que había huido de él. Con suerte, tardaría en buscarla algún tiempo, de modo que tal vez tuviera una semana, pero luego seguiría de chantajeándola. Quizás pudiera volver a huir, con más éxito esa vez.

Había cerrado los ojos momentáneamente y al abrirlos vio a

Seton a su lado, inclinado sobre ella, apoyado en los brazos del sillón. Lucie giró la cabeza, como si tuviera miedo de que hubiera sorprendido sus pensamientos.

Pero Seton seguía su propio tren de pensamiento.

—Sí, debías haber sabido que si me hubieras pedido tiempo, si hubiéramos hablado racionalmente, habría hecho lo que me hubieras pedido. Podrías haber ido a casa de tu tía y nadie se hubiera preocupado tanto por ti. Así podrías haber hablado por teléfono con Sam, tener toda la paz que hubieras querido. Y probablemente así no habrías sufrido tanto como yo.

»A lo mejor, sólo querías preocuparme, por lo de Anna, pero no sueles ser tan irracional, ni tan cruel, y menos con Sam. Así que he pensado que tal vez no huías de mí —dijo Seton, con un involuntario respingo—. Sí, tengo razón. ¿Quién es, Lucie? ¿De quién huías?

—De nadie. Te equivocas. Me asombra que llegues incluso a…

Seton la agarró por las muñecas.

—¡No me mientas! ¡Sé que hay alguien! —exclamó Seton, y presa de la furia se dirigió a la mesa de su despacho—. ¿Tiene algo que ver con esto? ¿Tiene algo que ver?

Le echó en la cara un puñado de papeles. Lucie los recogió y los fue leyendo, lentamente. Estaban sin firmar, pero era evidente que eran de Rick. Un fax decía: «Hoy no he recibido nada. Espero a mañana». También había una carta, dirigida a ella pero que Seton había abierto: «No juegues conmigo. ¿Quieres que vuelva a tu casa? ¿O quieres que vaya a buscar a Sam como la otra vez?»

Luego había varios mensajes manuscritos de Seton, que debía haber anotado del contestador automático. Todos los mensajes, de nuevo, eran ambiguos. Ninguno de ellos abiertamente amenazador. Rick había sido muy cuidadoso, por si Seton los interceptaba.

Lucie trató de tranquilizarse, de no dejar traslucir sus pensamientos, pero estaba muy pálida y le temblaba la mano cuando dejó los papeles sobre la mesita.

—¿Y bien? ¿Tienes alguna explicación? —exigió Seton—. ¿De quién son?

Lucie negó con la cabeza.

—No… están firmados, ¿cómo voy a saberlo? —dijo, y profirió un ahogado quejido, porque Seton la apretaba por las muñecas y le estaba haciendo mucho daño.

—¡Maldita cobarde y mentirosa! Son del mismo hombre que te mandó las flores. Te estabas viendo con otra persona, te estabas acostando con él, desde hace meses, desde que empezaste a cambiar

—dijo Seton, su voz y su rostro daban muestras del más profundo dolor y desprecio.

—Pero no es…

—¡No me mientas! ¡No me insultes diciéndome más mentiras! —exclamó Seton con una mueca de angustia—. Me has mentido desde el principio, ¿verdad? Me hiciste creer que estabas enferma cuando, en realidad… —se interrumpió, retrocedió unos pasos y tiró el vaso contra el suelo.

—Oh, Seton, no, por favor —dijo Lucie, y empezó a llorar, porque no podía soportar verlo sufrir tanto—. Por favor —suplicó, y se levantó. Trató de tocarle el brazo, con la intención de consolarlo.

Pero él la apartó. Estaba a punto de estallar y sólo con un supremo esfuerzo de voluntad fue capaz de controlarse. Cuando miró a Lucie de nuevo, sus ojos estaban llenos de un frío desprecio.

—¿Te has acostado con él?

Lucie retrocedió, desolada, sin saber qué decir.

—Ya veo —dijo Seton, interpretando su silencio como una respuesta afirmativa. Luego soltó una carcajada, que hizo añicos el corazón de Lucie—. Pero también huiste de él. ¿Por qué. Lucie? ¿No te decidías por ninguno de los dos? ¿Tan difícil era saber quién de los dos es mejor en la cama? —dijo Seton, dominado por el odio y la cólera—. ¿O es que tenías remordimientos? Qué cobarde eres —dijo, y soltó otra carcajada—. Demasiado cobarde para decirme la verdad y demasiado cobarde para comprometerte con otro. Ahora comprendo por qué huiste, era lo más fácil, ¿no? Y te importaba un bledo el infierno por el que Sam o yo pudiéramos pasar. Dios, casi siento pena por ese hombre, sea quien sea, si es que realmente le importas. No eres más que una zorra barata.

Lucie retrocedió igual que si le hubiera dado un puñetazo. Tuvo que agarrarse a una silla para no perder el equilibrio. Todo había terminado; Seton había terminado con todo, porque ya nunca la querría a su lado, no después de aquella noche.

Ella había tratado de irse, pero aquella noche era Seton quien la echaba, pediría el divorcio y ella no volvería a verlo nunca más. Pero debía estar contenta, había conseguido lo que estaba buscando. Sam y él podían construir una nueva vida. Y no habría ningún escándalo, ninguna desgracia. Seton podría hacer lo que quería, llegar a la cumbre, si tenía suerte.

Y eso era también lo que ella quería, ¿o no? Era trágico que la hubiera encontrado y que hubieran pasado por aquello, pero, de otro modo, nada había cambiado. Sam y él se habían librado de todos los años de infelicidad que les hubiera deparado seguir con

ella. De modo que por qué sentirse desolada, por qué se sentía como muerta en su interior. Sin embargo, todavía no habían terminado; tenía que asegurarse de matar cualquier sentimiento que a Seton le pudiera quedar.

—De acuerdo, ya lo sabes. Lo admito. Me fui para pensar, para decidir con quién quería quedarme.

—¿Y todavía te crees que tienes elección? —dijo Seton con sarcasmo.

—Ya había decidido antes de que me encontraras —dijo Lucie, y respiró profundamente, pero evitó mirar a Seton—. Había decidido dejarte y marcharme con él.

Hubo un largo y pesado silencio. Lucie agachaba la vista, sin querer ver el daño que había hecho. Lo quería tanto, tanto. Cuando el silencio empezaba a ser insoportable, Lucie recogió su chaqueta y se la puso, y se dirigió al recibidor para marcharse.

—¿Dónde te crees que vas?

—No creo que quieras que me quede. Me voy y…

—¡No! —gritó Seton, y la miró como si fuera capaz de matarla —. Te traje también para que Sam te viera y te vas a quedar aquí hasta que vuelva a ser feliz, hasta que sepamos qué vamos a hacer, pero no vas a hacerle más daño.

Lucie lo miró con temor.

—Pero no puedo quedarme. ¿Me oyes? No puedo quedarme.

Seton se acercó a ella con la intención de echarle las manos al cuello, como si quisiera estrangularla, pero antes de que la tocara sonó el timbre de la puerta y los dos se sobresaltaron. Durante un instante se miraron, y el timbre volvió a sonar. Al cabo de unos segundos, Seton fue a abrir.

—¡Mamá, mamá! —dijo Sam, que entró corriendo para echarse en brazos de su madre, que lo levantó, lo abrazó y lo besó, sin dejar de llorar y de reír—. He visto tu coche y sabía que estabas en casa —dijo el niño y comenzó a sollozar—. Por favor, no te vayas, no te vayas.

Lucie le dio un beso y murmuró palabras cariñosas. Luego se lo llevó al piso de arriba, dejando a Seton con su madre, que había traído a Sam del colegio, nadie se había percatado de que un coche que estaba aparcado en la acera de enfrente arrancaba y se marchaba en aquellos momentos.

A la mañana siguiente, Lucie estaba en la cocina con Sam y sonó el teléfono. Sam corrió a responder.

—Dígame. Sí, sí está. Es para ti, mamá.

Lucie miró el auricular y la voz que habitaba todas sus pesadillas

sonó al otro lado del hilo telefónico, con profunda satisfacción.

—Así que has vuelto.

Capítulo 7

La noche anterior, Lucie había pasado el mayor tiempo posible con Sam. Había jugado con él en su habitación, hasta que Seton llegó para decirles que la cena estaba lista. Temiendo que la madre de Seton siguiera allí, Lucie había bajado de mala gana, pero al comprobar que se había marchado, respiró tranquila. A lo largo de su matrimonio había llegado a querer a sus suegros, pero no podía enfrentarse a ninguna recriminación aquella noche, ni a sus miradas de reproche.

Pero su suegra no estaba y fue Seton el que hizo la cena. Sam, emocionado con la vuelta de su madre, monopolizó la conversación. Seton permaneció en un silencio casi absoluto, con el gesto adusto, masticando eternamente cada bocado, mientras Lucie concentraba su atención en su hijo y evitaba cruzar cualquier mirada con Seton. Después de la cena, fregó los platos y se entretuvo haciendo otras cosas en la cocina, aunque en realidad no hacía falta; la nevera y los armarios estaban bien provistos; la madre de Seton había cuidado bien de ellos.

Cuando no pudo encontrar más excusas para retrasar el momento, se dirigió al salón. Seton estaba sentado en su sillón favorito, tamborileando los dedos monótonamente, mientras Sam veía una película de vídeo. Siempre había sido un momento muy agradable del día, la hora después de la cena antes de que Sam se fuera a la cama, pero Seton le dirigió una mirada recriminatoria, sabiendo que ella se había estado entreteniendo en la cocina, y el aire estaba lleno de tensión. A las ocho y media, Seton dijo:

—Hora de irse a la cama, Sam.

Sam, obediente, apagó el vídeo y se acercó a Lucie.

—¿Me acuestas, mamá?

—Sí, claro.

Lucie subió a bañarlo y acostarlo, luego se tumbó a su lado, como siempre hacía, para leerle un cuento. Pero aquella noche Sam no parecía muy interesado en la historia, aunque escuchó sin interrumpir. Cuando Lucie terminó, retuvo su mano.

—¿Me prometes que no te vas a ir otra vez, mamá, me lo prometes?

Había tanta preocupación en su voz y en su expresión, que a Lucie le dio un vuelco el corazón. Con gran pesar, sin embargo, sólo podía darle una respuesta.

—Es muy difícil hacer una promesa como ésa, Sam.

Sam empezó a llorar y ella fue a abrazarlo, pero el niño la

rechazó. En ese momento, Seton entró en la habitación y, con una exclamación de desprecio hacia ella, levantó en brazos a su hijo.

—No te preocupes, hijo mío. Yo estoy aquí, no te preocupes.

Era una escena, pensó Lucie, que debía de haber tenido lugar a menudo las noches en que estuvo fuera. Lucie se levantó y fue a acariciar a Sam, a besarlo.

—¡No! ¡Vete! —gritó el niño, y ocultó el rostro en el hombro de Seton.

Dejándolos juntos. Lucie se dirigió a su habitación, pero se dio cuenta de que ya nunca sería bienvenida en aquel lugar, de modo que fue al cuarto de invitados y se sentó en la cama. Pasó algún tiempo antes de que Seton saliera del cuarto de Sam, y al hacerlo, inmediatamente fue a buscarla a la habitación de matrimonio. Luego, Lucie oyó sus pasos apresurados hacia el cuarto de invitados. Abrió la puerta de un golpe y sintió un evidente alivio al verla allí.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Lucie se irguió.

—Voy a dormir aquí.

Seton se encogió de hombros.

—Como quieras, pero tenemos que hablar.

—Esta noche no, por favor, estoy muy cansada.

Seton también parecía exhausto, de modo que no insistió.

Lucie se desvistió y se metió en la cama, pero no podía dormirse. Sentía una enorme angustia, no podía dejar de pensar en el modo en que Sam la había rechazado. Oyó a Seton deambular por su habitación y se preguntó si sufría tanto como ella. Dos horas más tarde, saltó de la cama, se acercó a la puerta de Sam y entró en su habitación. La luz nocturna estaba encendida y gracias a ella pudo comprobar que estaba dormido, agarrado a uno de sus juguetes favoritos, uno que ella pensaba que había tirado hacía ya años. Qué inseguro debía sentirse para recurrir a él de aquel modo.

Notó un movimiento a sus espaldas y se dio cuenta de que Seton la había seguido. Estaba asomado a la puerta, con una expresión muy seria.

—¿Cómo puedes hacerle esto?

Se refería a los dos, pensó Lucie, pero sólo pudo responder negando con la cabeza.

—Lo siento.

Volvió a su habitación y pasó la noche como pudo. Se levantó muy temprano a la mañana siguiente. Esperaba que Seton fuera a trabajar, pero bajó en vaqueros. Lucie lo miró con incertidumbre.

—¿No vas a trabajar?

—No. He pedido unos días.

Seton no hizo más comentarios, pero Lucie sabía que debía de ser muy duro para él. Era muy trabajador y odiaría dejar de lado a sus clientes.

—¿Quieres algo de desayuno?

—Ya me lo hago yo.

—Oh, no, deja que…

Los dos fueron a abrir la puerta del frigorífico y chocaron. Seton le puso una mano en el brazo para sostenerla y durante un momento se tocaron. Lucie vio un brillo de emoción en sus ojos al mismo tiempo que ella sentía un temblor de emoción y deseo. Sentir su cuerpo, el olor de su loción de afeitar… la llenaba de un deseo casi incontrolable. Lo deseaba, lo necesitaba.

—¿Lucie?

Ella levantó la cabeza para mirarlo a los ojos y supo que él se había dado cuenta de lo que estaba sintiendo.

—Perdona —dijo, apartándose de él, pero Seton no la soltó—. Suelta —dijo con una voz llena de tensión.

Pero Seton no era la clase de hombre que deja pasar por alto algo así y la miró con rabia. Fue Sam quien la salvó, corriendo hacia la cocina para asegurarse de que seguía allí.

Desayunar juntos le pareció una actividad emocionante y no pudo evitar que le temblaran las manos. Lo ocultó como pudo, pero sabía que Seton no le quitaba ojo de encima.

—¿Quieres que te vista para ir al colegio? —le dijo a Sam, que seguía en pijama.

—No quiero ir al colegio —dijo Sam agarrándose a la silla con fuerza, y su mirada fue la misma que tenía Seton cuando fue a buscarla a la comisaría: de desconfianza y preocupación.

—Pues entonces nos quedaremos los dos en casa —dijo Seton—. ¿Qué quieres que hagamos?

Sam miró a Lucie.

—¿Mamá viene con nosotros?

—Claro —dijo Seton.

—¿Podemos ir a alquilar otra peli?

—Sí, pero esta tarde —dijo Seton—. Así que por qué no vas a vestirte y vamos a limpiar las hojas del jardín.

Cuando el niño se fue, Lucie supo que iban a comenzar las preguntas, pero Seton, en vez de eso, se levantó.

—Tengo que hacer unas llamadas y escribir unas cartas.

Se dirigió a su estudio y se encerró en él.

Sam volvió a bajar, parecía haber perdido todo el resentimiento

de la noche anterior y estaba tan contento como siempre. Lucie pensó que le gustaría hacer galletas en el horno, como habían hecho tantas veces, e hizo una masa. Cuando estaban haciendo las galletas con unos moldes, lo que a Sam le gustaba más, sonó el teléfono y el niño corrió a responder antes de que ella pudiera adelantarse.

Al oír a Rick, Lucie no pudo articular palabra y sintió una gran desesperación al darse cuenta de que sabía que estaba allí sólo al cabo de un día de su vuelta.

—Pensabas que podías librarte de mí, ¿verdad? —dijo Rick y se echó a reír. Su risa era el sonido que Lucie más odiaba en el mundo —. Vas a tener que pagar por ello.

—No tengo bastante dinero… —dijo Lucie en voz baja, para que Sam no pudiera oírla, pero Rick la interrumpió.

—Estoy harto de la miseria que me das. Eso no es nada, casi no merece la pena para las molestias que me tomo —dijo Rick, a Lucie se le heló el corazón—. Y me vas a ayudar a conseguir más.

—¿Ayudarte?

—Sí. Vas a venir a hacer un trabajito conmigo.

Era evidente a qué clase de «trabajito» se refería Rick.

—¡No! No quiero.

De repente, le arrebataron el auricular.

—¿Es él? —dijo Seton, y cuando ella asintió, demasiado desconcertada para negarlo, gritó—: Maldito bastardo, deja en paz a mi mujer —dijo—. Sam, sal a jugar al jardín, por favor.

Se quedó mirando a Lucie a los ojos, sosteniendo su mirada, mientras Sam, sensible a la tensión que existía entre ellos, hizo lo que le decían.

En cuanto oyó que se cerraba la puerta del jardín, agarró a Lucie por la muñeca.

—¿Estabais haciendo planes para irte con él? ¡Dímelo! —dijo. Lucie no podía hablar, pero no importaba, porque Seton, presa de la furia, no la habría escuchado—. Porque no voy a dejar que te vayas. ¿Pensabas que iba a dejar que te fueras sin luchar? ¡Eres mi mujer! —dijo, e hizo una mueca—. Y, que Dios me ayude, todavía te quiero.

Lucie lo miró.

—¿Incluso… después de esto?

—Sí —dijo Seton, y sus ojos traslucieron una enorme desolación —. Me he pasado la noche diciéndome que te odiaba por lo que nos has hecho. Quiero odiarte, pero en cuanto te miró o te toco… —dijo mirando la mano de Lucie, que tenía atrapada—. Y entonces me di cuenta de que no puedo dejar que te vayas, que haré todo lo que

esté en mi poder, sea lo que sea, para que te quedes.

Su estúpido corazón latía con tal alegría y gratitud que Lucie pensó que iba a salírsele del pecho.

—Oh, Seton.

Él la miró por un instante, frunció el ceño, pareció que iba a hacerle una pregunta, pero entonces la soltó y retrocedió. Luego se apartó el flequillo, un gesto que siempre hacía cuando algo le preocupaba, un gesto tan familiar que a Lucie le dieron ganas de abrazarlo, de decirle que estaba allí, que era parte de él. Pero eso era imposible, no tenía derecho a consolarlo cuando era la causa de sus tormentos.

—Voy a necesitar más tiempo para estar con Sam, y contigo. Así que esta mañana he escrito al presidente del partido y le he dicho que rechazo la candidatura.

—¡Oh, no puedes! —dijo Lucie con desesperación—. No puedes hacer eso. No, después de todo lo que he pasado para… —se interrumpió y echó a correr hacia el estudio de Seton. La carta estaba sobre la mesa, con el sello puesto. La rompió en pedazos y la echó a la papelera.

—¡Lucie! —dijo Seton agarrándola por los hombros—. ¿Por qué has hecho eso? ¿No te das cuenta de que…?

—Porque lo deseas con toda tu alma. Porque lo harías muy bien y porque serías un político bueno y honrado. No debes dejar que nada se interponga en tu camino, nada, ni yo, ni… este lío —dijo Lucie sacudiendo la cabeza con desesperación—. Seton, es lo que quieres, lo que más quieres…

—No hay nada que quiera tanto como tú, ¡nada!

El teléfono volvió a sonar, interrumpiendo sus palabras, distrayéndolos a ambos. Lucie se sobresaltó, presa del miedo y se puso tensa. Seton, que no la había soltado, se dio cuenta y su rostro volvió a cubrirse con una máscara de frialdad.

—Dígame —dijo, respondiendo a la llamada—. Es para mí.

Lucie sintió un gran alivio, se tranquilizó y abandonó el despacho, sin saber que Seton la miraba con una profunda tristeza. Sus pensamientos y emociones eran demasiado caóticos para extraer de ellas algún sentido. Se dirigió a la cocina y se quedó apoyada en la encimera varios minutos antes de salir a buscar a Sam.

Estaba en el columpio que Seton le había construido y que colgaba de la rama de un manzano, pero no se balanceaba, sino que estaba sentado en él, mirando hacia la casa con una expresión de temor en sus ojos.

—¿Quieres que te empuje?

Sam negó con la cabeza.

—¿Vas a irte otra vez?

—Claro que no —dijo Lucie, con la mayor ligereza de que fue capaz—. Vamos a ir a alquilar un vídeo, ¿no?

—No me gusta cuando te vas.

—Apuesto —dijo Lucie, sentándose en el suelo, a su lado— a que has estado muy a gusto con la abuela y con el abuelo. ¿Te llevaron al cine?

Pasó mucho tiempo antes de que Seton saliera para unirse a ellos. Estaba muy pensativo, como si le estuviera dando vueltas a algo, pero, supuso Lucie, en aquellas circunstancias era una actitud comprensible.

—¿Quién llamaba?

—¿Qué? Ah,… del despacho —dijo Seton, sin dar más explicaciones—. ¿Por qué no nos vamos a comer fuera? Que elija Sam el sitio.

—Sí, por favor… Mmm, ¡el Burguer nuevo! —dijo Sam y corrió a buscar su abrigo.

Lucie y Seton lo siguieron más despacio.

—No vas a rechazar la candidatura, ¿verdad? Por favor, por favor, prométemelo.

Seton la miró de forma extraña.

—Ya lo he hecho. Antes de escribir la carta había hablado con el presidente por teléfono.

—Oh, no —dijo Lucie, con tristeza—. Por nada del mundo quería que eso ocurriera.

Seton la miraba fijamente.

—¿No?

—Seton. Lo siento mucho, mucho.

—¿Confías en mí, Lucie?

—¿Confiar en ti? —repitió ella frunciendo el ceño. Era una pregunta desconcertante, ¿por qué se la hacía?—. Sí, claro. Supongo que lo dices en el sentido de que tú sepas lo que es mejor.

Seton negó con la cabeza.

—No, no. No es eso lo que quería decir, pero da igual. Vamos, Sam está esperando.

Durante todo aquel día Seton parecía distante, extraño. Lucie se preguntó si iba a comportarse así con ella a partir de entonces. Tal vez lamentaba la discusión de aquella mañana o estaba pensando lo que había dicho de retenerla a cualquier precio. Antes de que Rick se cruzara en sus vidas, su relación siempre había sido sincera y

abierta, pero Seton, en aquellos momentos, estaba ocultando algo. Les prestaba una atención superficial, pero era evidente que tenía algo en mente y sus ojos, cuando creía que ella no lo veía, miraban a su alrededor, como si estuviera buscando a alguien.

Se le ocurrió que tal vez temiera que Rick, a quien él sólo conocía como «el otro» y con quien él pensaba que tenía una aventura, los seguía. No le había preguntado por Rick, ni quién era, ni dónde se veían, ni dónde lo había conocido, nada. Eso también la desconcertaba, hasta que pensó que, probablemente, no quería saberlo, porque no podía soportar oír ningún detalle.

Cuando Sam eligió su vídeo, fueron a un centro comercial donde había una pequeña granja y un tren en miniatura. Cuando llegaron a casa, los tres estaban cansados. Pero Sam insistió en ver su película de vídeo después de cenar y se fue a la cama después de verla, y de mala gana.

Seton se levantó, parecía muy cansado.

—Voy a escribir esa carta otra vez.

—¿Sí? ¿No puedes decirles que has cambiado de opinión? —le rogó Lucie—. No puede ser demasiado tarde.

—Al contrario; tenía que haberlo hecho hace meses —dijo Seton, y se dirigió a su estudio.

Lucie, automáticamente, se puso a limpiar el salón y la cocina, y seguía allí cuando Seton asomó la cabeza por la puerta.

—Voy a echar la carta al correo. Puede que al volver me quede en el pub a tomar algo.

Lucie se sorprendió de que la dejara sola, pero alguna vez tenía que ocurrir. Se hizo un café y se sentó en el salón para tomárselo. Que Seton hubiera decidido abandonar su candidatura era un gran golpe, pero también un gran alivio. Al menos, si Rick cumplía su amenaza de delatarla, no afectaría a las aspiraciones políticas de Seton ni supondría un escándalo, al menos no un gran escándalo.

El cansancio se apoderó de ella y decidió irse a la cama, a la fría y solitaria cama de la habitación de invitados. Pero al levantarse, sonó el teléfono. Se quedó helada al momento. Dejó que sonara, de modo que saltó el contestador.

—Sé que estás ahí —era Rick—, y sé que estás sola, así que responde al maldito teléfono o me llevaré al niño.

Con un sollozo callado y profundo, Lucie se acercó al teléfono.

—Así está mejor. Ahora, escúchame. Te quiero a ti y quiero tu coche, el Range Rover.

—¡No!

—Cállate —gritó Rick—. Es para mañana por la noche. Nos

veremos a las dos de la mañana en el mismo sitio donde me has estado dejando dinero. Y no me digas que no puedes escaparte, porque sé que no duermes en la misma habitación de ese estúpido abogado —dijo Rick riendo—. Te ha apartado de su lado, ¿verdad? No importa, volverá a buscarte en cuanto se ponga caliente y…

—¡Cállate! Cállate, por favor.

Rick volvió a echarse a reír.

—De este trabajo voy a sacar bastante dinero como para irme a España, así que te vas a librar de mí. ¿Te gusta la idea? Y así tu niño estará seguro. ¿Ves lo que pasa cuando eres sensata?

Hubo un largo silencio, luego Lucie habló lentamente.

—¿Hablas en serio? ¿Me vas a dejar libre?

—Libre como un pájaro —dijo Rick riendo, luego su humor cambió—. Y no trates de ser más lista que yo. Si se lo dices a tu marido o a la policía, puedes irte despidiendo de tu hijo. Y esta vez no va a ser un paseíto, me aseguraré de llevármelo al extranjero a un lugar donde no puedas encontrarlo nunca. Y pasarás el resto de tu vida preguntándote dónde está, quién lo tiene, y sabiendo que es culpa tuya. Así que más te vale estar allí, a las dos. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo Lucie, y dejó escapar un largo suspiro—. De acuerdo.

Se fue a la cama. Al cabo de más de una hora, oyó que Seton volvía. No se acercó a su habitación para comprobar que estaba o para decirle buenas noches; tal vez pensara que estaba dormida, y debía saber que nunca dejaría solo a Sam.

Lucie no tenía ni idea de cómo se las iba a arreglar para salir al día siguiente. Era sábado, de modo que Sam y Seton estaban en casa, pero, afortunadamente, pasaron la mayor parte del tiempo en el jardín, limpiando las hojas y haciendo una hoguera con ellas, luego asaron unas patatas con las ascuas. Sam se reía a menudo, parecía feliz, con la confianza recobrada, pero Lucie los miraba a ambos con los ojos sombríos y llena de tristeza, sabiendo lo que aquella noche tenía que hacer.

A la una y media, salió de la habitación y bajó con cuidado de no hacer ruido. Había hecho todos los preparativos necesarios: engrasar las bisagras, comprobar la gasolina del coche, preparar las llaves. Abrió el garaje sin hacer ruido y empujó el coche, dejando que cayera por el camino de entrada, que estaba en cuesta, sin arrancarlo hasta que se paró, unos cien metros más abajo de la casa.

La noche era muy oscura, pero sabía el camino. Cuando llegó a la cabina, no pudo ver a Rick, pero era temprano, así que esperó.

Por sorpresa, la puerta del pasajero se abrió y Rick se deslizó al interior del coche.

—Apaga la luz interior —dijo—. ¿Es que estás loca?

Pero tener la luz encendida le sirvió a Lucie para verle la cara. Se quedó de piedra. Cuando lo conoció era un hombre de una belleza algo sombría, pero definitivamente guapo. Sin embargo, los años de cárcel lo habían transformado. Había engordado y tenía la cara hinchada y papada, y los ojos rojizos y hundidos. Tenía entradas y el cabello grasiento y sucio.

Olía mal, a alcohol y sudor. Exhibía una sonrisa triunfal. Se sacó un guante y acarició la cara y el pelo de Lucie. Cuando ella se apartó, se echó a reír.

—Puedo hacerte lo que quiera, muñeca, y tú no puedes hacer nada por evitarlo.

Lucie encontró cierta valentía en el asco que le daba.

—No si quieres que te ayude.

Rick volvió a reírse, pero se puso el guante y encendió una linterna, que había sacado del bolsillo. Luego, buscó en la guantera y debajo de su asiento y debajo del asiento de Lucie, pero allí sólo había algunos juguetes de Sam.

—Sólo estoy comprobando que no se te haya pasado nada raro por la cabeza. Vámonos.

Lucie arrancó.

—¿Adónde?

—Yo te indico.

Ninguno confiaba en el otro, lo que no era de extrañar. Rick le iba indicando el camino y, de vez en cuando, bebía un trago de whisky de una petaca que llevaba en el bolsillo. Dos veces trató de apoyar una mano en la pierna de Lucie, pero ella giró violentamente, haciéndole maldecir, de modo que la dejó en paz.

No le dijo adonde se dirigían, pero Lucie, fijándose en las señales de la carretera, tomaba buena nota del camino que seguían. Recorrieron más de treinta kilómetros, antes de llegar a un desvío en el que tomaron una carretera estrecha, con un muro un lado y una cuneta descuidada en el otro. Al cabo de unos quinientos metros llegaron a una especie de plaza donde dieron la vuelta.

—Ahora da la vuelta y ve marcha atrás por ahí hasta que yo te diga —dijo Rick.

Siguieron por otro camino que seguía a la izquierda a lo largo del mismo muro.

—Para y apaga las luces —dijo Rick al llegar debajo de un árbol de enormes ramas.

Rick se puso un pasamontañas negro, que le daba un aspecto amenazador y quitó las llaves del coche.

—Para que no te vayas —le dijo a Lucie—. Y no intentes nada porque adiós Sam. Y no te olvides de que, si me ocurre algo, tengo amigos que lo harán por mí —dijo y poniéndole la mano el cuello, apretó hasta hacerle daño—. ¿Entiendes?

Lucie no podía hablar, pero asintió.

Salió del coche y se subió al techo, desde donde saltó el muro, ayudándose con las ramas del árbol.

Lucie esperó diez largos y angustiosos minutos y luego buscó en el asiento trasero un juguete de Sam, un conejo de peluche. Le dio la vuelta y lo abrió, extrayendo un teléfono móvil que había escondido allí. Luego salió del coche y corrió junto al muro hasta llegar a la carretera principal, se acercó a la puerta y se fijó en el número y en el nombre del lugar. No era una casa particular, era un club. Un club muy exclusivo, por el aspecto que tenía.

Llamó a la policía, dándoles la dirección y diciéndoles que estaban robando, dándoles tantos detalles como pudo. Cuando le preguntaron su nombre, se lo dio, no tenía sentido no hacerlo, ella ya no podía escapar, Rick la retendría y, además, estaban utilizando el coche de Seton.

Después de dar aquel paso, sintió una gran sensación de alivio. Volvió al coche y se sentó, esperando fatídicamente a ver qué ocurría.

Después de diez minutos, esperaba oír las sirenas de policía, y fue poniéndose más nerviosa a medida que el silencio se prolongaba. Media hora más tarde, Rick volvió, saltando al techo del coche. Dejó algo en el maletero y entró, con la respiración agitada. Con una sensación de angustia, Lucie se dio cuenta de que la policía no la había creído o se había equivocado de lugar. Todo su cuidadoso plan había sido en vano. ¿Qué iba a hacer?

—Vámonos.

—Tú tienes las llaves.

Rick las buscó en el bolsillo de su cazadora y se las dio. Cuando Rick levantó el jersey, Lucie vio un brillo metálico y se dio cuenta de que llevaba una pistola. Se estremeció, pero no podía hacer nada. Arrancó el coche y condujo hasta la carretera principal.

La policía estaba allí, esperando. Habían hecho un semicírculo con los coches, cortando cualquier posibilidad de escape.

Rick dio un respingo y maldijo su suerte.

—Sigue —gritó.

Pero Lucie frenó y bajó la ventanilla al mismo tiempo. Sacó la cabeza y gritó:

—¡Tiene una pistola!

Rick la agarró del pelo y la metió en el coche. Lucie sintió el frío cañón de la pistola en el cuello.

—Sigue, zorra, conduce.

Pero Lucie siguió con el pie en el freno. Rick le dio una patada y pisó el acelerador. El coche avanzó, chocó contra uno de la policía y, como era más pesado, siguió apartándolo, abriendo un hueco. Rick profirió una exclamación de triunfo y apretó a fondo el acelerador. Un policía corrió junto al coche, abriendo la puerta del conductor.

—Lárguese o la mato —gritó Rick, dejando que el policía viera la pistola.

Lucie dio un grito, pero trató de girar el volante. Rick la golpeó y siguió acelerando. Y consiguieron salir del cerco, arrastrando el guardabarros de uno de los coches de policía.

De repente, cuando empezaba a ganar velocidad, la puerta de Rick se abrió y alguien saltó sobre él, agarrándolo del brazo que llevaba la pistola. Entonces, Lucie oyó la voz de Seton y supo que era él.

—¡Salta, Lucie, salta!

Los dos hombres luchaban por el control del coche y de la pistola.

Lucie sintió miedo por Seton.

—¡No! No puedo dejarte aquí.

—¡Salta, amor mío, salta!

El coche aminoró un poco la marcha y Rick trató de apartar a Seton. Lucie abrió su puerta y sacó los brazos y los pies, y saltó. Aterrizó dándose un golpazo contra el suelo, y rodó por la cuneta, notando un dolor agudo en un tobillo. Pero el miedo por Seton le hacía olvidarse del dolor, se puso de pie y volvió a la carretera. Un policía llegó a su lado.

—Mi marido va en el coche. O, ayúdenle, por favor, ayúdenle.

Otros hombres pasaron corriendo junto a ellos, hacia el coche que desapareció en una curva de la carretera. Lucie comenzó a llorar, aterrorizada. Luego se produjo un fuerte sonido, como el de una explosión y vio una llamarada a través de los árboles. Por unos instantes no reaccionó, pero luego oyó un grito, el suyo propio. Había soltado al policía y corría por la carretera.

El coche se había estrellado contra un árbol y se había incendiado.

—¡Seton!

Su grito de horror hizo que todo el mundo se volviera hacia ella. Dos policías se interpusieron en su camino, para que no pudiera ver.

Imaginó a Seton ardiendo dentro del coche y luchó por abrirse paso. Pero entonces oyó un grito y vio a un policía ayudando a alguien que había caído a un lado de la carretera. El hombre se incorporó y ella reconoció la figura, a pesar de la oscuridad, incluso antes de ver su cara a la luz de las llamas. Los policías la soltaron y ella corrió hacia Seton y se echó en sus brazos, volviendo al lugar al que siempre había pertenecido.

Muchas horas más tarde, el día casi había pasado y empezaba a anochecer. Estaban los tres en casa y nada, excepto algunos moretones, hacía pensar en la noche anterior. Habían pasado la mayor parte del día en la comisaría, siendo interrogados por varios policías, sin que Lucie abandonara la mano de Seton en ningún momento.

Seton ya lo sabía todo y sabía la mayor parte ya anteriormente. Al parecer, cuando la policía la detuvo en Manchester, comprobaron que había estado en la cárcel y habían dado la información a la policía local. Estos habían hablado con Seton el primer día de su vuelta.

El ordenador había, como es lógico, sacado a la luz su relación con Rick, y la policía lo estuvo buscando durante algún tiempo. Persuadieron a Seton de que les permitiera poner un micrófono en el teléfono cuando salió con Sam y con Lucie a comer y aquella noche se había visto con ellos en el pub. Fue entonces cuando oyeron la llamada de Rick y supieron del robo antes de que Lucie los llamara. Incluso supieron dónde se estaba cometiendo, porque habían puesto un emisor de señales en el coche. Un coche que ya no era más que un montón de chatarra que alojaba el cadáver de Rick.

La policía había sido muy amable y considerada. Les dijeron que podían marcharse, que, técnicamente, Lucie no había cometido ningún delito y no había cargos contra ella.

Cenaron y acostaron a Sam, que había pasado todo el día muy emocionado, en compañía de una mujer policía.

Cuando se quedaron solos, Seton sentó a Lucie a su lado, en el sofá, acariciándole el cabello.

—¿Sabes? Todavía tengo que hacerte algunas preguntas —dijo.

Lucie suspiró.

—Sí. Quieres saber por qué cuando nos conocimos no te dije que había estado en la cárcel.

—Ésa es una de ellas. Cuando la policía me lo dijo, me quedé de piedra.

—Estaba muy avergonzada de mi pasado. Inventé una historia para no tener que decir dónde había estado todos aquellos años,

para decirla si pedía un trabajo, si un amigo me preguntaba, esas cosas, y ésa fue la historia que te conté —dijo, Lucie y se rió, nerviosamente—. Es lo que yo quería creer, supongo. Así que la primera vez que salimos y me preguntaste, también te la conté a ti. No esperaba volver a verte.

—Pero yo dejé claro que quería seguir viéndote el resto de mi vida.

Lucie asintió.

—Tenía miedo de decepcionarte.

—Cosa que nunca has hecho —dijo Seton con lealtad.

—¿Cómo puedes decir eso después de los últimos meses? —dijo Lucie—. No te he causado más que disgustos. Lo único que quería era evitar que sufrieras, quería salvarte, pero todo era cada vez peor.

Seton se quedó inmóvil.

—¿Por qué no confiaste en mí? Has estado viviendo todos estos años con una mentira.

—Estaba petrificada, pensaba que si lo averiguabas, podría perderte.

—Pero tú tenías que saber que yo nunca te abandonaría.

—Oh, sí, sabía que no lo harías porque eres un hombre de honor, pero se pueden perder otras cosas y eso podía destruirnos. Temía perder tu respeto, caer del pedestal en el que me habías puesto. Temía que otra gente pudiera averiguarlo y que perdiéramos a nuestros amigos, podrían mirarte con otros ojos en tu trabajo… —dijo Lucie, e hizo una pausa—. Y eso todavía puede suceder, cuando todo esto salga a la luz.

—No saldrá —dijo Seton con firmeza—. Ravena está muerto y, en lo que se refiere a la policía, el caso está cerrado.

—Una vez se llevó a Sam; dijo que aunque a él le pasara algo, uno de sus amigos podría venir por Sam —dijo Lucie.

Seton le puso un dedo en los labios.

—No tenía amigos, era demasiado desconfiado. No debes tener miedo, era sólo una amenaza vana, para que tú hicieras lo que él quería.

—Oh —exclamó Lucie, mirándolo con esperanza—. ¿Significa eso que Sam está seguro?

—Completamente seguro.

Lucie apretó los puños y apartó la mirada. Todavía quedaba algo por decir, tenía que darle una opción.

—Si después de esto —dijo con dificultad—, ahora que sabes que estuve en la cárcel, crees que es mejor que no sigamos juntos…

lo en… entenderé.

Seton le puso un dedo en la barbilla, para que lo mirase.

—He oído la cinta que la policía grabó de la llamada de Ravena. Te dijo que se iba a España, que ya no volverías a verlo. Tú podías haber aprovechado la ocasión, haberle dejado cometer el robo y no decir nada, pero llamaste a la policía. ¿Por qué lo hiciste?

Lucie se encogió de hombros.

—Sabía que estaba mintiendo. Cuando se quedara sin dinero, habría vuelto. Nunca me habría librado de él y él seguiría amenazando a Sam. Sólo tenía dos opciones y decidí jugármela, averiguar adónde iba e impedírselo, para que volvieran a meterlo en la cárcel.

—¿Dos opciones? ¿Y la otra?

Lucie bajó la cabeza.

—Asegurarme de quedar fuera de su alcance… para siempre.

—¡Lucie! ¡No! —dijo Seton abrazándola con fuerza—. ¿Cómo has podido ni siquiera pensar en hacer algo así?

—Tardé mucho en pensarlo… cuando pensaba en Sam y en ti… Soy muy cobarde.

—No, no lo eres —dijo Seton, limpiándole una lágrima con los labios—. ¿Cómo puedes decir que eres una cobarde cuando trataste por todos los medios de protegernos?

Tiró de ella y la apoyó sobre su regazo, y la besó en la frente, en los párpados, en las mejillas.

—Todo ha terminado —dijo—. Y nadie lo sabrá nunca. Mis padres y nuestros amigos, todo el mundo pensaba que estabas en casa de tu tía. Podemos volver a llevar la vida de siempre, ahora estás a salvo. Estás en casa, amor mío. Nadie va a hacerte daño nunca más. Yo te cuidaré, ya lo sabes, Sam y yo te cuidaremos. Te quiero. Te quiero más que a nada en el mundo.

La besó, y Lucie no pudo hablar. Fue un beso tierno y apasionado a la vez, más intenso que todas sus palabras.

Al cabo de un rato, Seton se levantó, sosteniéndola entre sus brazos todavía y la llevó a las escaleras. Una vez que estuvieron en la cama, Lucie exhaló un largo suspiro de satisfacción.

—Me siento como si hubiera estado en un largo viaje y hubiera vuelto a casa sana y salva.

—Sé cómo te sientes.

—Ojalá pudiera compensarte.

—Puedes —le susurró Seton al oído.

Lucie se rió.

—Haré lo que pueda.

Al cabo de unos meses, en una helada noche de invierno, cuando la luna brillaba en las copas de los árboles, le compensó por completo dándole lo que él le había pedido: la hija que había deseado desde hacía tanto tiempo, para que su familia y su felicidad fueran completas.

Fin.